
ERES ARTE
entre
MIS MANOS
CARLOTA MANZANO

ERES ARTE *entre* MIS MANOS

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

Eres arte entre mis manos

Carlota Manzano

©febrero, 2026

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

«A veces crees tenerlo todo, cuando en realidad careces de lo más importante, de lo único que puede darte la chispa que necesitas.

La vida no está para pasarla de largo, la vida está para exprimirla al máximo y luchar por lo que se quiere».

Capítulo 1

Sarai

La música era lo único que llegaba a mis oídos, muy fuerte y constante, mientras que mis manos parecían moverse al compás de la melodía.

Los dedos me hormigueaban, mi pie derecho daba golpes en el suelo, por el ritmo que inundaba mi estudio de trabajo.

Cada vez que entraba aquí nunca sabía cuándo saldría. Se me pasaban las horas volando porque perdía completamente la noción del tiempo. Como le decía mi madre a mi padre, cuando me metía en mi mundo costaba mucho traerme de vuelta.

Y eso último fue lo que sucedió en el momento en el que la música dejó de sonar de golpe. Perdí la concentración y el silencio me trajo de vuelta. Mis manos se quedaron suspendidas en el aire, hasta que las bajé para apoyarlas en mis muslos. Me giré despacio, con el taburete giratorio, dispuesta a ir hasta mi móvil para comprobar qué había pasado y para activar la música de nuevo.

Pero en cuanto vi quién era el culpable de tanto silencio lo único que hice fue sonreír. Patrick, mi mejor amigo, tenía la espalda apoyada en la pared, los brazos y los tobillos cruzados, y me observaba sonriente.

—Hola —lo saludé.

—Hola, preciosa —amplió su sonrisa.

Se impulsó de la pared y caminó hasta mí. Después de inclinarse y de darme un beso en la cabeza, observó de cerca la figura que estaba creando.

—¿Qué tal? —me preguntó.

—Ya lo ves. —Fruncí los labios.

—No me hagas decirte lo que veo yo. —Negó con la cabeza.

—Arriésgate —le pedí, divertida.

—Mmm… ¿Una bola de arcilla más ancha por abajo que por arriba?

—Idiota —me quejé dándole con el trapo con el que me limpiaba las manos.

—Te he dicho que no me hicieras hablar —comentó con humor—. Tú dime cuál será el resultado final y entonces ya me formo la imagen en la cabeza. —Me hizo un guiño.

Me levanté del taburete para darle un beso en la mejilla y para ir hasta el armario, donde guardaba todas mis herramientas. En él también tenía el caballete que sujetaba la imagen final que dibujé por la mañana, imagen a la que daba vida antes de comenzar a crear cualquier tipo de escultura. Me servía de inspiración y de guía durante todo el proceso de creación.

Los pasos que seguía siempre eran los mismos. Hacía un boceto dibujando la idea que tenía en la cabeza, boceto que como ya he comentado me servía de base principal durante todo el proceso. Una vez me quedaba conforme con lo que había dibujado, después de añadirle todos los detalles, lo dejaba a un lado sobre el caballete y comenzaba a trabajar con la arcilla. Este proceso era uno de los más largos porque solía variar mucho sobre la marcha. Hacía, deshacía y modelaba, hasta que quedaba como me gustaba.

Después del modelado, el tallado y el ensamblaje de las diferentes piezas de arcilla, porque las hacía por partes, cuando conseguía tener la escultura terminada, cuando la ocasión lo requería pasaba a hacer una copia exacta en el material final: resina, piedra u otros materiales. Había una gran variedad de elección.

Hoy se me había olvidado sacar el caballete. No solía tenerlo recogido, pero al final de la mañana estuve haciendo una limpieza a fondo de mi estudio de arte y lo guardé. El tema era que como tenía la idea en la cabeza, para empezar, no había necesitado tener el boceto delante.

Al llegar al armario saqué el caballete y lo coloqué en el lugar que le pertenecía. Cuando me aparté le señalé a mi amigo el dibujo, por el que se acercó a mí. Lo observó con curiosidad, inclinado.

—Me gusta —dijo al cabo de unos segundos.

—Menos mal, aunque perdona que te diga que tu opinión no cuenta mucho para mí —me reí cuando me dio en el trasero con el trapo—. No me has dejado terminar, no cuenta mucho para mí en mi trabajo. —Bufé con diversión.

—¿Entonces para qué me preguntas siempre? —Arqueó una ceja.

—Porque me gusta y quiero saber qué piensas. —Le hice un guiño.

—No voy a tenértelo en cuenta porque con tus dos últimas obras te dije que no me gustaban desde el inicio y fueron un éxito rotundo.

—Mi cuenta bancaria está muy feliz por ello —me reí—. Patrick —le acaricié un brazo—, hay que asumir que tú y el arte no sois muy amigos. —Fruncí los labios.

—¿Para qué quiero tener una buena relación con el puñetero arte? A mí me interesa tenerla con la artista. —Elevó las cejas.

—Y por eso eres mi mejor amigo.

Lo abracé riendo y cerré los ojos cuando me apretó con fuerza a él.

—Ya me has manchado —se quejó.

—Sabes de sobra que siempre que vienes aquí terminas igual —le sonreí al separarme.

—Ahora tendré que ir a cambiarme para estar presentable para mi cita.

—¿Tienes una cita y no me lo has dicho? —me extrañó.

—¿Para qué te crees que he venido?

—Ah.

—Para eso y para decirte que una pequeña envuelta en lazos te está buscando —sonrió de medio lado.

—¿Has venido con Zoe? —me alegré.

—Como para no hacerlo…

Su contestación nos hizo reír. Zoe era la hermana pequeña de Patrick, se llevaban muchos años de diferencia. Sus padres no eran mayores, tenían la edad de los míos, por lo que al igual que a mis padres, a los suyos le sucedió lo mismo. Nos tuvieron muy jóvenes a Patrick y a mí, aun así, la pequeña de seis años llegó por sorpresa a sus vidas.

Al principio la noticia fue un impacto, pero enseguida a todos nos hizo muchísima ilusión. Y ya cuando Zoe vino al mundo y la vimos… nos enamoramos completamente de ella. Para Patrick era su princesa y a la pequeña le encantaba esa palabra porque se sentía como una.

De hecho, siempre decía que cuando fuera mayor iba a cambiarse el nombre por el mío, porque Sarai, al igual que sus variantes, significaba princesa. Estaba trabajando con ella para que se diera cuenta de que su nombre, Zoe, era muchísimo más bonito e impresionante. Significaba vida, la que posee vida y está llena de ella, y eso está por encima de cualquier otra cosa.

La tenía casi convencida, aunque lo de las princesas tiraba con mucha fuerza para ella. Le encantaba ponerse lazos en el pelo y vestidos bonitos, como ella decía. Por bonitos me refiero con faldas abultadas. Parecía una muñequita preciosa, dulce y encantadora, aunque no os dejéis engañar porque si algo tenía Zoe a su corta edad, era una personalidad arrolladora e imparable.

Con deciros que cuando algunos de los niños de su colegio se metían con ella por cómo iba vestida, ella los enfrentaba e incluso los dejaba en ridículo, por querer ofenderla. Era impresionante la fuerza y la determinación que tenía con seis años, estaba deseando descubrirla en cada etapa de su vida porque no tendría desperdicio, incluso cuando llegara a la edad adulta.

Con ella no podías, o te camelaba o te arrinconaba. Me fascinaba la hermana de mi mejor amigo, a la que consideraba como mía propia. Para Zoe yo también representaba alguien especial, por mi relación con Patrick. Ella siempre decía que yo era su hermanita mayor.

—He desaparecido poniendo la excusa de que iba al baño —me dijo Patrick—. La he dejado con tu madre, pero con las ganas que tiene de verte seguramente en cualquier momento abrirá la puerta de la casa.

—Mi madre la entretendrá.

—Tienes mucha fe. —Me miró divertido.

—¿Me la dejas y cuando termines con tu cita vienes a recogerla?

—Mi cita es con mi hermana. —Me hizo un guiño.

—Oh. Y yo pensando en quién habías conocido y no me lo habías dicho —me reí.

—En realidad espero tener una cita doble en la que tú estás incluida. Si no vienes con nosotros terminaré con dolor de cabeza por todas las veces que me hablará de ti hasta mañana.

—Esta noche la pasa contigo.

—Sí, la llevaré a la casa de mis padres mañana, después de desayunar —sonrió.

—Estará feliz.

—Y sabes lo que eso significa.

—Eufórica. —Solté una carcajada—. Me apunto a la salida —dije animada —, pero tengo que limpiarme y cambiarme. —Me señalé.

—¿Dónde está el problema? —Elevó las cejas.

Dejé el estudio tal cual estaba y después de coger el móvil, salimos de él. Estaba en la zona más alejada de mi casa, en la última estancia que de tamaño tenía el triple que cualquier otra. Mi padre lo encargó hacer para mí, como regalo cuando me vine a vivir.

Patrick y yo recorrimos el pasillo y entramos en mi habitación.

—Toma —le di una toalla que saqué del armario—. Ayer lavé las toallas y todavía no he puesto en el otro baño. No tardaré.

Yo me quedé en el baño de mi habitación y mi amigo se fue al del pasillo, para quitarse frente al espejo los restos de arcilla que le había dejado al tocarlo. Patrick estaba más que acostumbrado, después de tantos años.

Unos de los momentos que más me gustaban y disfrutaba era cuando nos encerrábamos en mi estudio y mientras que yo me transportaba a otro mundo metida en mi trabajo, Patrick se sentaba en su sillón, y no era un decir porque se lo compró expresamente a su gusto, para estar cómodo.

En ese sillón, con un libro entre las manos, leía mientras que yo daba forma a mis creaciones. Podíamos pasarnos horas encerrados, sin intercambiar ni una palabra. Esos eran unos de mis momentos favoritos, en los que la música quedaba olvidada por completo para mí.

Solo era una opción con Patrick, cuando yo me encontraba sola era algo imprescindible que nunca podía faltarme. El que se acercaba a mi casa, antes de llegar, a unos metros de distancia, si la escuchaba por lo fuerte que la ponía, ya sabía qué estaba haciendo yo y dónde encontrarme.

Me quité la ropa de trabajo, la dejé colgada en la percha y comencé a limpiarme la arcilla. Tenía las manos y los antebrazos llenos de ella, algún pegote en el pelo y también manchas en la cara. Cuando terminé salí a la habitación para ponerme unos vaqueros y un jersey, con unos botines. Por último, volví al baño para echarme perfume y peinarme.

Patrick apareció en el marco de la puerta, tan impecable como cuando llegó. Lanzó la toalla al cubo donde acumulaba la ropa sucia y se apoyó en el marco, con los brazos cruzados.

—Ya estoy —le dije sonriendo, mientras terminaba de hacerme un moño alto—. ¿Dónde vamos a ir?

—Lo único que sé es qué cenaremos.

—Un buen menú de hamburguesa con patatas y refresco, todo extragrande.

—Efectivamente.

Nos reímos porque siempre que salíamos con Zoe esa era su comida especial y favorita, ya que únicamente la comía muy de tanto en tanto.

Salí del baño para ponerme la chaqueta y coger el bolso que me colgué cruzado al hombro, en el que metí el móvil. Entrelacé el brazo con el de Patrick y de esa forma, salimos de mi casa y caminamos por el camino de piedras, en la dirección de la casa principal.

Capítulo 2

A unos metros de distancia de nosotros se alzaba la casa principal y familiar. Recorrí con la vista la fachada lateral, por ella entraríamos, por la puerta que daba al almacén y a la cocina.

La casa en cuestión era una construcción enorme e imponente de tres pisos de altura, siendo dos habitables. La tercera hacía de mirador hacia unas impresionantes vistas.

Aquí crecí y para mí siempre sería mi lugar seguro. Por lo que representaba y por las personas que vivían, mis padres y los que formaban parte de la familia, al haberme criado entre ellos.

Para que os hagáis una idea lo más clara posible, en un terreno enorme estaban edificadas dos viviendas, muy separadas entre sí. Una de ellas era a la que estábamos a punto de entrar y la otra la mía, de donde veníamos Patrick y yo. De mi casa a la principal había un buen paseíto, estaba lo suficientemente alejada como para que diera la sensación de que se encontraba en medio de un gran jardín, solitaria entre la vegetación.

Durante muchos años tuve la ilusión de independizarme, de alejarme un poco del núcleo familiar. Como decirlo… en muchas ocasiones a lo largo de mi vida me había sentido asfixiada por mi padre, debido a quién era. Para él lo principal era mantener a su familia segura, a mi madre y a mí. Eso era innegociable.

El caso fue que cuando me senté con mis padres para decirles que estaba dispuesta a buscar una vivienda en la ciudad que se adaptara a mis

necesidades, mi padre consiguió quitarme muy rápido la idea de la cabeza. Me pilló por sorpresa cuando me dijo que como sabía que ese momento llegaría, para su desgracia, se había encargado de todo.

En vez de contarme a qué se refería hizo algo mejor, me lo mostró. Me llevó a través del jardín, hasta que una casa de una planta apareció delante de nosotros, donde debía haber más jardín. Me dejó asombrada e impresionada al decirme que era para mía si quería la independencia. Me prometió que este espacio sería exclusivamente para mí, aunque lógicamente recibiría visitas. Tal y como sucedería en cualquier otra parte.

Supe que mi padre no se metería en mi vida, al menos yo no lo sabría. Otro tema aparte era todo lo que controlaba sin que yo lo supiera, algo a lo que estaba más que acostumbrada. Acepté mudarme a la que llevaba unos años siendo mi casa. Estaba de lujo en ella y tenía a mi alcance todo lo que necesitaba porque cuando se me acababa algo, lo encontraba en la casa de mis padres. Privilegios.

El terreno donde estaban las casas era muy extenso, cubierto por hierba, árboles y vegetación variada. Desde mi casa tenía un camino para ir con el coche hasta la gran verja de hierro que limitaba con la calle, y de vivienda a vivienda mi padre también mandó construir un camino de piedras. Era de agradecer para no llegar con el calzado lleno de barro los días de lluvia. Cuando no me apetecía ir caminando utilizaba el patinete eléctrico. Era las únicas veces que lo sacaba del garaje.

Patrick fue el primero en llegar a la puerta de la fachada lateral de la casa de mis padres, por lo que la abrió dándome paso. Entramos en la vivienda familiar y caminamos por el pasillo, pasando de largo el almacén. Al llegar a la cocina nos asomamos y sonreí al ver de espaldas a Gladys, la mejor cocinera del mundo y la que fue mi niñera.

Para esto último la contrató mi padre. En la época en la que nací tenían a otra persona que se encargaba de la cocina, por lo que Gladys solo tenía que estar pendiente de mí, de la recién nacida, ayudando a mi madre en todo lo que necesitara. Mi madre trabajaba desde casa, pero no por ello disponía del tiempo necesario para poder estar conmigo las veinticuatro horas del día.

Todo lo contrario. La gran mayoría de las veces era más difícil tener un trabajo que no te obligara a salir de casa, que uno fuera con un horario marcado. En casa no había un final, bien lo sabía yo.

Debido a eso y a las videoconferencias eternas de mi madre, crecí muy unida a Gladys. Pasó a hacerse cargo de la cocina cuando yo tenía unos siete años, ya que el cocinero que teníamos tuvo que dejar el empleo y mi padre no quiso meter a un extraño en el núcleo familiar. Gladys aceptó encantada y hasta hoy día nos alimentaba que daba gusto. Tenía unas manos increíbles.

Patrick me miró aguantando la risa, cuando entré en la cocina sin hacer ruido. Fui de puntillas hasta Gladys y cuando me paré a su espalda, la abracé de golpe y grité, sobresaltándola.

—Y esta niña, que nunca cambia… —se quejó, dándome con el trapo de cocina, mientras yo me reía.

—Y tú, cómplice. —Señaló a Patrick—. Vas a necesitar mucha agua el día que vuelvas a comer aquí —sonrió con malicia—. Tu comida va a estar muy salada y pobre de ti que te dejes un poco.

—Amenazando eres única —dijo mi amigo y después soltó una carcajada.

—Me tenéis contenta. —Bufó Gladys.

—Pues claro que sí, no sé a quién quieres hacer creer lo contrario —Le dije con un guiño.

Su expresión se suavizó y abrió los brazos, para acogerme como tantas veces había hecho. Patrick se acercó para saludarla con otro abrazo afectuoso.

—Todavía queda para la cena. Estoy preparándola, ¿tenéis hambre? —nos preguntó.

—Solo hemos venido a saludarte, nos vamos en cuanto encontremos a Zoe —le informé.

—Yo puedo haceros unas hamburguesas muchísimo mejores —comentó a modo de reprimenda.

Al decirle Zoe y que salíamos supo perfectamente donde terminaríamos con la pequeña para cenar.

—Lo sabemos —afirmó Patrick—. Pero intenta convencer a mi hermana.

—Ah, no. —Sacudió la cabeza, varias veces—. Esa pequeña puede conmigo en el primer asalto. —Jadeó, haciéndonos reír.

—Y te quejabas de mí, ¿eh? —le dije divertida.

—Tú eras una santa en comparación. —Puso los ojos en blanco—. No quiero decir que mi niña Zoe sea mala —miró a Patrick.

—Sobra la aclaración viniendo de ti, aparte de que te hemos entendido perfectamente —la tranquilizó él, añadiendo una sonrisa de cariño—. Mi hermana es de armas tomar cuando se lo propone y quiere conseguir algo.

—Está con tu madre en el salón —se dirigió a mí—. Hace un rato que les he llevado la merienda y me he ganado mi dosis de halagos.

—¿Qué te ha pedido? —le preguntó Patrick.

—Un pastel de cuatro pisos, con mucha nata y decorado con princesas.

Los tres nos reímos y ya que estábamos en la cocina, Patrick y yo cogimos unos dulces. Le dimos un beso a Gladys y la dejamos trabajando.

El final del pasillo se abría en una sala amplia y caminamos por un lateral de ella, yendo directamente al salón que había mencionado Gladys. Había varios, pero sabíamos a cuál dirigirnos, al preferido de mi madre en el que tendría el fuego de la chimenea encendido.

No me equivoqué, a pesar de que no hacía tanto frío. En cuanto abrimos la puerta del salón el color anaranjado captó nuestra atención. Bueno, eso y el silencio que había. Patrick y yo nos miramos de reojo, intentando no reír cuando nos dimos cuenta de lo que estaba pasando.

Mi madre se encontraba sentada en el sofá, daba la espalda a la puerta, y Zoe se había subido sobre sus piernas, con una paleta de maquillaje en una

mano y en la otra un pincel, el que pasaba por la cara de mi madre, emocionada y concentrada.

—Con razón no ha ido a tu casa corriendo —me susurró Patrick.

—Sí —dije, haciendo un gran esfuerzo para no reírme.

Lo que no conseguí cuando nos escucharon y mi madre giró la cabeza hacia nosotros. No pude controlar la carcajada que solté al ver su cara de colorines.

—Diana, estás fabulosa —le dijo Patrick.

—Lo imagino, hijo —rio ella y nos unimos a sus risas.

—¡Sarai! —gritó la pequeña.

Lanzó todo lo del maquillaje en el sofá y saltó de las piernas de mi madre, para venir corriendo hasta mí.

—Hola cariño —le dije.

La abracé tan fuerte como me había agarrado ella de la cintura y le di un beso en la cabeza. Iba monísima, con dos coletas en la parte de arriba y el resto del pelo suelo. Por supuesto en las dos coletas llevaba dos lazos grandes del mismo color que su vestido. En esta ocasión había elegido el lila.

—Hola —me regaló una sonrisa mellada preciosa.

Hacía un par de semanas que se le cayó su primer diente y casi hicimos una fiesta por ello.

—¿Ya os vais? —nos preguntó mi madre.

Se levantó del sofá y caminó hasta nosotros. Zoe me soltó cuando me acerqué a ella, para darle un beso en la mejilla. Patrick la saludó de la misma forma.

—Espero que vuelvas pronto —se dirigió mi madre a la pequeña.

—Sí, me traerá Pat —le contestó emocionada.

Para su hermana, Patrick se quedó con la abreviación de Pat, porque cuando ella comenzó a hablar le costó mucho pronunciar el nombre completo. Y no fue porque mi amigo no trabajara con ella para que se aprendiera bien su nombre, también influyó que a Zoe al final se le metió en la cabeza no hacerlo porque le gustó más Pat.

—Perfecto, cariño —le dijo mi madre.

Zoe rio cuando ella le llenó la cara de besos. Patrick y yo las miramos sonrientes.

—Pasadlo muy bien —nos deseó—. ¿Cómo has continuado con la inspiración, tesoro? —me habló a mí.

—Muy bien mamá, aunque he hecho poco. Mañana lo cogeré con fuerza.

—¿Qué tienes que coger con fuerza?

Al escuchar la voz fuerte de mi padre todos nos giramos hacia él. Su presencia llenó el salón, a pesar de que no se movió del hueco de la puerta. Alto, imponente, vestido con un pantalón de traje y una camisa, la que llevaba abierta los primeros botones, y con las manos en los bolsillos del pantalón, Markus Kaiser era un hombre con raíces alemanas que intimidaba por su carácter serio y frío, inalcanzable.

Era su forma de ser de cara al mundo exterior, pero con su familia era todo lo opuesto. Las únicas veces que sonreía era con nosotros, o con Gladys o Archie. Este último era su chófer y seguridad más cercana, su guardaespaldas y un gran amigo después de todos los años que Archie llevaba trabajando para mi padre. Para Archie él era intocable, lo que ampliaba a mi madre y a mí.

Mi padre era un hombre muy importante de negocios, dominaba y controlaba muchísimas cosas de las que la mayoría yo no tenía ni idea. Mi madre y él se conocieron cuando mi padre vino a España acompañando a mi abuelo. Por aquel entonces vivían en Alemania, pero por unos negocios de mi abuelo pasaron unos meses aquí, aprovechando el verano ya que era la única época en la que mi padre estaba libre de la universidad.

Él cursaba el último año y el destino quiso que se cruzara con mi madre. Una mujer amable, simpática, extrovertida, alegre, preciosa y con un cuerpo lleno de curvas que enamoró al instante a mi padre. Y así fue como ese hombre que era duro como una roca, cayó a los pies de ella. Ese verano marcó sus vidas y posterior a él, estuvieron separados medio año, antes de que volvieran a encontrarse para no separarse nunca más. Mi padre se trasladó a España e inició un negocio aquí, el que como ya he comentado era a gran escala.

Nací y crecí sabiendo lo que era el poder, lo que representaba, lo que provocaba y lo que conseguía. Debido a ello y a su carácter, a mi padre jamás le había temblado el pulso a la hora de tomar decisiones. Era uno de los hombres más influyentes, pero a mí lo único que me importaba era el papel de padre que hacía a la perfección.

Lo admiraba, desde siempre había sido un referente para mí, un modelo a seguir. Me parecía increíble y me fascinaba cómo podía ser un hombre letal de puertas para fuera de su casa, y hacia dentro, con su familia, se convertía en un padrazo y en un marido que amaba y protegía a sus seres queridos, dándoles todas las atenciones. Ahí también entraban Gladys y Archie, como ya he comentado los queríamos como si fueran de nuestra familia.

Y, por supuesto, Patrick, Zoe, Emma y Owen, mi amigo, su hermana y los padres de ambos. Los cuatro estaban igual de protegidos por mi padre. Los matrimonios eran amigos desde mucho antes de que Patrick y yo naciéramos, por eso mi amigo y Zoe eran como unos segundos hijos para mis padres. Owen era otro hombre importante de negocios, no se acercaba al nivel de mi padre, pero no por ello era menos importante.

—Papá —le dije, sonriendo.

Mi padre imitó mi gesto al instante y caminé hacia él, cuando entró en el salón.

—Hola, cariño.

Nos abrazamos y sonreí contra su camisa, cuando me dio un beso en la cabeza.

—¿Qué tienes que coger con fuerza? —insistió en preguntarme y me reí.

—Nada por lo que tengas que preocuparte —le dije con diversión—. Estábamos hablando de mi trabajo.

Me acarició la mejilla y prestó atención a los demás, mientras nos acercábamos a ellos.

—Patrick —le dijo y se abrazaron—. Pequeña Zoe.

Ella soltó un gritito y saltó a las piernas de mi padre. Él la cogió en brazos con una facilidad asombrosa, cuando yo ya casi no podía aguantar su peso.

—Estás hecha toda una princesa —le dijo y terminó de ganarse a Zoe del todo—. Amor —miró a mi madre.

—Yo también, ¿verdad? —le preguntó ella coqueta, por cómo la había maquillado Zoe.

—No. Tú siempre serás la reina de mi corazón y de esta casa, y quien tenga algo que decir al respecto se las verá conmigo.

Ahí estaba esa mirada de deseo y amor que perduraba en el tiempo. Mi madre acabó suspirando, por la intensidad de mi padre. Ese fue el momento perfecto para despedirnos de ellos porque faltaba muy poco para que él la arrastrara a la habitación.

Lo de arrastrar era un decir porque mi madre iba más que encantada.

—Archie puede llevaros —nos propuso mi padre, después de abrazarlo.

Como no, no iba a dejar de intentarlo.

—Sabes que no hace falta —se adelantó Patrick, apretándole un hombro.

—Me quedaría más tranquilo —insistió.

—Papá…

Después de mantenernos la mirada volvió a hablar.

—Largaros ya si no queréis que Archie os siga.

Ante su amenaza salimos corriendo del salón, entre risas. Patrick tuvo que coger en brazos a Zoe porque perdió las fuerzas enseguida de tanto reírse.

Capítulo 3

Con la respiración descontrolada y sudando, llegué a la entrada de la propiedad. Comencé a caminar cuando tuve la verja de hierro a unos metros de distancia.

Hacía una hora que salí de mi casa, ese tiempo era el que llevaba corriendo por el extenso jardín de la propiedad. Normalmente era mi rutina de cada mañana, pero hoy la había retrasado bastante. Eran las siete de la tarde, nada más despertarme de la siesta me había puesto la ropa de deporte para despejarme un poco.

No solía entrar en el estudio hasta después de ducharme, cuando ya había desayunado y hecho deporte, pero hoy me levanté más temprano de lo normal, mucho antes de que me sonara la alarma, y no me apeteció salir a correr a esa hora.

Vaya por delante que, independientemente de la hora que fuese, no me gustaba hacer deporte. Para mí no valía la norma de: cuando te acostumbres el cuerpo te lo pedirá solo, se convertirá en una necesidad. En absoluto, a mi cuerpo siempre le apetecía más quedarse en casa que ponerse la ropa de deporte. Llevaba años corriendo, era el único deporte que practicaba y lo hacía por obligación.

Me pasaba muchísimo tiempo encerrada en el estudio, sentada en un taburete, y me esforzaba por activar el cuerpo y destensarlo de las posturas de muchas horas. Sobre todo, en verano que con el calor se hinchaba por la poca actividad que tenía.

Cuando llegué a la verja, justo donde estaban los buzones de hierro, saqué la llave de un bolsillo pequeño de la malla y los abrí por detrás los dos. Saqué lo que contenían y los dejé cerrados, para comenzar a caminar para ir hacia la casa de mis padres, para dejarles sus cartas.

Había venido expresamente porque estaba esperando recibir una carta, pero por más que miré las que iban a mi nombre no la encontré. Solté un suspiro y empecé a trotar para llegar antes a la casa de mis padres. Estaba más o menos a la mitad, cuando me paré de golpe, al ver una figura salir de entre los árboles.

—¡Joder, Archie! ¿Puedes ser más ruidoso? —Bufé, negando con la cabeza.

—Si lo fuese no haría bien mi trabajo —me contestó con diversión.

—Ya —suspiré—. ¿Qué haces aquí? ¿Dando una vuelta? —lo miré con curiosidad.

También llevaba ropa de deporte, un pantalón largo y ancho y una camiseta de manga corta que dejaba a la vista su constitución fuerte.

—Te he visto y te he acompañado corriendo. —Me hizo un guiño.

—Estamos en casa. Podrías relajarte un poquito aquí, ¿no?

—Eso no es posible, defecto de profesión —se rio por la mueca que puse —. Da gracias a que solo me muestro ante ti de vez en cuando.

—Vale, no quiero saber nada más —lo frené.

—¿Vas a cenar en la casa? —se refirió a la de mis padres.

—No, vienen mis amigas a la mía. El plan es encargar la cena y que se queden a dormir.

—Suena bien.

—Sí —le sonreí.

—Pero vas en la dirección de la casa de tus padres.

—Correcto. Hazme un favor —le pedí.

—Tú dirás.

—Llévales el correo, vas para allí. Así tengo más tiempo para ducharme.

—Claro.

Alargó la mano y le di lo que había cogido del buzón de mis padres. Lo del mío lo agarré con las dos manos.

—¿Nada todavía? —se interesó al fijarse.

—No —suspiré—. Lo mismo no tendría que pensar tanto en ello porque cada vez que abro el buzón es una decepción. —Hice una mueca.

—Sé positiva, la negatividad no lleva a nada bueno —me pidió—. Todos confiamos en ti, sabemos que lo conseguirás. Esas cosas van lentas, pero lo importante es que te llegue la oportunidad. Y si no es así, pues te saldrá otra.

—Gracias, Archie.

Me rodeó con los brazos con fuerza cuando lo abracé y así continuamos durante un rato, alargando el momento.

Adoraba a Archie tanto como a Gladys. Para él también había sido su niña pequeña y me había acompañado y protegido durante mi crecimiento. Aunque a veces me sacaba un poco de quicio, como mi padre, por lo protectores que eran. Cosillas sin importancia que tenía más que asumidas, lo que no quería decir que me quejara en algunas ocasiones.

—Anda, ve para tu casa y no te preocupes por tus amigas. No salgas cuando piquen, yo vendré a por ellas para llevarlas junto a ti.

—No hace falta.

Con una ceja arqueada me dejó claro que iba a hacerlo.

—Eres el mejor —volví a abrazarlo.

—Ya verás cuando se lo diga a tu padre —se rio.

—No lo pinches —sonreí negando.

—Hoy ha estado muy tranquilo, tengo que darle vidilla. —Me hizo un guiño.

—Te gusta jugar con fuego y quemarte.

—Ese es mi día a día. Me va el riesgo.

Nos despedimos riendo y cada uno tomó una dirección. Regresé a mi casa caminando, pensando en la ducha que iba a darme y en que dentro de poco llegarían Gina y Esme, mis amigas, y lo harían encantadísimas, como cada vez que veían o se cruzaban con Archie.

Era un hombre muy atractivo, con una apariencia espectacular. Ya he comentado que estaba fuerte, mucho, lo que se debía a que se ejercitaba constantemente para estar en forma, para poder proteger a mi padre cada vez que salían de la propiedad. Lo amaba más por eso, pero también me daba miedo por los dos.

Hubo un tiempo en el que Archie vivió con nosotros, en la vivienda familiar, pero desde hacía unos años tenía su propia casa, en la misma calle en la que vivíamos nosotros. Se encontraba muy cerca, pero tenía su independencia e intimidad al final del día. Llegaba aquí a las seis y media de la mañana, a la hora en la que mi padre ya se había preparado, y se iba sobre las nueve o las diez de la noche, según si se quedaba a cenar con mis padres y Gladys.

Mis padres no hacían excepciones, les encantaba incluirlos a ambos en sus rutinas diarias, menos en las ocasiones en las que preparaban algo especial para ellos. Durante las horas del día, Archie no se separaba de mi padre. No tenía mujer, nadie lo esperaba en su casa, pero no era algo que a él le importara ni le preocupara.

Siempre que le había preguntado su respuesta había sido que estaba perfectamente y que tenía lo que necesitaba, cuando lo quería. De pequeña no lo entendía, conforme fui haciéndome mayor comprendí que no quería comprometerse con nadie, por lo que prefería tener sus líos amorosos de una noche o unos días, como mucho.

Cuando entré en la casa fui directa a mi habitación y de ella al baño. Encendí un poco que calefactor y me metí en la bañera. Me entretuve más tiempo del normal debajo del agua, incluso me senté y llené un poco la bañera, para relajarme del todo. Tenía tiempo hasta que aparecieran mis amigas.

Abrí los ojos despacio, al pensar en Patrick. Si hubiera podido se habría apuntado, pero hacía varias semanas que quedó con sus compañeros de trabajo para salir a cenar y después de fiesta. Entre ellos estaba Cristian, un muy buen amigo suyo. Se conocieron en la empresa en la que trabajaban y enseguida conectaron, de eso hacía años.

Sonreí al recordar la salida que hicimos con Zoe el día anterior. Nos lo pasamos genial y sobre las nueve y media de la noche, después de unos minutos de habernos terminado los menús de las hamburguesas, Patrick me trajo a casa, hasta la puerta. Como siempre, entró en la propiedad y recorrió el camino asfaltado del jardín, el que llevaba hasta mi casa. Me despedí de ellos con abrazos y besos y en cuanto me bajé, mi amigo se dirigió a la verja, para salir de la propiedad.

Patrick hubiese estado monísimo con la mascarilla que esta noche íbamos a ponernos mis amigas y yo. Siempre que estaba con nosotras lo liábamos de una forma que terminaba siguiéndonos en todo lo que hacíamos. Según él era porque por culpa de su hermana estaba más que acostumbrado a dejarse hacer cualquier cosa de belleza.

Eso sí, si hacía un esfuerzo por nosotras, después Gina, Esme y yo debíamos devolverle ese esfuerzo con lo que a él le apeteciera. Muchas veces se conformaba con ver una película de miedo, con la que él se lo pasaba genial y nosotras nos acurrucábamos como podíamos, unas encima de las otras y de él, con los cojines en las caras como barreras.

Salí de la bañera cuando noté ciertas partes arrugadas. Me sequé el cuerpo y me enrollé la toalla al pecho, para secarme el pelo con el secador. Cuando

terminé me puse un pijama calentito y los calcetines gordos en los pies, para caminar con ellos.

Salí del baño haciéndome una trenza y fui a la mesita de noche, para comprobar la hora y que no tuviera ningún mensaje o llamada. Al no ver notificaciones salí al pasillo, para ir a la cocina. Justo cuando entré sonó el timbre de la entrada a la propiedad, el de mi casa, el que se repetía en la de mis padres, pero con menos intensidad para ellos. De esa forma sabían que quien estaba en la verja de la propiedad venía a verme a mí.

Mis padres ya sabían que Gina y Esme estarían conmigo hasta mañana, lo daba por hecho por Archie.

Abrí uno de los armarios altos de la cocina y cogí un vaso, para llenarlo de agua. Estaba sedienta porque no me paré a beber al llegar de hacer ejercicio. Me lo acabé en varias veces y fui hasta la puerta principal, donde esperé a que llegaran mis amigas.

Apoyada en el marco, observé el camino asfaltado. Ya estaba oscuro, pero el camino tenía a ambos lados de él pequeños puntos de luz, cada pocos metros. Estos estaban programados para apagarse a las siete de la mañana, cuando ya había claridad suficiente para ver.

Sonreí en cuanto vi las luces de los focos del coche de mi padre, el que conducía Archie. En cuestión de segundos se paró frente a la entrada de la casa.

—Pasadlo bien —nos deseó él, después de bajarse del asiento del conductor y abrirles la puerta trasera a mis amigas.

—Puedes quedarte, Archie. Eres muy bien recibido —le propuso Gina, moviendo las pestañas a una velocidad impresionante.

—Eso, serías una estupenda compañía —añadió Esme.

Las observé divertida, con los brazos cruzados. Él estuvo tan profesional como siempre, a pesar de que conocía de sobra y de años a mis amigas. Era un experto en esconder la diversión y según ellas era lo que más les ponía de él, esa seriedad y la fuerza que desprendía.

—Sería un honor, pero es vuestra noche de chicas y no encajo. Además, ya tengo otros planes que no puedo anular.

—Oh, ¡qué pena! —Hizo un puchero Gina— La próxima vez te avisaremos con tiempo.

Archie se despidió y se montó en el coche. Cuando arrancó miró hacia mí y le sonreí, como respuesta de su guiño.

—Habéis llegado con fuerzas, ¿eh? —les dije a ambas.

—Necesitadas, nena. Necesitadas —me corrigió Gina.

Solté una carcajada. Me aparté para que entraran y en el salón nos abrazamos y besamos.

—No es nuestra culpa, ese hombre está… —suspiró Esme— Ya que queda muy mal hablar de esa forma de tu padre… —se rio con ganas.

—Me encantaría que él os escuchara —comenté con humor—. Vuestras reacciones no tendrían desperdicio.

—Calla, que yo me desmayaría directamente. Con lo que impone solo con su presencia… —agrandó los ojos Gina—. Y ya si habla…

—Nos morimos.

Se miraron entre ellas y soltaron una carcajada, a la que tuve que unirme. Era el efecto que provocaba mi padre. A pesar de que mis amigas estaban más que acostumbradas a él, siempre que lo veían se comportaban como si nunca hubieran roto un plato. Como se suele decir.

—Id a poneros cómodas, yo voy a empezar a preparar las pizzas.

Se fueron a la habitación en la que dormirían, una en la que también había una cama de matrimonio. Yo volví a la cocina y saqué todo lo que necesitaba para hacer las pizzas, de la nevera y de los armarios.

Cuando mis amigas se unieron a mí entre las tres dejamos listas una pizza para cada una. Eran de tamaño grande, pero de masa muy fina. Siempre preparábamos las mismas porque nos gustaba que nos sobrara para el día siguiente.

Metí la primera en el horno y nos fuimos al salón con botellines de cerveza y varios cuencos, uno con patatas chips y otro con aceitunas.

Capítulo 4

—¿Qué hicisteis ayer? —nos preguntó Esme.

—¿Trabajar? —le contestó Gina.

—¿No me digas? Muy graciosa. —Bufó—. Me refiero a la tarde y a la noche.

—Joder, pues especifica —se rio Gina.

—Yo salí con Patrick y Zoe —les dije—. Vino con su hermana y después de pasar la tarde juntos cenamos unos menús de hamburguesas.

—Mmm… uno de esos me comería yo ahora —dijo Gina.

—¿Qué dices? Si no podías más con la pizza y hace unos minutos que hemos terminado —habló extrañada Esme.

—Chica, pero es otra comida diferente. Para variar siempre hay espacio —sonrió con picardía.

—No puedo contigo —se rio Esme.

—¿Y cómo fue? —me preguntó Gina.

—Estupendamente. Estuvimos en un parque, dimos un paseo por el centro de la ciudad y terminamos en el centro comercial, donde cenamos los menús.

Me coloqué bien la mascarilla facial en la zona de los labios, para beber de mi mojito. Esme había preparado para las tres, varias veces. Le salían deliciosos, aunque esta noche estaba pasándose con el alcohol. Lo notaba con cada sorbo, pero estaba tan dulce que si no me controlaba me lo bebía como si fuese agua.

—Tengo ganas de ver a la pequeña —comentó Esme, bebiendo también de su vaso—. Entre unas cosas y otras hace mucho de la última vez.

—Podemos preparar algo para el fin de semana que viene, algo que le haga ilusión y con lo que pasemos el día fuera —dijo pensativa Gina.

—¿El parque de atracciones? —propuse.

—Oye, pues hace un montón que no voy —se animó Esme.

—Hablaré con Patrick, a ver qué le parece —comenté.

—Seguro que le gustará la idea. —Asintió Gina—. ¿Y tu trabajo? ¿Ya has empezado uno nuevo?

—Sí —le contesté sonriendo—. Ayer, aunque más que nada dejé el boceto hecho por la mañana. No me dio tiempo a mucho más porque por la tarde vino Patrick. Estoy contenta con lo que he avanzado hoy, mañana cuando os vayáis lo retomaré.

—¿Y de lo otro sabes algo? —Quiso saber Esme, con mucho tacto.

—No me hace daño que me preguntéis sobre ello, os aseguro que es peor todas las veces que pienso. —Me encogí de hombros.

—No te desesperes, seguro que en cualquier momento recibes la carta —me animó Gina.

—Sí, estamos convencidas. —Asintió Esme.

—Todos los que me queréis estáis muy seguros, yo no lo veo tan claro. Pero no pasa nada. —Levanté las manos, frenando lo que iban a decirme—. Si

tengo malas noticias lo asumiré y volveré a intentarlo. No se puede conseguir todo a la primera.

Bebí varios sorbos seguidos de mojito, antes de dejar el vaso en la mesa baja de enfrente.

—¡Esa es la actitud! —gritó Gina, alzando los puños.

—Brindemos por ello —dijo Esme.

—Acabo de dejar el vaso —me reí.

—Pues lo coges, te callas y bebes. Va —me pidió que lo hiciera.

Fue lo que hice, acompañándolas a ellas. Las tres bebimos un buen sorbo de los mojitos, los que ya hacía tiempo que nos habían afectado. Era evidente en nuestros ojos y en nuestras risas constantes, aunque al menos por el momento podíamos mantener una conversación y continuar con ella.

—Joder, estoy mareadilla —dijo Gina, riendo.

—Yo también —suspiré.

—Pues a mí todavía no me afecta —habló animada Esme.

—Nooo… que va. —Soltó una carcajada Gina—. Y espera a que tengas que levantarte, te veo arrastrándote como un gusano para llegar a la habitación.

—Antes de hacer eso me quedo en el sofá —rio Esme.

—Ya hace un rato que tendríamos que habernos quitado las mascarillas —comenté señalándome la cara.

—Joder, ya no me acordaba que la tenía. —Jadeó Gina.

—¿En serio? —se rio de ella Esme— ¿Es que no nos ves a nosotras?

—La culpa es tuya. —Bufó Gina—. Nos has querido tumbar desde el primer chupito.

—Encima… —se quejó Esme.

—A mí me da igual, yo estoy en la gloria —dije, con los ojos cerrados.

—Uy, ¡qué se me ha olvidado deciros algo muy importante! —Jadeó Esme.

—¿El qué? —se interesó Gina.

—Iba a organizar una cosa para el fin de semana que viene, pero como ha surgido la salida con Zoe y queremos que nos ocupe todo el sábado, lo dejaremos para el otro fin de semana.

—¿Qué dices? Muchas palabras y poco contenido —se rio Gina.

—Déjame acabar.

—Pero es que te enrollas —se quejó Gina.

—¿Por qué no nos lo dices mañana, cuando no veamos doble? —le propuse, con una risilla.

—No, no… ahí va la bomba. —Se frotó las manos—. Vamos a tener tres citas a ciegas, la misma noche y al mismo tiempo. ¿Qué? ¿Qué os parece?

Gina y yo nos miramos, haciendo una mueca casi idéntica.

—¿Y esa idea tan brillante? —le preguntó Gina, con ironía.

—Lo sé, es genial —rio Esme.

—Tan genial que yo paso —dije.

—¿Por qué? —Jadeó Esme.

—Yo también —se unió a mí Gina.

—No lo decís en serio. ¿Estoy en una pesadilla? —Nos agarró una mano a cada una.

—No sé por dónde andas tú, pero yo estoy en un momento de mi vida que paso de los hombres, en general, a no ser que sean amigos. No necesito buscar una relación, no la quiero —dijo Gina, con contundencia.

—Diosss… qué orgullosa estoy de ti. —Lloriqueé—. A pesar de los mojitos has hablado genial.

Ambas soltamos una carcajada, a Esme no pareció hacerle gracia.

—Apoyo cada una de tus palabras —dije, levantando el vaso hacia Gina.

—Amén, hermana.

Chocó el suyo con el mío y bebimos.

—Sois unas aguafiestas, tenía en la cabeza a los hombres perfectos —habló Esme e hizo un puchero—. Solo quería que pasáramos una noche divertida.

—Queda tú —le pidió Gina—. Si necesitas sentirte segura nosotras revolotearemos a tu alrededor, aunque si cambias de opinión mejor. Conozco muchas otras maneras para divertirnos.

—A ti lo que te pasa es que no piensas con claridad por culpa de cierto tío rubio —le echó en cara.

—Esme… —le advertí rápido.

—No toques ese tema, ni ahora ni nunca —la señaló Gina, poniéndose en tensión.

Ni siquiera el alcohol la relajó al respecto.

—Es que es verdad, cariño —insistió Esme, sin ser consciente del huracán que estaba iniciando.

—¡He dicho que te calles! —Alzó la voz.

Gina se levantó tan rápido como pudo y después de lanzarle una mirada asesina a Esme, se fue hacia el pasillo y desapareció por él.

—Mierda —susurró Esme, lamentando al instante lo que acababa de hacer —. Sarai, lo siento mucho. —Apretó los labios.

—Shhh… no lo has hecho con maldad. —Le froté la espalda—. Ha sido por el alcohol, se te ha ido la lengua.

—¿Vamos detrás de ella? Aunque quizás es mejor que a mí no me vea hasta que se le pase. ¿Vas tú?

—Ya sabes cómo se pone por ese asunto, se cierra a todo. No conseguiremos ayudarla si la agobiamos yendo a la habitación, es preferible que esperamos a mañana. Cuando estemos desayunando hablamos con ella, ¿vale?

—Sí —susurró.

—Sé que tu intención era buena con lo de las citas a ciegas, pero ya sabes mi opinión también. Ni siquiera me apetece conocer a gente nueva, si salgo de fiesta, si quedo, es para pasármelo bien con la confianza que tengo de años con las personas que quiero. Alguien nuevo significa cohibirte un poco. —Me encogí de hombros.

—Solo quería que desconectarais y ayudar a Gina a olvidar. Ya han pasado muchos días y no consigue salir de la burbuja que ha formado a su alrededor.

Las lágrimas se le escaparon de los ojos brillantes y antes de que se las retirara la abracé.

—¿Quieres dormir conmigo? —le pregunté.

—Vale —suspiró.

—Pues vamos a mi habitación, primero a quitarnos las dichosas mascarillas. Esto se queda así, ya lo recogeremos por la mañana —me referí a

la mesa baja.

Nos levantamos del sofá y agarradas de las cinturas apagamos la luz del salón y fuimos a mi habitación. La puerta en la que se había metido Gina estaba cerrada. Entramos por turnos en el baño y no tardamos en estar tumbadas en la cama, debajo del nórdico.

Todavía no lo había cambiado por una manta fina y la colcha, me quedaban unas semanas largas para disfrutar un poco más del nórdico.

—Me siento muy mal por haber hablado sin pensar —me susurró Esme, tumbada de lado hacia mí.

—Lo sé, pero intenta no pensar mucho en ello. Gina también ha reaccionado así por culpa del alcohol. En un estado normal te habría mandado a la mierda, pero no se habría ido y al cabo de unos minutos estaría con las bromas.

—Con todas las veces que me has aconsejado que no hay que forzar las cosas y voy yo y la cago.

—No pienses más. Ya está hecho, solo queda ponerle solución mañana.

—Sí —murmuró.

Apagué la luz de la lamparita de mi mesita de noche y cerré los ojos en la oscuridad. Me hubiese encantado ir a ver a Gina, pero era muy cierto lo que le había dicho a Esme. Nuestra amiga necesitaba su espacio. Cada uno reaccionaba de formas distintas ante las cosas que le dolían y Gina tenía la costumbre de aislarse de todo el mundo, para llorar hasta recomponerse. No podías acceder a ella en momentos como este, por más que insistieras y necesitaras ayudarla.

El chico rubio al que se había referido Esme se llamaba Samuel. Para mí era una persona a la que le había hecho la cruz, en el sentido de que lo había eliminado de mi vida. Completamente. Gina y él tuvieron una relación de cuatro años y medio, todo amor, sonrisas, complicidad, pasión…

Eran de esas parejas que parecía que no podían estar mucho tiempo separados. Hasta que varias semanas atrás, concretamente ya hacía un mes y medio, él le soltó a mi amiga que se iba de la ciudad y de España porque le habían hecho una oferta de trabajo que no podía desaprovechar.

No fue el motivo, eso podía llegar a entenderlo, en cierta forma y no del todo porque si amas a una persona lo que menos quieres es dejarla. Podría haberle propuesto a Gina que se fuera con él, ella tenía libertad de movimiento en su trabajo, por lo que era aún más sospechoso.

El problema fueron las maneras en las que le habló y las palabras exactas que le dijo. No me entraba en la cabeza, no podía comprender como una persona podía cambiar tanto de la noche a la mañana, en un visto y no visto. Aunque lo correcto sería decir como una persona podía engañar tanto, en vez de cambiar. Samuel le hizo mucho daño a Gina, intencionadamente, antes de arrancarla de su vida.

Para mí estaba claro que Samuel había hecho un papelón durante los años que estuvo con mi amiga. Era muy triste saber que no la había querido, ni lo más mínimo, después de haber compartido sus vidas, el día a día. Eso debía generar por narices unos sentimientos hacia la otra persona, por pocos que fueran. La convivencia marcaba, pero Samuel pisoteó a Gina con cada una de sus palabras afiladas y dolorosas, para hundirla.

Por todo ello Gina no soportaba que se le mencionara, se ponía malísima y con razón. Le quedaba por delante un largo proceso.

Y Esme únicamente quería que saliera de eso, como yo, pero para todo había un momento y un tiempo. Gina debía hacer el recorrido y la mayor parte del proceso tenía que estar sola, era muy necesario para que sanara en condiciones y definitivamente. En fin…

Cuando conseguí dejar la mente en blanco fui relajándome poco a poco. La respiración pausada y tranquila de Esme me ayudó a dejarme llevar por el sueño.

Mi último pensamiento fue que el final del sábado no había terminado como esperaba, pero que el domingo comenzaría mucho mejor.

Capítulo 5

Hacía muy poco que había amanecido. A mi espalda tenía entornada la puerta de la casa, yo me encontraba sentada en el primer escalón. Delante de mí tenía el jardín, o el bosque, porque se podía considerar perfectamente como uno mini.

Los primeros rayos del sol caían sobre la hierba que quedaba a unos metros de mí, un poco más adelante era muy difícil que traspasaran las copas abundantes de los árboles.

El camino asfaltado para el coche llegaba hasta la casa y la rodeaba, el de piedra que llevaba a la vivienda familiar terminaba en el inicio de la escalera de piedra en la que yo estaba sentada. Tenía cuatro peldaños de una altura muy cómoda para subirlos. La escalera no tenía mucha altura, pero era suficiente para nivelar el terreno de esta parte del jardín donde estaba construida la vivienda.

Una vez subías te encontrabas con unos metros de porche. En él tenía un banco y una mesa redonda, colocados en uno de los lados.

La vivienda se dividía en un comedor, una cocina, un pasillo largo que daba acceso a cuatro habitaciones, a un baño y a mi estudio, al final de la casa. Como ya había comentado mi estudio era muy grande, aunque las habitaciones no se quedaban atrás. Todas tenían baños privados y solo había dos amuebladas con camas de matrimonio. La mía, lógicamente, y la que utilizaban mis amigos cuando se quedaban a dormir.

En la tercera habitación monté una especie de despacho en el que ordenaba y organizaba todo el papeleo de mi trabajo, incluso los bocetos de las obras que terminaba. Me gustaba guardarlos como recuerdo. En el despacho tenía una mesa que no era muy grande, un sofá y una mesa baja frente a él. El sofá era el que más utilizaba.

La cuarta habitación, la última, era una biblioteca y zona de juegos, ambas cosas en una, pero como la mayor parte del tiempo solo la utilizaba yo, era más biblioteca. En ella tenía dos paredes completas de estanterías, las que tenía bastante llenas. Cada mes añadía adquisiciones nuevas.

El baño del pasillo era completo, a pesar de que como he comentado cada habitación disponía del suyo, sin excepción.

Después estaba la zona en las que más horas pasaba, después de mi estudio: el salón y la cocina. El primero era muy espacioso y luminoso, aparecías en él nada más entrar por la puerta principal. Por los grandes ventanales entraba mucha luz, la que iluminaba todo el salón. A la derecha se encontraba la zona del sofá, la mesa baja, la alfombra, la chimenea y el televisor, todo acompañado por un mueble que no quitaba mucho espacio. Aparte de la decoración y una lámpara de pie.

A la izquierda estaba la mesa alta cuadrada extensible, con sus sillas alrededor. La cocina seguía la línea del resto de la casa, me refiero al espacio. Era muy grande y en ella, aproximadamente en el centro, había una barra con taburetes. Podía elegir entre estar en alto o en la mesa que se encontraba junto a una de las ventanas, rodeada de sus sillas. En un lateral de la cocina tenía el acceso al lavadero.

El garaje estaba ubicado en la parte trasera de la casa, de ahí que el camino asfaltado rodeara la vivienda. Tenía la capacidad para varios vehículos, pero no llegaba a ocupar toda la fachada trasera porque a ella daba mi estudio y yo quería y necesitaba mucha luz natural. En el garaje tenía una parte destinada a ser un trastero.

Me llevé la taza de café a los labios, disfrutando de la calma que se respiraba.

—Solo a ti se te ocurre sentarte en la piedra fría, en vez de en el banco con cojines acolchados y cómodos.

Sonreí al escuchar a Gina. Me giré levantando la cabeza para mirarla a la cara. Había estado tan metida en mis pensamientos que no había escuchado la cafetera, ya que se había preparado un café.

Me incorporé y fuimos al banco, donde nos acomodamos una al lado de la otra, entre los cojines.

—¿Cómo has dormido? —le pregunté mirándola por encima de la taza, mientras bebía.

—Los mojitos fueron milagrosos. —Movió la cucharilla en su café, con la mirada perdida hacia delante—. No te creas que me costó, me quedé dormida al poco de caer en la cama.

—Eso es bueno. Me alegro. Nosotras también caímos rápido por lo mismo.

Asintió y nos quedamos en silencio durante largos segundos.

—¿Cómo estás? —me lancé a preguntar.

—Estoy —suspiró—. Ahora mismo ni bien ni mal.

—Sabes que cuando necesites hablar estaré a tu lado. Estaremos.

—Lo sé. —Giró la cabeza hacia mí, sonriendo—. Anoche me coroné como la reina del drama, ¿eh?

—Buenooo… tampoco fue para tanto. —Fruncí los labios—. Dijiste pocas palabras, te comportaste. —Le hice un guiño y nos reímos—. Esme se quedó muy mal.

—Lo imagino. Hablaré con ella.

—Vale. En la cocina tienes un bizcocho y bocadillos variados, por si te apetece comer algo con el café. Tú no necesitas dejar pasar un poco de tiempo como yo.

—¿Has preparado todo eso? ¿Desde qué hora estás despierta? —se sorprendió.

—No he sido yo —dije entre risas—. Me he levantado casi a la nueve, una buena hora teniendo en cuanto a la que nos acostamos. Al encender el móvil me ha llegado un mensaje de mi madre, en el que me pedía que la avisara cuando estuviera despierta, para traernos el desayuno que Gladys nos había preparado.

»Le he escrito y han aparecido cuando yo acababa de salir aquí con el café. Han venido las dos dando un paseo, cargadas de comida, y me han hecho compañía unos minutos antes de regresar a la casa familiar.

—Amo a tu familia —suspiró.

—Sabes que es la tuya también —le sonreí con cariño.

—Sí, porque lo que es la mía de sangre… —susurró.

—¿Cómo estás con tu madre?

—Cuanto menos la vea y sepa de ella mejor, con eso te lo digo todo —comentó pensativa.

—Lo siento mucho, Gina.

—Lo sé, cariño —me sonrió con tristeza—. Lo único que va bien en mi vida sois vosotras, tú y Esme, tu familia y el resto de mis amigos, como Patrick. Yo…

—Y no necesitas nada más. ¡Qué les den a los demás! —dije con rabia—. Que se jodan, Gina, déjalos que se envenenen en su propio veneno. ¿Me oyes? No se merecen menos y tu madre la primera, por doloroso que suene.

—Y tú eres la pacífica del grupo —habló entre risas.

—Hasta que me tocan las narices, por no decir otra cosa. —Bufé.

—Eso es verdad. —Frunció los labios—. Tengo varios recuerdos que confirman tus palabras. —Me hizo un guiño.

—Calla, tampoco hace falta sacar ahora los trapos sucios. —Jadeé, para después reírme de nuevo con ella—. Soy calmada, intento mediar siempre, pero que no me saquen de quicio porque se me va. —Me señalé la cabeza—. Las personas que quiero son intocables. Punto.

—Tranquila, hace años que puse una barrera entre mi familia y yo. Aunque eso no quita que me dé algún bajón que otro, alguna vez. Este fin de semana estoy especialmente sensible —suspiró.

—Vale, pues nada de hablar de personas indeseadas y de cosas malas —dije poniéndole fin a la conversación.

Volvimos a quedarnos en silencio, hasta que le propuse ir al salón o a la cocina. Por mucho que me pegaba a Gina y me subía el cuello de la chaqueta de lana, no conseguía entrar un poquito en calor. Llevaba mucho rato fuera.

Decidimos ir a la cocina y justo cuando me puse a preparar más café, mientras Gina sacaba un cuchillo y destapaba el bizcocho y los bocadillos, apareció Esme.

—Buenos días —dijo desanimada.

—Buenos días —le correspondimos a la vez.

—Ven aquí, tontita —le dijo Gina y sonreí.

A Esme se le iluminó la cara y corrió a los brazos de Gina. Mientras se disculpaban la una con la otra, terminé de hacer los cafés, añadiendo otro para la recién llegada.

Nos sentamos en los taburetes de la isla y comenzamos a desayunar.

—¡Qué bueno le sale a Gladys todo! —dijo Esme, con la boca llena de bizcocho.

—¿Gladys? ¿Por qué das por hecho que ha sido ella y no yo? —Arqueé una ceja, conteniéndome para no reír.

—Cariño, te quiero mucho, pero algo tan maravilloso, delicioso y exquisito no saldría de tus manos ni en mil años —dijo Esme, riendo. Gina se unió a ella.

—Ten amigas para esto —me hice la indignada.

—Eres increíble en muchas cosas y no digo que no cocines bien, pero a este nivel, no —continuó insistiendo.

—Efectivamente es obra de Gladys. Diana y ella han venido a traernos provisiones —le informó Gina.

—Son las mejores. —Dio una palmada Esme.

—¿Qué queréis hacer cuando terminemos? —les pregunté— ¿Os vais a casa o pasamos el resto de la mañana juntas?

—Yo voto por la segunda opción —dijo Gina.

—Pues yo también —se animó Esme—. Podemos ir a tomar un aperitivo al club y cuando sea la hora comer donde más nos apetezca. ¿No?

—Buena idea, aunque no sé si me convence mucho ir al club —comenté.

—Cambiamos de sitio y ya está —sugirió Gina.

—Lo dejamos en el aire. Ya veremos —dije, mientras cogía un bocadillo.

—Oye, ¿Por qué no vamos al chiringuito de Marina? Hace un día estupendo de sol y allí se debe estar estupendamente —propuso Esme.

—Mmm… me gusta mucho —estuve de acuerdo y Gina me siguió.

El chiringuito al que nos referíamos era un restaurante, una construcción de obra que se llamaba de esa manera: el chiringuito de Marina. Marina era la dueña, a la que conocíamos de años y nos llevábamos genial con ella. El restaurante estaba ubicado en el paseo marítimo, a muy pocos pasos de la playa y de pisar la arena.

Abría durante todo el año y siempre se llenaba, independientemente de la época que fuese. Daba gusto comer con unas vistas impresionantes y con el olor y el sonido del mar de fondo, sobre todo si tenías la suerte de conseguir una mesa en la terraza. Esta la tenían abierta cuando hacía tan buen día como hoy, para disfrutar del sol.

Desayunamos estupendamente, aunque nos controlamos para no comer todo lo que nos apetecía. Teníamos que dejar un buen hueco para el aperitivo, para empezar.

Cuando terminamos recogimos la cocina y nos fuimos a las habitaciones, para prepararnos para salir. Yo saqué del armario un pantalón corto, unas medias térmicas y un jersey, lo que complementé con unos botines planos. Entré en el baño para vestirme y cepillarme el pelo que me dejé suelto.

Después de maquillarme un poco, muy ligera, y de echarme perfume, fui a la habitación de donde cogí una chaqueta del armario y el bolso que siempre utilizaba. Antes de guardar el móvil dentro le escribí un mensaje a Patrick.

Sarai: *Buenos días, fiestero. ¿Estás despierto o todavía sigues en algún mundo lejano a este? ¿Cómo fue la salida a cenar y de fiesta con tus compañeros de trabajo? No me lo digas, dejaste a todas las mujeres que se cruzaron en tu camino ciegas con tu belleza y tu personalidad arrolladora. ¿A qué sí? Ja, ja, ja… Por si te despiertas con tiempo y te apetece moverte de casa, ahora voy a salir con las chicas. Terminaremos en el chiringuito de Marina para tomarnos un aperitivo. Calculo que estaremos allí sobre las doce y seguramente que nos quedemos a comer porque nos dará la hora, como nos pasa siempre que vamos. Si no nos vemos descansa para comenzar la semana que fuerza. Te quiero.*

Esperé unos segundos y al ver que a Patrick no le llegaba el mensaje, supe que todavía no se había despertado. Por eso tenía el móvil apagado. Guardé el móvil en el bolso y salí de la habitación. Esme ya me espera en el pasillo y Gina no tardó en aparecer.

Fuimos hacia la parte trasera de la casa, donde muy cerca de mi estudio se encontraba la puerta de acceso al garaje. Salimos de él montadas en mi coche, mis amigas llegaron el día anterior compartiendo taxi, así que cuando diéramos el día por finalizado las llevaría a sus pisos.

Como siempre que la cámara de la verja se movía en cuanto me detectaba, para enfocar mi vehículo, levanté los dedos en forma de *«uve»* pegándolos al parabrisas. Soltamos una carcajada sabiendo que lo vería Archie, lo que era lo mismo que la imagen terminaría en cuestión de segundos en manos de mi padre.

Tenía libertad, él se esforzaba por dármela, aunque no llevaba muy bien ceder. Lo único que me pedía para poder moverme por mi cuenta era que siempre lo informara de adónde iba cuando salía, o qué tenía pensado hacer y con quién.

Igualmente, mi coche tenía un localizador, aunque era verdad que mi padre nunca lo había utilizado. Cuando me informó de que Archie lo había colocado también me dijo que solo comprobaría mi señal si era por fuerza mayor, si él consideraba que mi seguridad se veía comprometida.

Y como no le había dicho a mi padre que iba a salir… sonreí cuando el sonido de la melodía de llamada de mi móvil inundó el interior del coche. Mis amigas pasaron de las risas a quedarse completamente calladas y tuve que soltar una carcajada. Sabían muy bien que no había que enfadar a mi padre.

Yo descolgué con normalidad y tranquilidad, diciéndole animada un *«hola, papá».* Se quedó conforme cuando le comenté nuestros planes, de esa forma se relajó y nos despedimos. Entonces mis amigas volvieron a respirar y yo a reír.

Capítulo 6

—Esto es vida —dijo Gina.

Tenía los ojos cerrados y la cara enfocada hacia arriba, disfrutando del sol. Marina, la dueña del chiringuito, nos había conseguido una mesa en la terraza.

—Tendríamos que terminar todas las semanas así —suspiró Esme imitando la postura de Gina.

Yo cogí mi copa de vermú y di varios sorbos, observándolas con una sonrisa.

Hacía unos veinte minutos que llegamos y después de saludar a Marina y de hablar un rato con ella, ocupamos la mesa de la terraza que Marina le pidió a uno de sus camareros que preparara, mientras nosotras nos poníamos un poco al día. Era un gustazo estar al aire libre disfrutando del buen día que hacía, nos habíamos quitado las chaquetas porque hasta nos sobraban.

No hacía un calor exagerado, ni mucho menos, pero se estaba muy bien mientras que el sol tuviera tanta fuerza y nos diera directamente.

Nada más sentarnos nos trajeron los vermús, un cuenco con aceitunas y otro con patatas chips.

—Pues no lo hacemos porque muchas veces nos da pereza movernos —dije por el comentario de Esme.

—Jo, es que los domingos cuesta todo —rio.

—En cuanto venga más buen tiempo nos animaremos solas —comentó Gina—. Me encanta —se refirió al vermú, después de beber y saborearlo.

—Entra solo —dije sonriendo.

—¿Patrick no te ha contestado? —me preguntó Esme.

—Sí, ya hace un rato —les confirmé—. Me ha dicho que no le apetecía moverse de casa y que nos lo pasáramos genial.

—Qué tonto, estaría disfrutando como nosotras.

—No creo que quiera cambiar su disfrute por el nuestro —dije con humor —. Si yo estuviera en su lugar habría decidido lo mismo. Llegó casi a las seis de la mañana, por lo que está agotado. Ha dormido muy poco porque mi mensaje le ha llegado antes de las once, a esa hora ha encendido el móvil. Nos hemos enviado unos mensajes y también me ha dicho que iba a aprovechar para comer algo, para dormir durante horas. Como no descanse mañana lunes lo llevará fatal. —Me encogí de hombros.

—Joder, no sé si yo tendría cuerpo para aguantar una noche con tanta fiesta —rio Gina.

—Claro que lo tendrías, el problema vendría después. Patrick es mucho más fuerte que nosotras y mira como está. —Sacudió la cabeza Esme—. Tiene que ponernos al día de si solo fue por la bebida y el bailoteo, o porque también tuvo actividad extra —rio.

Ambas comenzaron a hablar de ese tema, yo desconecté dirigiendo la vista hacia el mar. Quedaba lejos, pero se veía perfectamente.

—Voy un momento al baño —les dije al cabo de unos minutos, levantándome despacio.

—¿Estás bien? —me preguntó Esme.

—Claro —le contesté sonriendo—. ¿Qué tiene de extraño que vaya al baño?

—Nada —se rio—, pero como estabas muy callada…

—Estaba relajándome, disfrutando de las vistas. —Negué con la cabeza—. Ahora vuelvo.

Me alejé de la mesa y fui al baño, en el que no tardé mucho. Cuando salí vi a Marina detrás de la barra y fui hasta ella.

—Hola, preciosa —me saludó de nuevo.

—Hola, bombón —le correspondí.

—¿Necesitáis algo?

—Mmm… pues no lo sé —dije mirando hacia la mesa—. Tienen las copas en las manos, por ahora estamos servidas porque mi vermú está a la mitad.

—Te dejo una carta, para que vayáis eligiendo qué os apetece comer.

Me la dio con un guiño, ya que al llegar le dijimos que nos quedaríamos a comer.

—¿Me la dejas ver? —me preguntó una voz de hombre.

Giré la cabeza hacia la derecha, donde se encontraba el que me había hablado. Estaba apoyado de lado en la barra y me miraba sonriente.

—Espera, te doy otra —le dijo Marina.

—No pasa nada, yo no tengo prisa.

Con mis palabras Marina no se movió. Deslicé la carta por encima de la barra, dejándola delante del hombre.

—Gracias —me dijo ampliando la sonrisa.

—No hay de qué. —Me encogí de hombros, para después mirar a Marina —. Me voy a la mesa.

—Espera —me pidió el hombre—. ¿Cómo te llamas?

Lo miré con curiosidad, igual que Marina. Ella tuvo que alejarse unos pasos para atender a un cliente.

—¿Lo de la carta era para preguntarme cómo me llamo? —Hablé con diversión.

—Se me ha dado fatal, ¿no?

—No he querido decir eso. —Negué sonriendo.

—Estoy sentado ahí con un amigo. —Señaló hacia una mesa de la terraza —. Llevo un rato observándote, pero te prometo que no como un acosador. —Levantó las manos y me reí.

—Más te vale —sonreí.

—Solo he aprovechado la oportunidad de que te has apartado de tus amigas, para acercarme.

—Me llamo Sarai.

Le ofrecí la mano y me aceptó el gesto enseguida, pero en vez de soltármela mantuvo mi mano agarrada más tiempo del normal.

—Es un placer, Sarai. Mi nombre es Jared.

—Igualmente. ¿Me la devuelves?

—Depende.

—¿Depende?

—¿Puedo pedirte algo a cambio?

—No —le contesté riendo, nerviosa.

—No sabes lo que iba a decirte —sonrió de medio lado, mientras me soltaba la mano despacio.

—Por si acaso, más vale prevenir.

—Solo quería saber si me darías tu número de teléfono.

—Gracias por tu interés, pero la respuesta es no —le hablé con toda la amabilidad que tenía.

—Vaya, eres dura. —Ladeó un poco la cabeza.

—Soy como soy.

—Y me gusta. Mucho.

Noté como me ruborizaba, el calor repentino en las mejillas.

—Quien sabe, lo mismo volvemos a encontrarnos otro día —le dije, con la necesidad de alejarme de él.

—Espero que así sea. —Asintió—. Toma.

Agarré la carta y me despedí de él, deseándole que tuviera buen día. Cuando llegué a la mesa no tuve ni que abrir la boca para que mis amigas supieran que me pasaba algo.

—Estoy bien —les dije, después de que me preguntaran.

—Y una leche —soltó Gina—. Estás roja como un tomate y sofocada.

Miró a mi espalda y después alrededor, pero como no encontró nada porque no sabía lo que buscaba, volvió a centrarse en mí.

—Mirad disimuladamente y no ahora, ni a la vez —les pedí sin alzar mucho la voz, mientras cogía mi copa de vermú—. Aquí en la terraza, en la mesa que está a la derecha, a cuatro de la nuestra, hay dos chicos sentados.

Así era porque al venir yo hasta aquí Jared me siguió, pero porque íbamos en la misma dirección.

—Los veo —dijo Gina, ya que ella los tenía de frente.

—Joder, siempre elijo los peores sitios. —Bufó Esme y nos reímos.

—El del pelo castaño se me ha acercado cuando he salido del baño y he ido un momento a la barra, al ver a Marina. Al principio me ha hablado para que le dejara la carta. —Di varios golpecitos con los dedos sobre ella—. Pero cuando le he dicho que me iba, para que se la quedara, me ha preguntado cómo me llamaba.

—¿En serio? —preguntó muy animada Esme.

—Sí. ¿Tan raro es? —Arqueé una ceja.

—No, jolines —se rio—. Solo ha sido una forma de hablar.

—El caso es que le dicho mi nombre, él me ha dado el suyo y me he negado a darle mi número de teléfono, cuando me lo ha pedido. —Le di un sorbo al vermú—. Se llama Jared.

—¿No te ha gustado? —me preguntó con curiosidad Gina, mirándome directamente—. Por lo que veo desde aquí es muy guapo, atractivo.

—Lo sé, pero estoy en tu misma fase. ¿Recuerdas? —Le dije por lo de anoche, por lo que nos negamos a la cita a ciegas que nos propuso Esme.

—Tienes razón. —Me hizo un guiño.

—Voy al baño y así puedo verlo sin tener que disimular —dijo Esme, haciéndonos reír.

Al estar mirando hacia mi amiga, en el vacío que dejó cuando se movió me encontré con la mirada de Jared. Levantó su bebida hacia mí y asentí despacio, sonriendo, mientras le imitaba con mi copa.

—No tiene pinta de que vaya a rendirse —carraspeó Gina.

—Ese no es mi problema —me centré en ella.

Nos quedamos mirándonos durante un buen rato, en silencio, sin que ninguna de las dos lo interrumpiéramos. De esa forma nos hablamos, nos dijimos lo que no pronunciábamos.

—Te entiendo, cariño. Yo estaría igual que tú. —Me agarró una mano por encima de la mesa, sonriéndome—. Pero quizás…

—No —suspiré.

—Tú tienes la última palabra.

—Ya la he dicho —le dejé claro.

—Pues entonces no hay tema de conversación. —Me hizo un guiño y sonreí.

—Joder, nena —dijo Esme, con un pequeño jadeo cuando se dejó caer de golpe en la silla—. Yo le daría mi número de teléfono y hasta el del pie. —Jadeó y soltamos una carcajada.

—Todo tuyo —la animé.

—Dudo que nos vea a alguna. —Señaló a Gina y a ella—. Ha puesto los ojos en ti —me sonrió de oreja a oreja.

—Pues lo siento por él, pero no ha sabido elegir —dije con humor.

—No seas tan dura, a lo mejor si…

—Vamos a dejar el temita que no quiero terminar como anoche —la interrumpió Gina, con un carraspeó.

—Uy. —Frunció los labios Esme.

—Vamos a centrarnos en disfrutar nosotras. ¿Qué os apetece comer? —les pregunté, cogiendo la carta.

—A mí me apetece pasta a la carbonara —comentó Gina, inclinándose hacia mí para ver la cara—. Desde que hemos dicho de venir aquí no me la quito de la cabeza, la última vez que la comimos me encantó.

Volví a dejar la carta en el centro de la mesa, para que la viéramos las tres.

—Vale. Pues el primer plato es pasta a la carbonara. ¿Os da igual qué tipo de pasta?

—Yo prefiero tallarines —comentó Esme.

Gina asintió conforme y después elegimos dos platos más: una ensalada de pulpo con patata que tenía una pinta espectacular y una carne guisada que nos gustaba mucho.

Esme llamó la atención de un camarero y también fue la encargada de pedírselo todo, incluida una botella de vino y otra de agua.

Como ya sabíamos el servicio era rápido, algo de lo que la gente hablaba mucho y que hacía que fuese un lugar al que siempre volvían. La verdad es que era de agradecer. Lo primero que nos trajeron fue la ensalada, la que repartimos en nuestros platos y devoramos. Estaba buenísima y el pulpo delicioso, se deshacía en la boca.

Lo siguiente fueron la pasta y la carne guisada, a las que nos lanzamos enseguida. Comimos de lujo, disfrutando de cada bocado, del vino, de la compañía y del buen día.

Cuando decidimos irnos me di cuenta de que Jared ya no estaba, la mesa que había ocupado con su amigo estaba limpia y preparada para que la ocuparan otros clientes. Nos despedimos de Marina quien nos insistió en que volviéramos pronto y que la próxima vez nos trajéramos a Patrick. No era un secreto que se le iban los ojos detrás de nuestro amigo, pero era normal por cómo era Patrick.

Una vez que estuvimos montadas en mi coche me dirigí a la dirección de Esme. Ella fue a la primera que dejé, después a Gina. De ambas me despedí con abrazos y besos, y quedamos en hablarnos pronto.

Tomé la dirección de mi casa pensando en llegar cuanto antes, para echarme una siesta. El resto del domingo quería descansar, no entraría al estudio ni pasaría cerca de él para no sucumbir a la tentación de colarme dentro.

Era el único día que me obligaba a desconectar del trabajo, el domingo, ya que los demás días, aunque estuviera haciendo otras cosas lejos del estudio, mi cabeza no paraba de pensar en la obra que tenía que crear. Me costaba mucho esfuerzo frenar la mente.

Una vez que me paré frente a la verja de hierro de la propiedad, la cámara de vigilancia giró hacia mí al detectar mi movimiento. Moví la mano saludando a quienes estaban observando desde la comodidad de la casa familiar, porque tanto mi padre como Archie tenían acceso a las grabaciones en tiempo real, desde sus teléfonos. Con cada movimiento les pitaba el móvil.

Recorrí el camino que llevaba hasta mi casa, dispuesta a encerrarme en ella y a moverme lo justo hasta mañana.

Capítulo 7

Estaba tan concentrada en el trabajo, dentro de mi estudio y con la música alta, que no me di cuenta de que alguien había entrado hasta que apareció delante de mí, sobresaltándome.

—¡Qué susto, mamá! —me reí, frotándome el pecho.

—Ay, hija, es que es difícil que no te sobresaltes —gritó para que la escuchara por encima de la música.

Sonriendo, me levanté del taburete para ir hasta el armario donde siempre dejaba el móvil, una vez ponía la música.

—Mira qué fácil —le dije cuando el estudio se quedó en silencio—. Tienes que aprender los trucos de Patrick —comenté con humor.

—Él tiene mucho más recorrido que yo. —Puso los ojos en blanco.

—¿Estabas dando un paseo y te has pasado a visitarme? —le pregunté.

A mi casa era muy fácil entrar durante el día, tan simple como girar el pomo y acceder al interior. Las únicas veces que cerraba la puerta principal era por las noches, cuando me iba a dormir, y cuando no quería visitas inesperadas.

Lo más habitual era que la puerta de mi casa no estuviera cerrada con llave, pero, a pesar de eso, por respeto a mi intimidad nadie entraba sin tocar al timbre. Pero claro, como ya comenté, cuando trabajaba todos los que se

acercaban a mi casa lo sabían, ya que la música se escuchaba en el exterior. En esas ocasiones quien venía se tomaba la libertad de entrar sin avisar, para venir directamente a mi estudio donde me encontraba trabajando. Como era el caso ahora de mi madre.

—Hoy no me apetece nada caminar. Estoy muy cansada.

—¿Y eso? ¿Te encuentras mal, mamá? —Me acerqué a ella, preocupada.

—Estoy bien. No es nada, cariño. —Me acarició el pelo, cuando me puse delante de ella.

—¿Seguro?

—Sí. No le digas nada de esto a tu padre, ya sabes cómo se pone y yo estoy bien —repitió, insistiendo.

—Vale —dije, pero no muy convencida—. Podría haber ido yo a verte.

—¿Y cómo te avisaba con tanto ruido?

—Tengo pensar en algún sistema como una campana o algo. Lo hablaré con papá.

—¿Una campana? —rio y sonreí.

—Voy a limpiarme un poco y nos ponemos cómodas en el salón.

—Estupendo, no te retrasaré mucho.

—No pasa nada, mamá. —Sacudí la cabeza—. Llevo horas metida en el estudio, ya necesitaba un descanso.

—La campana te la tienes que poner para que te avise de que pares —me sugirió bufando y me reí.

—Terminaría rompiéndola —dije entre risas.

—Lo sé —rio también.

Mi madre entró conmigo en mi habitación y me esperó mirando a través de una de las ventanas. Me di prisa en el baño para limpiarme la arcilla y quitarme la sudadera. Era una de las tantas que tenía como uniforme de trabajo, más que nada porque con el paso del tiempo los materiales que se adherían a la ropa no salían.

Cuando me puse un jersey calentito de lana y unas mallas, fui al encuentro de mi madre. Antes de hacerme notar me paré a unos metros de ella y la observé con mucha atención. Por mucho que había querido quitarle importancia no me había dejado tranquila, al decirme que se encontraba bien.

Era un miedo constante que teníamos mi padre y yo, él se volvía loco con el control que ejercía sobre mi madre, cuando ella no se encontraba bien. Todo era derivado por el pánico a perderla. Mi madre tenía una enfermedad rara que la dejaba tumbada en una cama y muy débil, pero por suerte hacía años que no le sucedía. Mi padre la llevó a todos los médicos con carreras de éxito, hasta que dio con el que consiguió que mi madre mejorara y que, hasta día de hoy, se mantuviera haciendo una vida normal.

Ella no quería asustarnos, lo evitaría hasta el último momento, por lo que las dudas estaban ahí, al acecho.

Su expresión era tranquila mirando por la ventana y se mantenía de pie con firmeza. Se la veía estable y eso me tranquilizó un poco.

—¿Vamos? —le pregunté, llamando su atención.

—Sí. —Se giró hacia mí sonriendo.

Le devolví el gesto y salimos de mi habitación, para ir al salón.

—Te he traído la comida. Sabía que no te darías cuenta de la hora —me dijo.

—Eres la mejor madre del universo. —La abracé y disfruté de sus caricias —. ¿Papá está en la casa? ¿Te quedas a comer conmigo?

—Tu padre se fue esta mañana temprano con Archie y por lo que me dijo antes de irse, llegará al final de la tarde.

—Vamos a hacer algo mejor.

—¿Algo mejor que comer a las dos y media de la tarde? —se extrañó.

—Sí —me reí—. Como hoy no te apetece caminar te llevo a la casa en coche y comemos con Gladys.

—Me parece una idea genial —me sonrió.

Dejé en la encimera el recipiente con la comida caliente que me había traído y nos dirigimos al garaje. Gladys siempre cocinaba como si tuviera que alimentar a muchas bocas, por lo que lo normal era que le sobrara comida. De ahí que no me preocupara en llevarme de vuelta el recipiente.

Me paré al pasar por delante de mi habitación, para ponerme una chaqueta. Cuando salimos del garaje tomé la dirección de la casa familiar, mirando de reojo a mi madre, vez en cuando. No había un camino asfaltado que comunicara las dos viviendas, pero tampoco hacía falta porque el coche circulaba perfectamente por la hierba.

Dejé el coche frente a la puerta lateral y entramos, yendo directas a la cocina. Aparecimos en ella justo cuando Gladys estaba colocando su plato de comida en la mesa en la que tantas veces había comido y merendado con ella.

—Venimos a hacerte compañía —le dije.

Se giró al instante hacia nosotras y se le iluminó la expresión.

—Podrías haber venido a mi casa con mi madre —continué hablándole, mientras caminábamos hacia ella.

—No sabía si queríais tener un momento de madre e hija —comentó abrazándome.

—Por eso te salvas —carraspeé—. Sentaros —les pedí, frenando a Gladys.

Ya estaba dispuesta a servir nuestros platos, pero de eso me encargué yo. El guiso que había preparado olía que alimentaba, y más delicioso estaría.

Bien lo sabía. Llené el primer plato, que fue para mi madre, y por último, me serví a mí.

—Como siempre, riquísimo —la felicitó mi madre.

—Totalmente de acuerdo. Mmm…

—En esta casa da gusto cocinar —rio Gladys.

—Si lo haces tú sí —le dejó claro mi madre—. ¿Cómo os fue el fin de semana de chicas?

—Tuvimos un poco de todo. —Me limpié la boca—. Pero lo importante es que nos lo pasamos muy bien y que estuvimos juntas. El domingo salimos a dar una vuelta después de desayunar y fuimos al chiringuito, para tomar un aperitivo y después comer.

—Hace mucho que voy —comentó mi madre.

—Hace mucho que no sales, en general —la rectificó Gladys, con cariño.

—¿Para qué quiero salir al mundo exterior, cuando aquí tengo todo lo que necesito? Y lo que no lo pido y me lo traen.

—El noventa por ciento del tiempo opino igual que tú, mamá.

Me llené la boca de guiso y de pan, después de mojarlo en la salsa. Era un pecado no hacerlo, hasta dejar el plato limpio completamente.

—Ayer ligué —les solté.

Dejaron de hablar entre ellas y sus miradas cayeron sobre mí.

—No os emocionéis, ¿eh? —les pedí— Fue en el restaurante, se me acercó un chico cuando salí del baño.

Continúe explicándoles todo lo que sucedió, mientras me escuchaban muy entretenidas.

—Tu padre estaría hinchado de orgullo porque no le diste tu número de teléfono —dijo mi madre, sacudiendo la cabeza—. Pero cariño, ¿no crees que tienes que bajar un poco las barreras y ceder?

—No me interesaba, mamá. —Me encogí de hombros.

—Está bien —suspiró.

—Diana, a este paso la niña no se nos casa —dijo Gladys y tuve que reírme.

—Porque su corazón no se ha abierto al amor, tiene que abrazar con ganas y con fuerzas a ese sentimiento —habló mi madre, pensativa. Buscó mi mirada.

—No me hagáis arrepentirme de habéroslo contado. —Levanté el tenedor.

—La única relación que le duró años fue la de Patrick —dijo Gladys, con humor.

—Claro —me reí—. Porque éramos unos niños y solo dijimos que éramos novios, cuando en realidad no dejamos de actuar como mejores amigos. —Sacudí la cabeza.

—Durante años —insistió Glayds.

—Desde los cuatro a los siete —aclaró mi madre—. Después dijeron que era un rollo ser novios y se quitaron esa etiqueta —sonrió con cariño, recordando el pasado.

Continuamos comiendo con mi madre y Gladys contando anécdotas de cuando yo era pequeña. Me encantaba escucharlas y, sobre todo, ver sus expresiones de añoranza y felicidad. Cuando terminamos mi madre se despidió de nosotras para ir a descansar.

La seguí con la vista, hasta que salió de la cocina. No era un motivo para preocuparme porque era algo habitual en ella. Mi madre nunca se saltaba su descanso y las veces que lo había hecho, por algún motivo, mi padre la llevaba

hasta la habitación que compartían y se quedaba en la cama con ella, hasta que se dormía.

—Gladys…

—¿Sí?

Giré la cabeza hacia ella, encontrándome con su mirada.

—¿Cómo ves a mi madre? Eres la que pasa más tiempo con ella.

—¿A qué viene esa pregunta? —Frunció ligeramente el ceño.

—Porque… no lo sé —negué—. Es que me ha dicho que hoy no le apetecía nada caminar y que estaba muy cansada. He visto la desgana en ella. Hacía mucho tiempo que no la veía así. —Bajé la vista al plato vacío.

—Sarai, tu madre está bien.

Me habló con tanta seguridad que busqué sus ojos, para convencerme de que la había escuchado bien. Me agarró una mano por encima de la mesa y me la acarició, sonriéndome.

—No te preocupes, mi niña. Como dices paso mucho tiempo con tu madre y yo no he visto nada en ella que me preocupe. ¿Tú tienes todos los días ganas de moverte con la misma energía? Seguro que hay algunos en los que no te levantarías de la cama, o que te cuesta mucho hacerlo y entonces vas arrastrándote para hacer las cosas. Le pasa a todo el mundo y no tiene que significar nada malo —me tranquilizó.

—Tienes razón —suspiré.

—Relájate.

—No le digas nada a mi padre —le pedí.

—Si no tengo un motivo de peso no voy a preocuparlo innecesariamente. Ya sabemos cómo se ponía al no poder controlar lo que le sucedía a tu madre. Te repito que ella está bien, ya la has visto, se ha terminado la comida y en las

primeras fases de su enfermedad le costaba mucho masticar —me recordó hablando con un tono muy bajo.

—Quiero olvidar todo eso, para que no vuelva a pasar nunca —susurré.

—Mi niña… no eres la única. —Me acarició la mejilla.

Tragué saliva y asentí. Gladys se levantó a por el postre, el que le dije que no me apetecía, pero que igualmente dejó delante de mí. Las primeras cucharadas me las comí a desgana, pero la natilla que había hecho estaba demasiado buena como para no animarme a terminármela rápido.

Cuando terminé me despedí de Gladys con un abrazo y me fui de la casa. Ella también se fue a descansar a su habitación, como estaba haciendo mi madre. Gladys vivía con nosotros, bajo el mismo techo que mis padres. La única familia que tenía era una hermana seis años mayor que ella, pero vivía en otro país desde que se enamoró de un extranjero, muchos años atrás.

Yo también iba a echarme una siesta, en cuanto entrara por la puerta de la casa. Hasta la tarde no tenía pensado encerrarme de nuevo en el estudio, seguramente hasta la noche.

Me había quedado tranquila del todo al hablar con Gladys, aunque igualmente estaría unos días observando de cerca a mi madre. Solo de pensar que pudiera estar escondiéndonos a todos que no se encontraba bien…

Capítulo 8

—Bueno, bueno, pero ¿a quién tengo el placer de ver?

Sonreí al escuchar a Cristian, el amigo y compañero de trabajo de Patrick. Me giré hacia él y amplié la sonrisa, levantándome de la silla mientras venía hacia mí.

—¿Qué haces aquí tan sola, preciosa? —me preguntó, antes de abrazarme.

Le correspondí y nos dimos un beso en la mejilla.

—He venido a buscar a Patrick. Estaba por esta zona haciendo unos recados y como no falta mucho para que salga del trabajo…

—¿No sabe que estás aquí? —me preguntó y negué—. Va a echarte la bronca por no decírselo. —Me hizo un guiño y me reí.

—No se atreverá —le dije divertida.

—Así me gusta, que lo domines. —Elevó las dos cejas y me reí de nuevo —. Yo acabo de salir, pero entro para avisarlo.

—No te preocupes, si debe estar a punto de aparecer en la calle.

Miré hacia el edificio en el que trabajaban los dos, el edificio propiedad del padre de Patrick, Owen. Este último era el dueño de la empresa.

Todavía no había rastro de mi amigo. Yo llevaba en el bar de enfrente una media hora, ya que como le había dicho a Cristian vine directa hasta aquí para

darle una sorpresa, después de terminar de hacer todas las cosas. Cristian me vio por la cristalera del bar, al estar sentada a una de las mesas que se encontraba pegada a ella.

—Oh, sí que me preocupo porque como se entere que te he visto y no lo he avisado… —Sacudió la cabeza—. Si ya debe haber recogido, estará esperando a que sea la hora, por portarse como un niño bueno.

—¿No lo es?

—Cuando quiere —respondió y nos reímos—. Ahora vengo.

—Vale.

Me callé porque daba igual lo que le dijera, haría lo que quisiera y eso era volver a entrar al edificio en el que trabajaba para buscar a Patrick. Mientras tanto, volví a sentarme y me terminé lo poco que me quedaba de café. Llamé la atención de un camarero y le pagué el café, para estar preparada para salir cuando viera a los chicos.

Cuando me quedé sola me llegó un mensaje de texto y saqué el móvil del bolso. Era de Esme, había escrito en el grupo que teníamos las tres.

Esme: *Holaaa… ¿Por dónde andáis? Bueno tú, Sarai, lo tenemos claro. Sal un poquito del estudio. Me quedan diez minutos para llegar al piso, estoy cansada. ¡Odio los martes! ¿Os lo he dicho alguna vez?*

Sonreí al leerla.

Sarai: *Hola, quejica. Para tu información no estoy en mi casa, eso por listilla. ¡Tú odias todos los días de la semana, de lunes a viernes! El final de la semana hasta las cuatro de la tarde. Menuda novedad. Ja, ja, ja…*

Esme: *Anda, ¿y dónde estás? ¿Para qué has salido? Se me olvidaba que me conocéis muy bien, ja, ja, ja… Pues sí, solo soy feliz desde las cuatro de la tarde del viernes hasta el domingo, un poco antes de dormirme.*

Gina: *Hola, preciosas.*

Esme: *Mira, la desaparecida.*

Gina: *No me toques las narices tan pronto que me salgo y te dejo hablando sola.*

Esme: *Valeee… captado.*

Sarai: *Yo os voy a dejar ya. Estoy frente a la empresa de Patrick y acaba de salir. He venido por esta zona a hacer varios recados y como se ha hecho la hora de su salida he decidido esperarlo. Hablamos más tarde o mañana. Os quiero.*

Gina: *Dale un beso de nuestra parte. Ya nos dirás que dice de ir el sábado con Zoe al parque atracciones. Yo también me voy para secarme el pelo y vestirme, he entrado en la conversación recién secada y aquí estoy, en el baño con el calefactor y envuelta en las toallas. Os quiero.*

Esme: *Jo, ¿y ahora cómo me entretengo yo hasta que llegue al piso.*

Gina: *Lee o ponte a cantar. Si me preguntas mi preferencia me decanto para que hagas la primera opción. Ahí lo dejo, ya decides qué hacer. Adiósss….*

Sonriendo, salí de la conversación y bloqueé el móvil, para guardarlo en el bolso. Me levanté de la silla y caminé hacia la puerta, despidiéndome del camarero que me había atendido.

En cuanto salí a la calle me encontré de frente con Patrick y Cristian.

—Vaya sorpresa —me dijo mi amigo.

—Lo sé. Hasta yo estoy sorprendida —me reí, haciéndolos sonreír—. No pensaba que se me haría tan tarde, llevo dando vueltas por aquí durante un par de horas. Entre lo que yo quería hacer y lo que me ha encargado mi madre ya que venía… cuando me he dado cuenta de la hora que era he venido a esperarte.

—Me alegro de que lo hayas hecho. —Me hizo un guiño.

Me rodeó los hombros con el brazo y me dio un beso en la cabeza, cuando la apoyé en su cuerpo.

—¿Has venido en tu coche? —me preguntó y negué.

—No he querido complicarme porque cuesta mucho aparcar por aquí. Me ha traído Archie y cuando he decidido venir a verte le he escrito para decírselo, por lo que no espera que lo avise para recogerme.

—Estupendo. —Asintió—. Te llevo yo. ¿Tienes algo que hacer? —le preguntó a Cristian— Podemos tomarnos algo antes de irnos a casa —le propuso a su amigo—. ¿Puedes? —se dirigió a mí.

—Claro —le confirmé, sonriendo.

Me devolvió el gesto y se centró en Cristian, quien le respondió.

—Acepto, pero no tardaré mucho en irme. Quiero ir a ver a Yago, aunque no lo he avisado. Será una sorpresa.

—Joder, es verdad. —Negó con la cabeza Patrick—. Lo hemos hablado esta mañana, ya no me acordaba. ¿Por qué no lo dejas para mañana por la tarde y vamos juntos? Yo también quiero ir. Hoy lo llamamos más tarde, para decírselo.

—Vale. Pues para mañana. —Asintió Cristian—. ¿Has visto qué fácil me convence? —me preguntó.

—Siempre —me reí—. ¿Qué le pasa a Yago? —les pregunté.

Yago era un amigo y compañero de ambos. Cristian y Yago eran con los únicos que Patrick tenía una relación de amistad, dentro del edificio donde trabajaban. Llevaban desde el inicio juntos, a Yago y a Cristian los eligieron en la misma selección de personal. Quien les hizo la entrevista por separado fue el padre de Patrick, Owen, mientras que mi amigo estuvo a su lado observando todo el proceso. De esa forma se conocieron Patrick, Yago y Cristian, los que encajaron muy bien, a pesar de las situaciones. Era lo que sucedía cuando conectabas al instante con alguien.

Yo los conocía bien, habíamos salido muchas veces los cuatro y me llevaba genial con ellos. Mis amigas también los conocían, pero solo de saludos rápidos. Eso sí, cada uno de ellos tenía una admiradora con Gina y Esme.

—Está de baja —me contestó Cristian—. Aún no nos explicamos como, porque fue de la manera más tonta, pero se ha roto la pierna izquierda en una caída muy simple. —Se encogió de hombros—. El sábado pasado, al poco de levantarse.

—No fastidies —me sorprendí.

—Pues sí —se rio.

—Pensaba que estuvo en vuestra salida del sábado por la noche. —Miré a Patrick.

Mi amigo me sonrió negando, antes de revolverme el pelo. Soltó una carcajada cuando me quejé, dándole manotazos.

—Vamos a volver a entrar al bar —me dijo Cristian, divertido.

Pasó por mi lado con una sonrisa de medio lado y Patrick y yo lo seguimos hasta una mesa libre.

—Entonces le queda una temporadita con la escayola —continué con el tema e hice una mueca.

Hicimos una pausa cuando se acercó el mismo camarero que me atendió cuando estuve sola. Al verme sonrió y le devolví la sonrisa. Habló un poco con Cristian y Patrick, sabía que junto a Yago venían mucho a este bar entre semana, en sus descansos. El chico se fue después de que le pidiéramos tres refrescos. Yo con un café bebido a estas horas de la tarde ya tenía más que suficiente.

—Le han dicho que tiene que llevarla entre seis u ocho semanas, dependerá de la facilidad de recuperación que tenga —me comentó Patrick.

—Vaya tela —negué—. Al menos no ha sido en verano.

—Pues ya ves qué gracia hubiera sido. —Puso los ojos en blanco.

—¿Cuántos días estará de baja? —me interesé.

—El médico le ha dado una semana completa, sin contar el fin de semana. Está descansando y habituándose a las muletas —me contestó Patrick.

—Oye, el viernes, a final de la semana que ya las tendrá dominadas podríamos sacarlo un poco, ¿no? —le preguntó Cristian a Patrick.

—No sé si querrá tanto movimiento, o si podrá —dijo pensativo él.

—¡Si el lunes tiene que volver al trabajo, sí o sí! Es mejor que se habitúe antes a salir a la calle.

—Lo sé, pero es decisión suya. Mañana se lo proponemos —comentó Patrick.

—Estupendo. ¿Vendrás, preciosa? Será una salida tranquila el viernes por la noche.

—Ya lo imagino, Yago no está para mucho trote —dije y nos reímos.

—Efectivamente. Una cenita y tomar una copa relajados en algún sitio que no esté muy cargado.

—Me apunto —le confirmé, mirándolos a los dos.

—¿Ves? Con Sarai de nuestra parte Yago seguro que no se niega.

El camarero nos trajo los refrescos y Cristian se adelantó para pagarlos. Nos los tomamos con calma, hablando de cómo nos iban los trabajos. A Cristian siempre le había gustado escucharme hablar de mis obras, por lo que le di lo que quería con la que estaba trabajando.

Un poco más de media hora después nos fuimos del bar y Patrick y yo nos despedimos de Cristian, en el estacionamiento de la empresa de ambos.

—Hasta el viernes, preciosa —me dijo con un guiño, antes de darme un beso.

Se lo devolví y nos separamos, yendo en direcciones diferentes, hacia donde tenían las plazas cada uno.

—¿Qué tal te ha ido el día? —me preguntó Patrick, cuando estuvimos montados.

Arrancó y enseguida se puso en movimiento, circulando muy despacio por el carril del estacionamiento.

—Muy bien, me ha cundido mucho la mañana. Madrugué bastante para poder salir esta tarde, no quiero que se me retrase el trabajo.

—No te agobies, acabas de comenzar. —Me miró de reojo.

—Ya —me reí.

—Estoy deseando ver cómo has avanzado —comentó con una media sonrisa.

—Claro, para sacarle defectos a mi gran obra y para decirme que se parece a algo raro, sin forma ni gracia. —Bufé, haciéndolo reír.

—Como si mi opinión en tu trabajo contara para ti. —Sacudió la cabeza.

—Ya hemos dejado claro que no, ni un poco. —Le saqué la lengua—. ¿Quieres quedarte a cenar? Así puedes ver cómo lo llevo y te despreocupas de hacerte la cena cuando llegues a tu casa.

Hizo una pausa para sacar su móvil de un bolsillo y sonrió de medio lado, negando con la cabeza.

—¿Qué? ¿Algún problema? —le pregunté.

—Os habéis puesto de acuerdo.

—¿Cómo?

—Tu padre me ha enviado un mensaje de texto.

—¿En serio?

Con mi pregunta parecí sorprendida, pero no lo estaba. En absoluto. Y Patrick lo sabía, por lo que no le dio importancia.

—Me dice que vayamos a la casa familiar, que Gladys está terminando de preparar una cena exquisita.

—Anda que no sabe nada.

Nos miramos y soltamos una carcajada. Demasiado había tardado mi padre, teniendo en cuenta que ya hacía más de una hora que le dije a Archie que iba a ver a Patrick y que mi amigo me llevaría a casa. Aunque para ser sincera mi padre aflojaba muchísimo cuando Patrick estaba de por medio, conseguía relajarse gracias a la presencia de mi amigo.

—Es un experto en conseguir lo que quiere —dijo.

—Pues cena en familia —le sonreí

—Sí —afirmó devolviéndome el gesto.

Mi amigo le contestó a mi padre que perfecto, que íbamos directos y que estábamos cerca. Cuando llegamos frente a la verja, antes de pararnos del todo, esta comenzó a abrirse. Archie debía estar pendiente a nuestra llegada. Recorrimos el camino asfaltado que llevaba hasta la casa familiar y cuando Patrick paró frente a la entrada, la puerta principal se abrió.

—Hola, hijo —fue el saludo de Archie a mi amigo.

Se abrazaron y yo me paré a darle un beso en la mejilla, y a chocar la cadera con la suya.

—Estamos en el salón, esperando la orden de Gladys para ir al comedor —comentó Archie, a nuestras espaldas.

No hizo falta que nos dijera a qué salón se refería, de todos los que había. Como tantas veces fuimos directos hacia el preferido de mi madre y en cuanto entramos, sonreí como una tonta al encontrarme a mis padres sentados en el sofá, frente al fuego de la chimenea.

Estaban abrazados y él le susurraba algo al oído. En cuanto nos escucharon mi madre hizo el intento de separarse al levantarse, pero mi padre le impidió que se alejara de él una vez que estuvieron de pie para recibirnos. Ella rio, mientras intentaba zafarse de su agarre, pero no lo consiguió y tuvo que darse por vencida. La expresión de satisfacción de mi padre no tenía precio, la de mi madre era de amor puro.

Crecí con ese amor, en cada rincón de esta casa. Mis padres me habían puesto el listón tan alto que dudaba que algún día conociera un amor tan intenso, protector, de adoración y de pasión.

Capítulo 9

Ya era viernes, la semana había pasado volando.

Dejé en la bandeja la herramienta que había utilizado para modelar una parte de la arcilla y dirigí la mirada hacia la ventana que tenía más cerca.

Me limpié las manos con un trapo y me levanté del taburete, para ir a apagar la música de mi móvil. El estudio se quedó en completo silencio, como el resto de la casa. Desde que al inicio de la semana fui a buscar a Patrick y cenamos con mis padres, Archie y Gladys, había pasado más horas dentro del estudio que fuera.

Ahora tenía que correr, se me había echado el tiempo encima. Patrick estaba a punto de llegar, venía a recogerme para ir a cenar con Cristian y Yago. Este último aceptó salir con la pierna escayolada, siempre que no nos alejásemos mucho de su piso porque quería tener la facilidad de descansar cuando lo necesitara, ya que le dolía la pierna. Por eso habíamos quedado en el bar que había en la plaza que estaba situada detrás de su edificio. Ahí tapearíamos y seguramente también nos tomaríamos una copa después, si nos apetecía.

Solté un largo suspiro mientras me guardaba el móvil en el bolsillo central de la sudadera. Me giré hacia la escultura. Ya iba tomando forma, estaba satisfecha, aunque me quedaban semanas hasta que me despidiera de otro trabajo. En cuanto pasaran unos días más ya podría enseñarla en mi página web, comentado el proceso que tenía por delante y dando alguna pincelada de cómo sería el resultado final.

Desde mucho antes de terminar mi carrera y de salir de la facultad ya disponía de la página web, donde siempre había expuesto mis creaciones. Ahí ponía algunas a la venta y para mi alegría no pasaba demasiado tiempo hasta que me las compraban. Mis clientes eran muy variados, desde particulares hasta empresas de todo tipo y sectores.

Con el tiempo no me quedó más remedio que centrarme en los encargos que me hacían, trabajos específicos para los que contrataban mis servicios.

Varios golpes en la puerta me sacaron de mis pensamientos. Justo cuando me asomé al pasillo, la puerta principal se abrió mostrando a la persona que entró.

—Papá —dije, caminando hacia él.

—Hola, cariño —me sonrió.

—¡Qué sorpresa!

Cuando me paré delante de él lo abracé y sus brazos me apretaron a su cuerpo cálido y fuerte.

—Hacía mucho tiempo que no me pasaba por aquí —comentó.

—Sí —le sonreí al separarme—. ¿Por qué?

—No me gusta interrumpirte en tu proceso de creación. —Me acarició la cara—. Y como nunca sé cuándo descansas, por las horas que estás dentro del estudio… Aún recuerdo la única vez que te interrumpí, la primera y la última. —Arqueó una ceja y me reí.

—No fue para tanto. —Fruncí los labios.

—¿Atacar a tu padre en la puerta de tu estudio no lo fue?

—No te ataqué, solo te lancé algo insignificante —carraspeé—. Lo que por cierto esquivaste como un experto.

—Desde ese día me quedó claro que no llevas nada bien las interrupciones.

—Eres muy exagerado —lo miré divertida.

—Y todos los que se atreven a venir aquí cuando estás trabajando, unos temerarios. —Elevó las dos cejas.

—Aquella vez tenía un mal día, todo me salía mal y estaba muy nerviosa —suspiré—. Haz la prueba de nuevo, te aseguro que ni te escucharé cuando entres al estudio.

—Tengo que meditarlo bien. Mi vida está en juego.

—Papá. —Le di un golpe en un brazo—. Entonces, ¿a qué se debe tu visita?

Me dirigí a la cocina y mi padre me siguió. Se puso a mi lado cuando me llené un vaso de agua y comencé a bebérmelo.

—¿Está todo bien? —le pregunté, ante su silencio— ¿Mamá…?

—¿Qué pasa con tu madre? —me preguntó al instante, con el ceño fruncido.

—Nada —respondí rápido.

—¿Seguro?

Me miró fijamente y tuve que hacer un gran esfuerzo para no variar mi expresión.

—Claro —le sonreí para que se relajara—. Es que como estás pensándote la respuesta… —Dejé el vaso vacío en la encimera.

—Solo quería ver a mi hija. —Suavizó su expresión—. Y ya de paso avisarte de que Patrick ha llegado.

—¿Dónde está? ¿Ha venido contigo? —le pregunté mirando hacia la puerta de la cocina.

—Claro y lo he dejado solo en el porche, cerrándole la puerta en la cara —dijo con una pequeña sonrisa y me reí—. Está con Archie. Ha ido primero a la casa familiar porque Patrick necesitaba preguntarle varias cosas que su padre le ha pedido.

—Ah. Jo, tengo que ducharme todavía. —Hice una mueca, bajando la mirada a mi sudadera.

Esta no estaba peor que mi cara, mis brazos y mis manos.

—A mí me encanta cuando estás así —me dijo dándome con el dedo un toque en la nariz. Sonreí—. Tienes arcilla por todas partes, hasta en el pelo. —Me tocó un mechón—. Estás encantadora.

—Gracias, papá. Pero tú no cuentas. —Le di un beso en la mejilla.

—¿Y se puede saber desde cuándo mi opinión no cuenta? —Elevó las cejas.

—Eres mi padre —me reí.

—¿Y? Soy realista y sincero, y como alguien piense diferente a mí con respecto a ti, se las verá conmigo.

—¿Ves?

—No veo absolutamente nada —sonrió de medio lado, haciéndome reír otra vez—. No te entretengo más, cariño. Arréglate lo que necesites, por Patrick no te preocupes. Cuando llegue a la casa me uniré a él y a Archie. Dúchate tranquila.

—Vale.

Lo acompañé hasta la puerta y sujetándola abierta, puse la mejilla cuando mi padre se inclinó hacia mí para besármela.

—Patrick me ha dicho que habéis quedado con Yago y Cristian. —Asentí. Mi padre sabía quiénes eran los compañeros y amigos del trabajo de Patrick,

como no—. También me ha comentado que no iréis muy lejos y que no llegaréis muy tarde.

—¿Te lo ha dicho o le has sacado la información? —le pregunté esforzándome para no reírme.

—Digamos que ha sido un cincuenta por ciento. —Me miró de reojo y negué con la cabeza, sin poder parar de sonreír.

—Vamos a tapear y a tomarnos una copa cerca de donde vive Yago. Se rompió una pierna el fin de semana pasado y la intención es sacarlo para que se acostumbre a ir con las muletas por la calle, ya que se le acaba la baja médica y el lunes comienza a trabajar —le informé.

—En este caso no queda bien que diga lo de menuda mala pata, ¿no?

—No. —Solté una carcajada y sonrió.

—Ahora nos vemos, cariño.

Nos dimos otro beso y lo observé bajando la escalera del porche. Mi padre tenía una apariencia imponente, incluso de espaldas. La camisa se le pegaba al cuerpo como una segunda piel, marcando delicadamente su musculatura y sus anchos hombros. El pantalón del traje tenía el mismo efecto. No había conocido a un hombre que le quedara tan bien ese tipo de ropa, y ya cuando se ponía la chaqueta del traje… incluso en ropa de deporte era digno de ver.

Se paró al llegar al final de la escalera del porche, al tocar el camino de piedra.

—Hija —habló sin volverse, dándome la espalda.

—¿Sí?

—¿Qué te ha llevado a pensar que estaba aquí por algo de tu madre?

Tragué saliva viendo cómo se metía las manos en los bolsillos del pantalón. Sabía muy bien que mi padre no se quedó conforme con mi primera

respuesta y como todo lo que envolvía a la enfermedad de mi madre era algo que lo aterrorizaba y lo atormentaba…

No tenía sentido mentirle. Primero porque detectaba muy rápido cuando lo hacía y segundo, porque conseguiría sacarme la información antes de que me diera cuenta.

—Hace mucho tiempo que tu madre está bien, que no tiene una recaída —continuó hablando, bajando el tono de voz—. En lo que menos tendrías que haber pensado es en eso, entonces ¿por qué tu primera opción ha sido ella y has dudado de cómo estaba, precisamente? —insistió sin mirarme.

—No es nada, papá. De verdad. Te lo cuento si me prometes que controlarás la preocupación, para no obsesionarte y agobiar a mamá. No puedes decirle nada a ella, le prometí que no sacaría el tema contigo porque sabemos lo que te afecta y que te preocuparás sin motivo.

Mis palabras provocaron que se girara de golpe hacia mí, en tensión y con la mandíbula apretada. Su reacción no era por mí, sino porque intuyó lo que iba a decirle, en parte.

Salí al porche, tirando de las mangas de la sudadera, sin desviar la mirada de la suya.

—Fue una tontería.

—Déjame a mí decidir si lo fue o no —me pidió, subiendo un escalón.

—Hace unos días vino a verme al mediodía, para traerme la comida. Le pregunté si estaba dando un paseo por aquí y había aprovechado para hacerme una visita, y me respondió que lo que menos le apetecía era caminar, que se sentía muy cansada.

—¿Cuándo fue? —Me preguntó más serio y le dije el día exacto.

Dirigió la mirada hacia el camino de piedras, a lo lejos.

—Papá, no tiene importancia. Hablé con Gladys y me aseguró de que ella ve bien a mamá. Lo sabes, si le sucediera algo nadie se te adelantaría para

detectar algún síntoma. Gladys no ha notado nada raro y con el tiempo que pasan juntas… y yo he estado pendiente de mamá, pero nada.

»Gladys me dijo que no tenía que preocuparme, que todos tenemos días en los que no podemos con nosotros mismos o que nos despertamos desanimados y sin ganas de nada. Y es verdad, a mamá también le pasa, pero no por ello significa que vaya a recaer en su enfermedad. Papá… —lo llamé.

Se pasó una mano por el pelo. Su agobio llegó hasta mí. Bajé los escalones, hasta que me quedé uno por encima de él. No me molesté en hablar, preferí abrazarlo con fuerza. Esa misma fuerza me devolvió con un único brazo, ya que estaba de lado.

—Todo está bien, pequeña —me susurró.

—Sí. Eres tú el que tienes que creértelo y tranquilizarte.

—No puedo, hija. —Cogió una bocanada de aire—. Te amo, siempre serás mi niña y la luz que nos ilumina a tu madre y a mí. Daría mi vida por ti, sin dudarlo, y jamás permitiría que te sucediera nada malo, pero tu madre… ella es mi motor y mi todo, simplemente no concibo una vida en la que ella no esté o sufra sin que yo pueda ayudarla.

»Tu madre no lo sabe, pero por las noches no puedo cerrar los ojos hasta que me paso un buen rato observándola, hasta que me convenzo de que solo está dormida. Da igual cuánto tiempo pase y que la vea bien, siempre tengo miedo, pánico de que vuelva a quedarse tumbada en una cama, tan débil que no pueda moverse.

—Lo sé —susurré, cerrando los ojos—. Y también que te cambiarías por ella si pudieras. Por favor, mamá está bien y tampoco es bueno que te vea nervioso, porque le afectará. Y no volverá a confiar en mí. —Cerré los ojos con fuerza.

—Tonterías. Si alguna vez tu madre se entera de que me has contado algo importante, en lo que menos pensará será en desconfiar de ti. Ella sabrá porque lo has hecho y te querrá más. —Me dio un beso en la cabeza—. Pero tranquila. —Soltó el aire de golpe—. No voy a decirle nada, yo tampoco quiero que le afecte de ninguna manera. Solo estaré más pendiente de ella, sin que se dé cuenta.

—Mmm… ¿Más?

—Oh, sí. Desde que se recuperó ha sido un juego de niños, comparado con lo que sucederá a partir de ahora.

—No puedes agobiarla —le pedí.

—Tengo mis métodos para relajarla después —sonrió de medio lado y le di un golpe en el brazo, juguetón.

Esa pequeña chispa de alegría desapareció de su expresión tan rápido como llegó. Nos quedamos mirándonos fijamente.

—Hola.

Al escuchar a Patrick ambos dirigimos la atención a él.

Mi amigo estaba a unos pasos de la escalera, observándonos serio. Seguramente había escuchado lo más importante de nuestra conversación.

—Perdón por la interrupción —dijo—. Me he acercado porque pensaba que os estabais despidiendo, pero no os habéis enterado. Hace un rato que he terminado con Archie y él ha tenido que ponerse con otras cosas. Gladys me ha sacado a empujones de la cocina, pidiéndome que viniera hasta aquí para que dejara de robarle trozos del pastel de marisco que ha preparado.

—Patrick, no tienes que disculparte por nada —le pidió mi padre.

Me dio un último beso en la cabeza y bajó el escalón, yendo hacia mi amigo.

—Pasadlo muy bien —nos deseó, aunque solo miró a Patrick, mientras le agarraba de un hombro—. Cuídamela.

—Siempre. —Asintió mi amigo.

Miré la escena con diversión, admirando a los dos hombres más importantes de mi vida. El tercero era Archie.

Capítulo 10

Cerré la puerta y me giré hacia mi amigo. Se había parado a unos pasos de mí y estaba muy serio.

Patrick podía reírse conmigo de muchas de las cosas que hacía mi padre, pero en realidad él en muchas ocasiones no se quedaba atrás, en cuanto a protector e incluso, en algunas ocasiones, controlador. No era muy exagerado, era una versión media de mi padre, pero cuando se lo proponía lo igualaba en muchas cosas.

Era sorprendente lo que podían llegar a parecerse, por eso ellos se llevaban tan bien y encajaban a la perfección. Ambos cuidaban mucho de mí.

Y ahora mismo Patrick estaba preocupado por mí, por lo que había escuchado de la conversación que había tenido con mi padre. Verlo así me confirmó que se había enterado de todo. Su preocupación se dividía entre mi madre, lógicamente, pero, sobre todo, por mí, por cómo pudiera afectarme.

Él me conocía tan bien como para saber que la despreocupación que le había mostrado a mi padre no era del todo real.

—No me ha dado tiempo a ducharme —le dije, para romper el silencio y la tensión.

—¿Cómo estás? —me preguntó, ignorando mis palabras.

—Bien —le contesté sonriendo.

—Vuelve a intentarlo —me pidió, dando un paso hacia mí.

—Quiero creer en la confianza que siente Gladys, Patrick. No quiero pensar en que mi madre pueda estar recayendo. —Negué con la cabeza—. He estado observándola, muy pendiente de todos sus gestos y movimientos, y nada me ha indicado que tenga que preocuparme. Desde aquel día que estuvo muy cansada la he visto actuar con energía. Da largos paseos con Gladys y sonríe todo el tiempo. Fui yo la que pensé de más, sin motivo —suspiré.

Levanté la mirada para no perder el contacto con la suya, cuando se paró a unos centímetros de mí.

—Antes de venir he estado un rato con tu madre, en el salón, y hemos tenido una conversación normal. Yo tampoco he notado nada raro.

—Bien. —Asentí.

—Pues haz lo que le has pedido a tu padre, créetelo también.

—Vale.

Arrugué la nariz y me dio un toquecito, para que cambiara el gesto. Lo hice al instante, sonriendo.

—¿Qué hago? ¿Es muy tarde para ducharme? —le pregunté.

—Puedes ir así —dijo mientras pasaba el pulgar por mi cara, por donde debía tener una mancha de arcilla.

—Sí claro —me reí.

—Dúchate tranquila, da igual que lleguemos más tarde. Ahora aviso a los chicos para que nos esperen en el bar.

Le di un beso en la mejilla y pasé por su lado, para correr hasta mi habitación, mientras le gritaba que no tardaría. Lo dejé riendo en el salón.

Saqué del armario un vestido de punto que me llegaba por la rodilla y era comodísimo, aparte de que arreglaba. También cogí las medias, los botines y

la ropa interior. Con todo entré en el baño y me desvestí rápido, mientras corría para que cogiera temperatura.

Me acerqué al espejo, para mirarme bien el pelo. Lo tenía limpio de por la mañana, me lo lavé con la ducha que me di nada más despertarme, por lo que para no perder mucho tiempo decidí limpiarme solo los mechones que tenían arcilla, al habérmelos tocado con las manos.

Cuando terminé, satisfecha, me recogí el pelo y me metí en la bañera. Al salir, después de secarme el cuerpo, me pasé el secador por los mechones húmedos. No tardé mucho con todo, tampoco para vestirme. Con el vestido de punto y el calzado puesto, me maquillé un poco, muy ligera.

Me eché perfume y fui a la habitación, donde me puse una chaqueta y cogí un pañuelo que me coloqué al cuello. Me colgué el bolso, guardé el móvil, y fui al salón a buscar a Patrick. Me lo encontré sentado en el sofá, viendo el televisor.

—Ya estoy —le avisé, acercándome a él.

—Has sido rápida —dijo y silbó al verme, haciéndome reír.

—No te acostumbres —le hablé entre risas.

—Eso lo tengo claro. —Me hizo un guiño—. Vamos. —Apagó el televisor con el mando—. Mientras esperaba he ido a por el coche.

—Tú también has sido rápido.

—Solo hay un paseíto de la casa de tus padres a la tuya —sonrió de medio lado.

—No te pases, eso para ti y tus piernas kilométricas.

—Exagerada —se rio.

—Puede, pero también realista.

Cerré la puerta con llave porque como ya dije, una de las veces en las que siempre la echaba, era de noche, estuviera o no dentro de la vivienda. Bajamos los escalones del porche y nos montamos en el coche de Patrick, el que estaba a unos pasos del final de la escalera.

—¿Has hablado con los chicos? —le pregunté cuando recorríamos el camino asfaltado.

—Sí —me confirmó—. Deja de preocuparte, están esperándonos con unas cervezas, así que no están muy mal.

—Vale —me reí.

Cuando nos acercamos a la verja la cámara de seguridad se giró hacia nosotros y al instante la verja comenzó a abrirse, para dejarnos salir.

—¿Crees que mi padre podrá controlarse?

—Lo hará —me contestó con seguridad—. Lo que más le interesa es que tu madre esté tranquila. A ver cómo lo lleva él, porque hasta que no se asegure por él mismo de que no hay peligro, no descansará. Por mucho que se le digan los demás.

—Ya… —susurré, apoyando la cabeza en el respaldo.

—Zoe está muy nerviosa por mañana.

Agradecí el cambio de tema porque me ponía mala solo de pensar lo mal que lo estaría pasando mi padre, y lo pasaría en silencio porque me lo ocultaría para no preocuparme. En parte estaba un poco tranquila porque en Archie tenía un apoyo infinito y sabía que su chófer, su guardaespaldas, pero, sobre todo, su mejor amigo, se daría cuenta muy rápido de que a mi padre le pasaba algo, por lo que terminaría sabiendo cuál era su preocupación y lo ayudaría a sobrellevarla.

—¿Qué te ha dicho? —Giré la cabeza hacia él.

—Que adelante todos los relojes y que nos vayamos a dormir. La primera vez que me lo dijo eran las once de la mañana, cuando hablé con ella.

Soltamos una carcajada y escuché con una gran sonrisa todo lo que me contó de su hermana. Cuando se lo comenté a Patrick le pareció genial la salida que le propuse para mañana sábado, la que planeamos Gina, Esme y yo para que la protagonista fuese Zoe.

—Menos mal que he esperado hasta hoy para decirle que mañana vamos al parque de atracciones. Con la que nos ha dado a mis padres y a mí durante todo el día, no habríamos aguantado una semana de la misma forma —volvimos a reírnos—. Cuando he llegado a tu casa de ir a por el coche he llamado a mi madre y me ha dicho que Zoe ya estaba en la cama, que le había metido mucha prisa para que le hiciera la cena. —Negó con la cabeza.

—Es increíble y adorable —sonreí.

—Es mi hermana, poco más puedo decir yo. —Me miró de reojo.

—Si se me cae la baba a mí… ¿Cómo te ha ido el día?

—Muy tranquilo —me contestó—. Y he descansado como un rey, me he echado una siesta de dos horas largas.

—Guay. —Miré hacia delante, hacia la carretera.

—Controla la mente —me pidió, antes de tener el primer pensamiento.

—¿Cómo lo haces? —le pregunté divertida.

—Contigo tengo superpoderes —sonrió de medio lado.

Negué con la cabeza y nos quedamos en silencio, en uno muy cómodo mientras él conducía y yo me relajaba. Unos minutos más tarde Patrick estacionaba cerca de la plaza donde estaba el bar y se encontraban nuestros amigos.

Nos bajamos del coche y comenzamos a caminar por la acera. En cuanto di los primeros pasos me agarré de su brazo y me pegué al cuerpo de mi amigo, para notar un poco más de calor. En casa no pensé en que haría más fresco que noches atrás y la ropa que llevaba, al igual que el pañuelo del cuello, no me hacían mucho.

Patrick terminó abrazándome por los hombros, después de ofrecerme su chaqueta, a lo que me negué. Me acurruqué contra él. Llegamos pronto a la plaza y al bar, al que entramos y en el que buscamos con la mirada a Cristian y a Yago. El interior estaba muy lleno, pero los encontramos rápido porque Cristian silbó y levantó un brazo.

—¿Qué hacen aquí? —le pregunté a Patrick, sorprendida.

Y tanto que me sorprendí al ver a Gina y a Esme sentadas a la mesa junto a Cristian y a Yago.

—Les pedí que no te dijeran nada cuando las invité, y ya sabes que nunca dicen que no a una salida con amigos —me contestó con una sonrisa pícara.

—Yo no las incluí porque no sabía si a los chicos les acabaría de gustar la idea —comenté.

—¿A Yago y a Cristian? Parece mentira que los conozcas —dijo con diversión, colocando la mano abierta en mi espalda.

De esa forma comenzamos a caminar, yendo hasta nuestros amigos.

—Yo qué sé, como Yago está así y te dijo que tiene dolores… pensé que aguantaría el tiempo necesario para tapear y tomarse unos vinos, antes de que lo acompañáramos de vuelta a su piso. —Me encogí de hombros.

—Pues ya ves que no. Y si se encuentra mal Cristian y yo lo llevaremos para que descanse y se ponga cómodo, pero los demás podemos alargar la noche tanto como nos apetezca. —Me hizo un guiño y le sonreí.

—Suena bien, aunque como nos acostemos muy tarde el día de mañana se hará interminable —le dije, pensando en el parque de atracciones y en su hermana.

—Yo creo que es mejor llegar anestesiados —rio.

—No seas malo. —Le di un golpe en el costado.

Cuando llegamos a la mesa todos se levantaron menos Yago, para saludarnos con abrazos y besos. Vi y noté a mis amigas muy sonrientes y relajadas, señal de que el rato que habían pasado con Cristin y con Yago les había servido para conocerlos mejor.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté a Yago, inclinada hacia él, después de darle un beso.

—Más o menos. Por ahora es muy soportable. Gracias por preguntar, preciosa.

—No digas tonterías —le sonreí.

—Se ha roto la pierna para ser el centro de atención —soltó Cristian.

Esme murmuró algo que no entendí, con una risilla. La miré divertida cuando, sentada al lado de Cristian, chocó su brazo con el de él. Parecía que lo conocía de toda la vida, con confianza. Él le hizo un guiño, antes de darle un sorbo a su cerveza.

Patrick y yo nos quitamos las chaquetas y nos acomodamos en nuestras sillas. Cuando un camarero se acercó mi amigo le pidió dos cervezas para nosotros y entre todos elegimos seis platos de tapas variadas de medias raciones, porque eran muy grandes. Las cervezas nos las sirvieron rápido y le di el primer sorbo.

Comenzamos a hablar un poco de todo, saltando de un tema a otro. Cristian se apuntó a venir al parque de atracciones al día siguiente, en cuanto supo que íbamos todos con la hermana de Patrick. Yago lo único que pudo decir fue que nos los pasáramos genial y que lo disfrutáramos. Gina lo animó diciéndole que cuando se recuperara podían repetirlo, por lo que él le sonrió agradecido.

—¿Y esa sonrisilla? —me preguntó Patrick, mirándome.

—Me gusta —le contesté.

—¿El qué, exactamente? —me observó divertido.

—Que mis amigas y los tuyos, a los que también considero míos, con este encuentro se hayan acercado y se estén conociendo más. —Asentí.

—A Esme parece gustarle más —comentó con humor.

—Es evidente, ¿verdad?

—Sí —me confirmó con un guiño—. Y a Cristian parece que le gustan mucho sus acercamientos. —Elevó las cejas, varias veces de forma graciosa.

—¿Te imaginas que…?

—Shhh… —se inclinó hacia mí— No nos adelantemos porque podemos gafarlo.

—Tienes razón. —Solté una carcajada.

—¿Qué es tan divertido? —Nos preguntó Esme.

—Estábamos hablando de mi hermana.

Con esa respuesta rápida no tuvo que dar más explicaciones y sirvió perfectamente como excusa. Todos conocían a Zoe.

La noche continuó avanzando genial. Cenamos las tapas que estaban buenísimas, incluso repetimos de dos de ellas porque nos supieron a poco. Nuestras copas de cerveza no estuvieron vacías en ningún momento, menos la de Yago que solo bebió dos rondas y después comenzó con los refrescos, para poder tomarse el calmante que lo ayudaba a descansar por las noches.

Las risas y las conversaciones fluyeron y no aflojaron. Yago aguantó muy bien, hasta que pasadas las doce y media dijo que lo sentía, pero que nos dejaba porque empezaba a estar muy incómodo y necesitaba tumbarse en la cama, después de tomarse un calmante.

Decidimos irnos todos porque al día siguiente teníamos que madrugar para ir al parque de atracciones. Después de pagar fuimos con Yago hasta su edificio, al que Patrick entró y subió en el ascensor con su amigo, para

acompañarlo hasta el interior de su vivienda. Conociéndolo lo dejaría tumbado en la cama, con la medicación y lo que necesitara en la mesita de noche.

Y así fue, lo supimos cuando bajó y nos despedimos, para ir cada uno en una dirección. Cristian se fue en su coche, ya que decía que estaba perfectamente. La verdad era que no parecía nada afectado por el alcohol y Patrick nos informó de que tenía muchísimo aguante.

Mi amigo nos llevó a Gina, a Esme y a mí a nuestras casas, ya que las chicas vinieron en taxi. Las dejamos en sus pisos y nos despedimos de ellas hasta el día siguiente. Lo mismo que hice yo con Patrick, cuando paró el coche frente a la escalera del porche de mi casa.

—Descansa mucho —le dije, con los ojos a medio abrir.

El trayecto me había adormecido.

—Tú también —me sonrió con cariño.

Después de abrazarnos y de que Patrick me diera un beso en la frente, salí del coche y me despedí una última vez de él con la mano, desde la puerta y antes de entrar. En el interior, caminé a oscuras hasta mi habitación, donde encendí la lamparita de la mesita de noche.

Me desvestí y me puse el pijama rápido, de la misma forma en la que me metí en la cama. El día llegó a su fin y el siguiente se presentaba genial. Nos esperaba uno muy bueno, de muchas risas y en la mejor de las compañías. Me quedé dormida en la comodidad de mi cama, calentita y arropada con el nórdico, con una sonrisa en los labios al pensar en lo bien que nos lo pasaríamos.

Capítulo 11

Me abroché el pantalón vaquero y me puse el jersey, con el que dudé si coger una chaqueta u otra. Antes de decidirme, como todavía no me había preparado el café, aproveché para ir a hacérmelo y salir al porche a tomármelo, para comprobar la temperatura.

Si la noche anterior hizo más frío, tal vez durante las horas del día también.

Me senté en el primer escalón del porche. Sí, siempre era mi primera opción, el banco con los cojines cómodos la segunda.

Me llevé la taza a los labios, pensando en que al final con la chaqueta fina tendría suficiente y me sobraría, conforme avanzara la mañana y llegáramos al mediodía.

Faltaba más de media hora para que llegaran Patrick y Zoe, ya que venían a recogerme. Después iríamos a por Gina y Esme. Cristian iba directamente al parque, nos veríamos allí.

Me dejé la taza apoyada en los labios, sujetándola con las dos manos, mientras la vista se me perdía por el pequeño bosque que tenía delante.

—Pensar tanto no puede ser bueno tan temprano.

Me sobresalté al escuchar la voz de Archie. Me giré hacia la izquierda, por donde se acercaba caminando despacio hacia mí.

—Hola —le sonreí.

—Hola —me correspondió, apoyando los brazos en la barandilla de la escalera.

Llevaba ropa de deporte y estaba sudando.

—¿Y mi padre? —le pregunté.

Me extrañó que no estuvieran juntos, en el despacho de mi padre. Tenía uno en la casa y, aunque fuese sábado, siempre tenían trabajo. El único día que mi padre se olvidaba de todo era el domingo, ya que lo dedicaba a estar con mi madre y cuando yo era pequeña, conmigo también. El cierre de la semana era sagrado para mi padre.

—Hoy vamos con calma —me respondió—. Ni él ni tu madre han salido todavía de la habitación.

—Oh.

—Sí. Oh. —Me hizo un guiño—. Ya imaginas que me contó lo que le dijiste. —Asentí—. Pues estará una temporada que reducirá el ritmo, para pasar más tiempo con tu madre.

—Eso me gusta. Le vendrá muy bien frenar.

—Pienso lo mismo —sonrió.

—¿Cómo lo ves, Archie? ¿Puede controlar la preocupación?

—Lo importante es que tu madre no ha notado nada él.

—Ya… pero ¿y mi padre? No quiero que lo pase mal, y menos si es sin sentido.

—No podemos controlar las emociones de los demás, pequeña. Para tu padre tu madre es su vida entera, si hasta cuando estornuda la mira más tiempo del normal, hasta que se queda tranquilo.

Sonreí porque tenía razón. Así era él.

—Lo entiendo, pero mi padre soporta mucho estrés y tensión, y si le añade el miedo constante de lo de mi madre.

—No te preocupes, se le irá pasando —dijo convencido y suspiré—. Cuando vea que se mantiene bien, como siempre desde que se recuperó, comenzará a aflojar en todo.

—Espero que sea pronto.

—Esperemos. ¿A qué hora llega Patrick?

En esta ocasión no había tenido que informarles expresamente. Toda mi familia, tanto de sangre como de corazón, sabían que hoy íbamos al parque de atracciones. Y estaban enterados desde hace días, más que nada porque hablé del tema con mi amigo cuando cenábamos con mis padres, Gladys y Archie. Esa noche le comenté a Patrick lo que hablamos Gina, Esme y yo, para pasar el día con Zoe y en un lugar que le hiciese ilusión.

—No sé cuánto tiempo ha pasado desde que miré la hora, pero imagino que aún faltarán unos veinte minutos, aproximadamente —le respondí—. ¿Quieres un café?

—Te lo agradezco, pero voy a regresar ya. Me estoy enfriando.

—Sí. No te retrases más, vas a ponerte malo.

—Hasta los resfriados huyen de mí. —Me hizo un guiño.

—Exagerado —me reí.

—Pasároslo muy bien y tened cuidado.

—Gracias.

Después de varios comentarios más nos despedimos y lo vi alejarse al trote, internándose entre los árboles.

Volví a beber del café, con calma y mucho más relajada con el tema de mis padres, al hablar con Archie. Cuando terminé de tomármelo entré en la casa,

lavé la taza y fui a la habitación. Al final me decanté por la chaqueta vaquera, la que dejé sobre la cama, junto al bolso.

Cogí de la mesita de noche el móvil, después de quitar el cable del cargador, y lo activé para ver si tenía algún mensaje de texto o aviso de llamada perdida. Me encontré con lo primero, en el grupo que tenía con mis amigas.

Esme: *Buenos días, preciosas. ¿Cómo dormisteis anoche después de tantas cervezas? ¿Preparadas para un gran día? Aquí viene un comunicado oficial: me voy con Cristian para el parque de atracciones, iré en su coche para que no vaya solo. No vengáis a recogerme.*

Leí el mensaje sonriendo y un poco sorprendida, por la rapidez de mi amiga.

Gina: *Buenos días, mis chicas. Joder, sí que os habéis dado prisa por intercambiar los números de teléfono. Anoche te cundió, ¿eh? Mira, al final tuviste tu cita a ciegas. Lo digo por cómo terminaste de cerveza… Ja, ja, ja…*

Sarai: *¡Holaaa! Muy buena esa. Ja, ja, ja…*

Esme: *No tengo el número de Cristian, se me olvidó pedírselo. Lo de ir juntos al parque lo hablamos anoche, en el bar. Le di mi dirección y quedamos en que vendría a recogerme a las… Joder, que tengo que terminar de arreglarme y en unos minutos estará aquí. Nos vemos en la entrada del parque. Os quiero.*

Gina: *¡No lo hagas esperar!*

Sarai: *Mientras que solo tenga que esperar un poco… Gina, cuando salgamos de aquí te aviso y cuando paremos en tu calle también. Todavía faltan unos minutos para que lleguen Patrick y Zoe.*

Gina: *Tranquila. Ya estoy preparada para irme y terminando de desayunar.*

Sarai: *Yo no he comido nada, no sabía si desayunaríamos dentro del parque.*

Gina: *¿Con lo nerviosa que estará Zoe? Dudo que podamos pararnos en un buen rato. Ja, ja, ja…*

Sarai: *Tienes razón. Pues voy a comer algo rápido, me da tiempo.*

Gina: *Venga, no te entretengas conmigo. Ahora nos vemos, besos.*

Sarai: *Hasta ahora. Besos.*

Salí de la aplicación y guardé el móvil en el bolso, para colgármelo al hombro y coger la chaqueta. Salí al pasillo y fui al salón, donde lo dejé todo, para entrar en la cocina.

Me preparé un sándwich doble y como sabía que a Patrick y a Zoe les gustaba mucho de la crema con la que me lo hice, les preparé uno a cada uno. El de Patrick como el mío, doble, el de su hermana individual. Envolví los suyos y los llevé al bolso, después me comí con calma el mío, acompañándolo con otro café.

Me faltaba el último bocado cuando sonreí al escuchar el claxon del coche de mi amigo y mi nombre gritado por Zoe.

—¡Sarai! —hizo una pausa— ¡Ya hemos llegado!

—Voy —les dije, asomándome por la ventana de la cocina.

La cerré, me terminé el sándwich y fui al salón, donde me coloqué la chaqueta y me colgué el bolso. Antes de salir le envié un mensaje a Gina y entonces fui hasta la puerta, la que decidí dejar cerrada con llave.

—Hola. ¡Buenos días! —saludé al abrir la puerta trasera.

Me correspondieron al saludo mientras me agachaba para meter la cabeza dentro del coche, para darle varios besos sonoros a Zoe. Iba montada en su silla de seguridad. Se rio por cómo sonaron mis besos y me los devolvió emocionada.

El color elegido por la pequeña para este día fue el rosa. Llevaba una coleta alta con un gran lazo del mismo color, a conjunto con un vestido

monísimo y cómodo. En los pies su madre le había puesto unas deportivas que tenían adornos rosas, también. Estaba divina y había complementado el vestido con un collar y unas pulseras que tenían varias princesas dibujadas.

Cerré la puerta y me monté en el asiento del copiloto. Fue el turno del hermano mayor, al que le di un único beso en la mejilla.

—Mirad lo que os he hecho —les dije, sacando los sándwiches—. Para ti doble porque eras alto y grande —le dije a Patrick y me reí—. Y para la princesa individual. Los he hecho de la crema que tanto os gusta. —Le hice un guiño a Zoe.

Soltó un gritito y se lo acerqué, para que lo cogiera. Patrick le dio una botella pequeña de agua y entonces se puso en marcha. Le desenvolví el suyo y se lo di, mientras conducía por el camino asfaltado.

—Gracias —me sonrió.

—De nada. Yo acabo de comerme otro igual. No había desayunado porque había pensado que nos pararíamos a hacerlo todos juntos, pero he hablado con las chicas y Gina me ha dicho que con Zoe al principio sería difícil. No había caído en eso. —Me encogí de hombros.

—Es mejor ir con el estómago lleno —dijo, antes de darle un buen mordisco al sándwich.

Zoe se quedó muy entretenida con el suyo y continuaría de esa forma durante un rato.

—No tienes que ir a por Esme —le informé.

—Ya… —sonrió de medio lado.

—¿Lo sabes y no me has dicho nada? Mal amigo. —Jadeé, quejándome en broma.

Patrick rio y su hermana se contagió, por imitarlo. Cuando llegamos frente a la verja comenzó a abrirse y le dije adiós a la cámara.

—Me lo comentó anoche Cristian. Me envió un mensaje, pero ya era muy tarde. Yo ya estaba metido en mi cama —me contó, incorporándose a la carretera.

—¿Tú crees que les irá bien? —le pregunté con mucha curiosidad.

—Eso no puede saberlo nadie, ni ellos mismos. —Negó con la cabeza—. Lo único que sé es lo que está pasando ahora, lo demás es un misterio que tendrán que ir desvelándonos.

—Me gustan como pareja —dije sonriendo—. Tienen un carácter parecido y anoche dio la sensación de que conectaban y se complementaban muy bien. Al menos durante el poco tiempo que estuvieron juntos.

—No vayas a hacer de casamentera ni te hagas ilusiones precipitadas —rio, mirándome de reojo—. Deja que todo fluya, que se dé como tiene que ser. Lo importante es que si sale mal no terminen de esa forma.

—Sí.

Le envíe otro mensaje a Gina, para avisarla de que en un par de minutos llegaríamos. Cuando Patrick paró frente a su edificio nuestra amiga ya nos esperaba en la acera. Se montó al lado de Zoe, se la comió a besos y después de saludarnos a nosotros, la pequeña comenzó a explicarle cosas de cómo le iba la vida. Así, tal cual, eso fue lo que le dijo Zoe y Gina se rio.

El trayecto fue muy entretenido, la emoción de la pequeña era contagiosa y entre risas y sonrisas llegamos al parque de atracciones. Cuando cogí el móvil para avisar a Esme y preguntarle dónde estaban, me encontré con un mensaje de ella en el que me había enviado su ubicación.

Solo tuvimos que seguir la señal para dar con ellos, nos los encontramos a unos metros de la entrada, sentados muy juntos en un banco y hablando.

Capítulo 12

—¿Quieres uno? —le pregunté a Zoe.

Nos habíamos parado delante de un puesto de comida y en el lateral izquierdo estaban expuestas unas magdalenas que tenían una pinta espectacular. Los ojos de la pequeña no se apartaban de las de fresa.

—Sí —me confirmó.

Nos acercamos y le pregunté al hombre del puesto. Cuando nos dijo que esas magdalenas en concreto llevaban trozos de fresa dentro y chocolate blanco y negro, más lo bonita que se veía por fuera, cubierta por chocolate negro y una fresa entrera en el centro, tanto a Zoe y a mí se nos abrió el apetito.

Pedí dos y en cuando nos alejamos unos pasos, les dimos un buen mordisco.

—Madre mía —dije con la boca llena.

—¡Sí! —rio Zoe, dando un saltito, mientras se tapaba la boca.

—Ten cuidado —me reí con ella.

Cogimos las fresas enteras, las chocamos y nos las metimos en la boca. La magdalena tenía todo lo que le encantaba a ella, las fresas y el chocolate, fuese del tipo que fuese.

Continuamos caminando, yendo hacia la atracción en la que Zoe ya se había montado muchas veces. Había perdido la cuenta, era una de sus preferidas. A los demás los habíamos dejado descansando ya que llevábamos horas dando vueltas, haciendo colas largas, montándonos en atracciones y vuelta a empezar.

Estos sitios agotaban, pero la pequeña no parecía tener fin. Cuando decidimos sentarnos en una mesa con bancos a los lados, no tardó más de unos pocos minutos en preguntarnos si nos íbamos ya. Le dije que yo la acompañaba dónde quisiera, con la condición de que después se relajara para que pudiéramos comer tranquilas.

Eso haríamos dentro de un rato, en el mismo sitio en el que había dejado a mis amigos ya que había un restaurante de hamburguesas cerca y las sacaríamos a la mesa, para comer al aire libre. Zoe aceptó lo que le propuse y aquí estábamos, después de hacer una pausa muy necesaria para comprar las magdalenas.

—Cómetela rápido —le dije cuando terminé la mía—. Como nos vea tu hermano me quita el monedero —nos reímos.

—No se enterará —habló con una risilla.

—Para eso después tienes que comerte toda la hamburguesa. —Le hice un guiño.

—Sí. —Asintió varias veces, con decisión.

—¿Sarai?

Al escuchar mi nombre nos paramos, para girarnos hacia quien me había llamado. Para mi sorpresa me encontré de frente con el hombre que se me presentó en el restaurante de Marina, el chiringuito.

Jared estaba parado a unos metros, también con expresión de sorpresa, aunque esa sorpresa pasó poco a poco a mostrar satisfacción, con una sonrisa de medio lado.

—Vaya… menuda casualidad —dijo, acercándose a nosotras.

—Sí. —Negué con la cabeza—. Perdona. Hola, Jared.

—Hola. Me alegra saber que te acuerdas de mi nombre.

—Si hubiera pasado más tiempo se me habría olvidado.

—Auch… No sé cómo tomarme eso. —Ladeó un poco la cabeza.

—Como lo que es, la realidad —dije divertida.

Zoe se pegó a mí y me agarró de una mano. Bajé la mirada, para verla observando a Jared, mientras se comía el último bocado que le quedaba de su magdalena.

—¿Y esta preciosidad quién es? —se dirigió él a Zoe— ¿Tu hija o tu hermana?

Zoe buscó mi mirada y le hice un guiño.

—Casi lo segundo —le respondí.

—Encantado —se dirigió a ella.

Zoe chocó su mano con la de él, cuando Jared puso la palma hacia arriba. Después continuó observándolo.

—Creo que esto es una señal, no puedes negarme de nuevo tu número de teléfono —me dijo.

—Claro que sí, poder puedo —sonreí de medio lado.

—¡Jared!

Alguien lo llamó y cuando miré a su espalda vi a un chico que comenzó a hacerle señales, cuando él se giró.

—Están desesperados por comer —me dijo, con diversión—. He venido con cuatro amigos.

—Nosotras también hemos venido con amigos —le comenté y asintió.

—No voy a desaprovechar esta nueva oportunidad. Antes de irme y desaparecer, ¿me harías el honor de invitarte otro día a tomar algo, un café o lo que te apetezca, según la hora del día?

—Acepto un café por la mañana.

—Joder, pensaba que no lo conseguiría —rio—. Perdón —se disculpó con Zoe, por la palabrota—. ¿Mañana te va bien? —me preguntó.

—Eres rápido. —Ladeé un poco la cabeza.

—No quiero que te eches para atrás. —Me hizo un guiño.

—Mañana por la mañana está bien. —Asentí—. A las once en el centro comercial de la avenida, en el café que ocupa toda la esquina de la segunda planta.

—Sé cuál es. Perfecto. Allí estaré puntual, a las once. Que disfrutéis del día.

—Gracias, igualmente. Hasta mañana.

Jared se despidió de nosotras, nos dio la espalda y se alejó. Lo seguí con la mirada durante unos segundos, preguntándome como se me había ido la cabeza para quedar con él. A ver, era un hombre muy guapo, atractivo, y con lo poco que había hablado con Jared me parecía muy simpático, pero, aun así… aunque únicamente iba a ser un café. Después de mi negativa en el restaurante había tenido la sensación de que se lo debía.

—Sarai… —me llamó Zoe, tirando de mi mano.

—Dime cariño —le sonreí.

—¿Es tu amigo?

—Por el momento no llega a ser ni un conocido. Esta ha sido la segunda vez que lo he visto, la anterior quiso que le diera mi número de teléfono, pero me negué. Poco más hablamos.

—Pero lo verás mañana.

—Porque tampoco quiero ser tan dura y hermética. —Le acaricié la cara —. Un café en compañía no le hace daño a nadie, ¿no?

—Depende.

—¿De qué?

—Yo no me lo tomaría con Carlos, no me gustaría.

Carlos era un compañero suyo del colegio. No se llevaban bien y cuando Zoe lo mencionaba era para decir que había tenido que decirle algo para que la dejara en paz. No lo contaba triste, en absoluto. Ya había quedado claro que la pequeña sabía defenderse perfectamente y que tenía mucho carácter y fuerza. Más bien se enfadaba porque la agobiaba y molestaba.

—Yo todavía no conozco a Jared como para poder tener una opinión sobre él —le sonreí—. Vamos a la atracción antes de que sea más tarde.

Se le iluminó la cara y me reí. Tiré de su mano, pero no llegué a dar más de un paso porque al girarme vi a Patrick. Estaba apoyado en el filo de una mesa de piedra, con las manos en los bolsillos del pantalón y los pies cruzados.

—Tu hermano.

—¿Dónde?

—Espero que no lleve mucho tiempo ahí. Como nos haya visto con las magdalenas…

Nos miramos con complicidad y nos reímos, después le señalé donde estaba Patrick.

Zoe salió corriendo hacia él. Su hermano la recibió con los brazos abiertos, envolviéndola en un gran abrazo. Ambos caminamos y nos encontramos a la mitad de la distancia que nos había separado.

—¿Qué hacías ahí? —le pregunté sonriendo.

—He venido a buscaros, llevo un ratito.

—¿Cuánto? —Quiso saber Zoe en sus brazos, mirándome de reojo.

—¿Y ese interés? —le preguntó Patrick.

—Es curiosidad, ¿verdad? —intervine yo.

Patrick pasó la mirada de una a otra, con una ceja arqueada, pero Zoe y yo nos mantuvimos firmes.

—Cuando os he encontrado os he visto con un hombre y como te estabas hablando con él, no he querido interrumpir —me dijo.

—Sarai ha quedado con él mañana. Se beberán un café. —Soltó Zoe.

—¿Quién es? No me ha sonado —comentó Patrick.

—No lo conoce —continuó Zoe, consiguiendo que su hermano elevara las cejas, esperando una aclaración por mi parte.

—¿Nos acompañas a la atracción? —le pregunté, para cambiar de tema.

Si no lo conseguía Patrick comenzaría a hacerme preguntas, unas casi idénticas a las que me harían mi padre o Archie.

—Claro. —Entrecerró los ojos por mi jugada. Solté una carcajada y Zoe se unió a mis risas—. No te pienses que vas a librarte, quedan muchas horas del día —me advirtió.

—Mmm… lo que me recuerda que tenemos hambre. ¿A qué sí? —me dirigí a Zoe.

—Sí —contestó moviendo la cabeza con energía, varias veces.

—Pues no será porque tenéis los estómagos vacíos.

Con esas palabras, por cómo las dijo y por la sonrisa de medio lado que vino después, nos dejó claro que nos había pillado comiéndonos las

magdalenas. Al menos lo último de ellas. Zoe soltó un gritito y yo la imité. Se removió en los brazos de su hermano y en cuanto él la bajó al suelo, intentando no reírse, ella me agarró de la mano y salió corriendo.

Tiró de mí mientras reía y la seguí de la misma forma. Dejamos atrás a Patrick y a sus amenazas, en las que nos decía alzando la voz que no podíamos escapar de él durante mucho tiempo.

Cuando llegamos a la atracción nos pusimos a la cola, en la que por cierto había pocas personas esperando. Que fuese la hora de la comida nos vino genial. Patrick nos alcanzó enseguida y lo miramos con inocencia, por lo que lo hicimos reír. Cuando llegó nuestro turno nos montamos los tres a la atracción y la disfrutamos, Zoe porque le encantaba y nosotros porque nos gustaba de igual manera verla a ella emocionada y pasándolo bien.

Al terminar fuimos al encuentro de nuestros amigos y fue entonces cuando Cristian y Esme se ofrecieron a ir al restaurante, para pedir los menús. Después de que anotaran lo que queríamos cada uno, se perdieron durante un rato.

Comimos estupendamente, Zoe se quedó encantada al ser una hamburguesa. Al terminar, al cabo de unos minutos de reposo, continuamos recorriendo el parque de atracciones y separándonos en algunos momentos, cuando unos iban a una atracción y otros a otra.

Pasamos un día increíble, de muchas risas y momentos divertidos. Exprimimos al máximo nuestro tiempo y sobre las seis y media de la tarde, cuando vimos que Zoe hacía esfuerzos para continuar, mientras arrastraba los pies o iba de los brazos de su hermano a los de Cristian, decidimos ponerle fin a la aventura del parque de atracciones.

—Se ha dormido con una sonrisa —dije mirando con cariño a Zoe.

Patrick la llevaba en brazos, la pequeña tenía la cara apoyada en el hombro de su hermano, girada hacia mí porque hasta hacía unos minutos se resistía a cerrar los ojos y me hablaba de lo bien que se lo había pasado.

—Está agotada —comentó Patrick—. Entre las emociones y el cansancio de no parar en todo el día… demasiado a durado, pensaba que se cansaría

mucho antes.

—Yo también. Se lo ha pasado genial.

—¿Tú no?

—Claro —le sonreí.

Llegamos a su coche y me subí en el asiento trasero, por el lado contrario al que estaba la silla de Zoe. Ayudé a Patrick a colocarla bien y nos aseguramos de que el cinturón de seguridad se quedaba bien sujeto en el anclaje. Zoe no se despertó y nosotros ocupamos nuestros asientos, delante.

En esta ocasión Gina se había ido con Esme, en el coche de Cristian. De esa forma no hacían que Patrick se desviara, ya que vivían bastante cerca la una de la otra. Mi amigo arrancó y salió del estacionamiento del parque, tomando la dirección de mi casa.

Durante un buen rato el interior del vehículo estuvo en silencio y me adormecí, porque Zoe no era la única que estaba cansada. Cuando se me entreabrieron los ojos me di cuenta de que estábamos muy cerca de mi casa y me espabilé.

—Bienvenida —me dijo Patrick, mirando a la carretera, pero sonriendo.

—Ha sido un día intenso. Tengo unas ganas de darme una ducha y de dejar caer el cuerpo en cualquier sitio, cómodo y blando —suspiré.

Me giré hacia atrás, para ver a Zoe. Continuaba dormida, seguramente no se despertaría hasta que su hermano la cogiera en brazos de nuevo o la entrara en la casa de sus padres.

—Dentro de poco estarás haciéndolo. ¿Vas a explicarme quién era el tío del parque, con el que has quedado mañana y con el que supuestamente beberás café, sin conocerlo? —Me miró de reojo.

—Era la segunda vez que lo veía —apoyé la cabeza en el asiento, girada hacia él—. Se llama Jared y me ha reconocido del restaurante de Marina. Fue ahí donde lo vi la primera vez, cuando fui con las chicas. Te pregunté si te

apetecía apuntarte, pero preferiste quedarte en casa porque estabas agotado, después de tu salida con los del trabajo.

—Sí.

—Pues se me acercó cuando salí del baño y me dijo que llevaba un rato observándome. Bueno, en realidad al principio no fue así, pero el resumen es ese y que me pidió el número de teléfono. No se lo di, pero hoy nos hemos encontrado por casualidad y me ha salido aceptar su invitación.

»He quedado con él mañana a las once, en el centro comercial de la avenida, en el café que ocupa toda la esquina de la segunda planta. —Me encogí de hombros—. Ahora no es que me apetezca mucho, pero ya está hecho. Igualmente, no tengo forma de avisarlo para anularlo.

—Si no te presentas es una forma rápida y muy eficaz de anularlo.

—No voy a hacer eso —le dije entre risas, sin alzar mucho el volumen.

Patrick paró frente a la verja, la que no tardó en abrirse. Se cerró a nuestras espaldas, cuando mi amigo circulaba por el camino asfaltado.

—¿Por qué? —giró la cabeza hacia mí— Eso quiere decir que estás más interesada en ir de lo que dices.

—No es eso, solo que si estuviera en su lugar a mí no me gustaría que me dejaran plantada si he quedado con alguien que acabo de conocer. Y más después de que esa persona aceptara mi invitación —le sonreí.

Nos quedamos en silencio el resto del camino. Patrick paró cerca del inicio de la escalera del porche y me desabroché el cinturón.

—¿Te has enfadado? —le pregunté en tono bajo.

—¿Por qué tendría que enfadarme?

—Porque sé que te preocupas por mí y Jared es un completo desconocido.

Giró el cuerpo para mirarme de frente, apoyando la mano derecha en mi asiento. El brazo izquierdo lo dejó sobre el volante.

—Pero por mucho que me preocupe por ti y que desconfíe de los demás, es tu vida y tus decisiones, Sarai. Yo solo puedo acompañarte, estar a tu lado, aunque le partiré la cara a ese tal Jared si te molesta.

Una sonrisa fue formándose en mis labios.

—Además, sé dónde estaréis —dijo levantando las cejas, varias veces.

—No serás capaz de ir a espiarnos. —Jadeé.

—¿Yo? Jamás haría eso. ¿Por quién me tomas? —sonrió de medio.

—¡Patrick! —me reí, dándole un golpe en el pecho— Ni se te ocurra estar allí, me pondrás muy nerviosa.

—Buenas noches, preciosa.

—Lo digo en serio.

—Y yo. Siempre te deseo buenas noches en serio. —Me hizo un guiño.

Puse los ojos en blanco y tuve que reírme otra vez, más por los nervios que por otra cosa. Cuando se ponía de esa forma tenía todas las batallas perdidas, por lo que busqué la salida rápida.

Nos dimos un beso en la mejilla y le comenté que lo llamaría, porque mañana por la mañana no nos veríamos. Lo último lo dije con mucha intención y remarcando cada palabra, provocando que soltara una carcajada.

Cuando salí del coche abrí la puerta trasera y me incliné para darle un beso a Zoe. Ni se movió. Cerré con cuidado la puerta y le di una última despedida a Patrick, con la mano.

Subí la escalera y entré en mi casa, yendo directa a mi habitación.

Capítulo 13

—Mamá.

—Cariño. Hola —me sonrió.

Terminó de bajar la escalera y vino hacia mí, para abrazarme. Le correspondí con ganas y cuando nos separamos la observé detenidamente. Me encantó ver el brillo que tenía en la cara y en la mirada.

—Papá me ha enviado un mensaje para que viniera cuando pudiera —le dije—. No he querido esperar al mediodía, a la hora de comer.

—Está terminando de hacer su sesión de ejercicios. —Me acarició los brazos—. ¿Nos tomamos un café juntas mientras tanto?

—Claro.

Me agarré de su brazo y fuimos a la cocina, en la que Gladys no estaba. Yo preparé los cafés con leche y mi madre colocó en un plato mis galletas preferidas y unos cuantos dulces más, a pesar de que le dije que ya había desayunado.

Era domingo, las nueve y cuarenta de la mañana, y ya estaba preparada para irme desde aquí directa al centro comercial en el que había quedado con Jared. Había venido en el coche y lo había dejado en la entrada de la casa de mis padres.

Y como con Jared solo tenía la intención de tomarme un café con leche, pues había desayunado bien en mi casa.

El mensaje de mi padre me llegó antes de que me levantara de la cama, por lo que quería saber antes de salir lo que quería decirme. En un principio pensé que se trataba de mi madre, me dio miedo que hubiera visto algo que los demás no, pero estando ahora con ella y viéndola, esa opción estaba descartada. Mi madre se veía espectacular.

Fuimos con una bandeja a su salón preferido y nos sentamos cómodas en el sofá. Me dio una taza y se lo agradecí.

—¿Dónde vas tan guapa? —me preguntó.

—No me he arreglado. Estoy como cualquier día que salgo a la calle —le contesté divertida.

—Exacto, por lo que siempre estás guapa. —Me hizo un guiño y me reí.

—He quedado a las once en el centro comercial.

—¿Con las chicas? —se refirió a Gina y a Esme.

—No.

—¿Patrick?

—No. —Fruncí los labios.

—¿Con alguien que yo conozca? —insistió.

—No —me reí por cómo me miró.

—¡Pero bueno! ¿Tienes una cita y no me has dicho nada? —se sorprendió.

—No es una cita. —Arrugué la nariz.

—¿Estás segura?

—Claro. —Me encogí de hombros—. Al menos yo considero una cita cuando hay un interés especial.

—Entonces no es el caso —dijo pensativa.

—No.

—Me gustaría saber qué es eso de la cita sin interés especial, que termines de aclararlo.

La voz de mi padre nos hizo girarnos hacia atrás. Caminaba hacia nosotras. Estaba recién duchado, no se había secado del todo el pelo y lo tenía un poco húmedo, con varios mechones cayéndole por la frente. Hoy era el único día que dejaba los trajes en el vestidor y vestía cómodo.

Llegó hasta el sofá y nos dio un beso en la cabeza a mi madre y a mí, antes de sentarse al lado de ella.

—¿Dónde vas? —me preguntó.

—He quedado.

—Tú dirás.

—No la presiones tanto —le pidió mi madre.

—Si estoy siendo muy suave —se justificó y tuve que apretar los labios, conteniendo la diversión.

—Tiene derecho a salir con quien le apetezca y conocer a gente —continuó mi madre.

—Para todo hay límites, cariño. —La abrazó, acercándola a él—. Dinos, hija, cuál es tu plan.

—He quedado a las once con un chico, en el café del centro comercial —les conté—. Puedes quedarte tranquilo, habrá gente alrededor.

—¿Ves cómo sabe? —le dijo mi madre—. Ha aprendido de ti.

—Lo conocí hace unos días y ayer nos encontramos por casualidad en el parque de atracciones —comenté.

—Qué coincidencia más favorable para él, ¿no?

—¡Papá!

—¡Markus!

Mi madre y yo nos quejamos a la vez y mientras que ella lo miraba con amor, yo solté una carcajada.

—¿Quieres un café, cariño? —le preguntó mi madre, en un intento de distraerlo.

—Sí, pero ahora voy yo a hacérmelo. Sarai…

—Papá, todo está bien. Tienes que aprender a soltar un poco.

—Desde que conocí a tu madre llevo soltando ese poco, no me pidáis más.

—Jared es un buen chico.

—¿Cómo lo sabes si hace tan solo unos días que lo conoces? —Arqueó una ceja— Archie te llevará al centro comercial y se quedará allí. No te molestará, ni siquiera sabrás donde está.

—No. —Negué con la cabeza—. He venido en el coche, lo he dejado frente a la casa —le informé—. Voy a ir yo sola, papá. Por favor.

—¿Por qué? —me preguntó con el ceño fruncido, sin comprenderlo.

—Porque sí. Necesito hacerlo así, sentir mi independencia.

—Markus… —lo llamó mi madre.

Mi padre buscó sus ojos y se mantuvieron la mirada lo que me parecieron largos minutos. Hasta que mi padre apretó la mandíbula y dirigió su atención a mí.

—De acuerdo —aceptó.

—¿De verdad? —Agrandé los ojos.

—No me hagas replantearme la respuesta.

—No he dicho nada —me reí.

Me lancé encima de ellos, sin creerme todavía que mi padre hubiese cedido tan rápido y con tanta facilidad a mi petición. Los abracé y mi madre se rio conmigo. Mi padre continuó serio, pero acariciándome la espalda para que no me separara.

—Y no vale que envíes a Archie a escondidas —le avisó mi madre.

—Diana… —pronunció su nombre con voz ronca.

—¿Papá?

—Está bien. —Soltó una especie de gruñido, levantándose del sofá.

Se fue a la cocina para preparase un café y mi madre y yo nos miramos con complicidad.

—Bébete el café y vete, cariño. Yo me encargo de tu padre. —Me hizo un guiño.

Solté una risilla, cogiendo la taza. Estaba a una temperatura perfecta, por lo que me lo bebí sin tener que esperar, aunque tampoco me di mucha prisa porque llegaría al centro comercial con mucho tiempo de antelación. Mi padre se unió a nosotras cuando apareció con su taza. Me encantaba pasar momentos con ellos y verlos en acción, eran increíbles, por muchos motivos.

Al cabo de unos minutos, después de terminarnos los cafés, me despedí y me acompañaron a la puerta.

—Papá, entre unas cosas y otras no me has dicho para qué me has pedido que viniera cuando pudiese —le dije, al acordarme de repente.

—Tengo algo para ti, pero mejor te lo doy cuando regreses para la comida.

—Pero…

—Vete tranquila, cariño —me pidió mi madre, haciéndome un gesto con los ojos para que aprovechara la oportunidad.

Mi madre no era la única que notaba las ganas contenidas de mi padre para seguirme. Estaba conteniéndose mucho y en ello tenía mucho que ver mi madre. Estaba segura de que ella cumpliría con lo que me había dicho, lo de que se encargaría de mi padre.

Los abracé una última vez y no esperé más para ir hasta mi coche. Me alejé sin mirar atrás, recorriendo el camino que me llevó hasta la verja. Esta comenzó a abrirse despacio cuando me acercaba y al pasar por delante de la cámara le lancé varios besos. En cuanto me incorporé a la carretera y me distancié de la zona en la que vivía, me desvié para ir al centro comercial.

Llegué en menos de diez minutos, por el poco tráfico que había. Aparqué en el estacionamiento subterráneo, cerca de la entrada, y subí por la escalera mecánica a la primera planta. Aunque era domingo todas las tiendas estaban abiertas, por lo que como aún faltaba para que fuesen las once, di una vuelta mirando los escaparates.

Hacía tanto tiempo que no me daba un capricho que me di varios. Terminé comprándome un par de pantalones, un vaquero y otro de una tela con una caída muy bonita. También pequé con un jersey y varias sudaderas. Para elegir estas últimas me fui a las más baratas y sencillas, ya que iban a pasar a formar parte de mis uniformes de trabajo. Lo que quería decir que terminarían decoradas con arcilla y varios productos más.

Por último, me di el gusto de adquirir una barra de labios y un brillo, junto a una máscara de pestañas. Cuando terminé con todas las compras, o más bien cuando me obligué a alejarme de las tiendas, bajé al estacionamiento para guardar las bolsas en el maletero. Al bloquear el coche comprobé la hora en el reloj de pulsera. Faltaban diez minutos para las once, por lo que volví a entrar al centro comercial y subí directamente a la segunda planta por las escaleras mecánicas.

Cuando llegué al café todavía no era la hora, pero ocupé igualmente una mesa de la terraza. El centro comercial era al aire libre, así que continué con la chaqueta puesta.

—Buenos días —me dijo una camarera.

—Buenos días —le correspondí, devolviéndole la sonrisa—. Estoy esperando a alguien.

—De acuerdo, pues en un rato vuelvo.

—Gracias.

Cuando me quedé sola observé a mi alrededor. En el café, aunque había mesas libres, había muchas personas desayunando. También había bastante gente caminando en ambos sentidos y otros parados, en grupo. En la segunda planta encontrabas tres o cuatro tiendas, el resto del espacio estaba destinado a la restauración: cafeterías, bares y restaurantes, estos con una gran variedad para elegir.

No vi a Jared por ningún lado, de modo que saqué el móvil del bolso y lo desbloqueé para escribirles a mis amigas.

Sarai: *Buenos días, preciosas. ¿Cómo habéis descansado? ¿Con menos dolor de pies? No os imagináis dónde estoy, ni yo me lo creo un domingo a esta hora. Con lo bien que estaría en mi casa… en fin. Atención, pensad en el día que fuimos al chiringuito de Marina, donde nos tomamos un aperitivo y después comimos. ¿Os acordáis del chico que esperó a acercarse a mí cuando estuve sola, el que me pidió el número de teléfono y me negué a dárselo? Se llama Jared.*

Le di a enviar y continué escribiendo en otro mensaje, pero Esme se me adelantó.

Esme: *¿Jared? ¿Qué pasa con ese tío? ¿Has salido de casa por algo que tenga que ver con él o estoy imaginando mal? ¿Cómo puede ser? ¿Por qué lo sacas en la conversación? Estoy a punto del desmayo.*

Gina: *Buenos días, amores.*

Esme: *Eso, buenos días, pero vamos a lo importante.*

Gina: *No entiendo nada. ¿A qué viene nombrar a ese tan temprano un domingo? Aunque estaría igual de extrañada en cualquier otro momento o día.*

Le di a enviar al mensaje que había escrito mientras leía los suyos y esperé a la reacción de ambas.

Sarai: *Os lo quería contar con calma, pero ayer en el parque de atracciones no tuvimos un momento para estar tranquilas. Allí dio la casualidad de que me encontré con Jared. Bueno, él me encontró. Me vio y me llamó, yo iba con Zoe. Fue al mediodía, antes de que comiéramos. Insistió de nuevo, no me pidió el número de teléfono otra vez, pero sí que me invitó a quedar para tomar algo. Yo acepté para hoy y le propuse el lugar y la hora. Y aquí estoy, en una cafetería esperando a que llegue. Faltan cuatro minutos.*

Esme: *¡Qué fuerte! ¡Has aceptado!*

Gina: *Ya te digo.*

Sarai: *Me supo mal decirle que no otra vez y ser cortante. No sé… lo mismo me adelanté mucho, pero ya está hecho. Me tomaré un café con él, hablaremos un poco y quién sabe, lo mismo se convierte en un amigo o en alguien conocido con el que me lleve muy bien.*

Gina: *Cariño, abre los ojos. Ese no quiere ser tu amigo y no estoy diciendo que esté mal, pero sí que lo tengas en cuenta.*

Sarai: *Lo sé, pero también sé lo que yo quiero.*

Esme: *Todavía estoy asimilando que estés esperándolo. Ja, ja, ja…*

Gina: *¿Y tú qué? ¿No tienes que decirnos nada sobre Cristian?*

Esme: *Por ahora poco más de lo que visteis. Me cae genial, me hace reír y me siento muy a gusto con él, es guapísimo. Está… Mmm… pero no se ha acercado a mí con un interés claro.*

Sarai: *¿Qué dices? ¿Qué más interés quieres notar?*

Esme: *Jo, yo qué sé. Es que no me ha dado ni un pico, ni siquiera le he visto la intención de besarme en los labios. Me tiene un poco descolocada, pero también muy cachonda. Ja, ja, ja…*

Gina: *Estás fatal. Ja, ja, ja…*

—Sarai.

Di un pequeño respingo en la silla y levanté la cabeza. Jared estaba a un paso de mí, con las manos en los bolsillos del pantalón y sonriendo por mi reacción.

—Hola, Jared —lo saludé.

—Hola —me correspondió.

Mientras guardaba el móvil en el bolsillo de la chaqueta dudé en si levantarme para darle un beso y completar el saludo, pero sentí que era demasiado pronto para tanto acercamiento, sin conocernos. Aunque por mi parte solía hacerlo siempre, me refiero a que cuando me presentaban a alguien tenía la costumbre de dar besos.

Podría haberme ahorrado la incertidumbre porque Jared actuó por su cuenta y con decisión. Al ver que no me levantaba se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla. No me quedó más remedio que devolvérselo, avergonzada. Olía de maravilla, me gustó mucho su perfume.

Me sonrojé, no pude disimularlo, y le agradecí en silencio que no dijera nada al respecto. Se sentó en la silla de enfrente y apoyó los brazos en la mesa.

—Por fin, parecía que no iba a llegar nunca este momento —me dijo con un guiño.

Capítulo 14

La misma camarera que vino a atenderme cuando llegué se acercó de nuevo. Jared me hizo pedir primero a mí, por lo que le dije a la chica que me trajera un café con leche. Él se pidió un café solo y añadió un trozo grande de tarta de crema y frutas, para compartir.

—No tengo hambre —le advertí.

—Seguro que cuando te ponga delante la tarta cambias de opinión —me sonrió—. A mí me encanta.

—¿Vienes mucho aquí?

—Bastante. Vivo cerca de aquí.

—Ah. Vale.

—¿Tú estás muy lejos de esta zona?

—No. Llego rápido.

—¿Hace mucho que me esperas? Es que me he encontrado con un amigo en la primera planta y me he parado para saludarlo.

—Tranquilo. Solo has llegado un par de minutos tarde —le dije—. No tiene importancia. Además, estaba hablando con mis amigas.

—¿De mí? —me preguntó y arqueé una ceja— Vale, vale… —dijo riendo, con las manos levantadas.

La camarera regresó con nuestras bebidas y la comida y se lo agradecimos cuando lo dejó todo en la mesa. Jared colocó un billete en el platito donde estaba la cuenta y ella le sonrió.

—No me mires así, te dije ayer que te invitaría —me sonrió—. Has venido con esa condición.

—Te equivocas.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí. No he venido porque fueses a pagarme el café con leche, sino porque acepté tu propuesta de vernos y tomar algo. —Me encogí de hombros.

—Gracias.

—No hay de qué.

—¿Qué te parece? —me preguntó, acercándose a mí por encima de la mesa.

Se quedó inclinando sobre ella, con la cabeza casi en el centro. Demasiado cerca como para no apreciar muy bien sus facciones masculinas.

—¿Cómo? —hablé desconcertada, provocando que sonriera de medio lado.

—La tarta, que qué te parece.

—Ah. —Bajé la mirada al plato—. La verdad es que tiene una pinta buenísima.

—Y está riquísima —dijo con seguridad.

Cogió uno de los tenedores y el cuchillo y comenzó a partir la tarta en cuadraditos, para que pudiéramos ir cogiendo para acompañar a los cafés. Yo mientras tanto endulcé mi café y lo removí.

—Tú primero. Haz los honores —me pidió.

No comería casi nada, pero tenía que probarla. Pinché con mi tenedor y una vez tuve el trozo en la boca, me la tapé con la otra mano.

—Mmm… —dije— Está increíble —tuve que darle la razón—. Me encanta la crema, el sabor y la textura, y con las frutas…

—Lo sabía —rio, antes de comer él.

Fue mi turno para reírme, por la cara que puso mientras masticaba y degustaba la tarta.

—Me encanta.

—Ya lo has dejado claro.

—Me refería a ti —me aclaró y noté cómo me sonrojaba de nuevo—. Quiero verte reír de nuevo.

—Jared, yo no…

—Eh, no pensemos en nada más que en este momento —me pidió—. Solo quiero que te relajes, que te sientas tan a gusto que seas tú misma. Espero conseguirlo. —Me hizo un guiño—. Somos dos adultos que van a tomarse un café y a comer una tarta deliciosa, mientras comienzan a conocerse.

»No pongamos nombre a nada, ni saquemos el tema de lo que significa para cada uno este encuentro. ¿De acuerdo? Vamos a centrarnos en disfrutar y quién sabe, lo mismo hay una segunda vez —sonrió.

—Vale. —Asentí—. ¿Cómo os fue ayer en el parque?

—Hasta las narices. —Puso los ojos en blanco y me reí—. Cuando llegué a casa me dolía todo el cuerpo. —Sacudió la cabeza—. Mis amigos se transforman en esos sitios y es como si volvieran a ser pequeños. Recorrimos tantas veces el parque que terminé mareado. Quisieron quedarse hasta el cierre, pero me negué.

—Nosotros nos fuimos a las seis y media, tuvimos más que suficiente por una temporada.

—Estoy de acuerdo.

Cogí la taza y me la acerqué a los labios, para beber varios sorbos pequeños. La dejé entre las manos, calentándomelas.

—Cuéntame algo de ti —me pidió.

—No tengo mucho que contar —sonreí.

—Lo dudo. Seguro que tienes una vida muy interesante.

—Que va —dije entre risas—. Soy escultora, trabajo en mi casa y paso muchas horas sin salir, incluso días. —Me encogí de hombros.

—Vaya. —Silbó—. ¿Y no te parece interesante serlo?

—A mí sí porque es mi pasión y me dedico por completo a ella. Lo que piensen los demás me da igual.

—Me gusta. Mucho. ¿Y qué esculpes?

—Figuras de todo tipo y formas tridimensionales como estatuas. Llevo años centrada en las últimas, en las que me encargan, pero tengo un proyecto parado que espero que se haga realidad.

—Suena muy interesante todo.

—No dirías lo mismo por las horas que paso con las creaciones. Para los demás llega a ser aburrido.

—No creo que me aburriera nunca de verte crear con las manos. Eso es arte en estado puro.

—¿Y tú? —desvié la atención hacia él, por los nervios que sentí—. ¿A qué te dedicas?

—Soy gestor de inversiones.

—Lo tuyo sí que parece interesante.

—Según se mire y para quién —rio.

Cogí otro trozo de tarta, para saborearla.

—¿Trabajas en alguna empresa de la ciudad o por tu cuenta?

—En una empresa, aunque también hago trabajos individuales —me contestó y asentí. A continuación, me dijo el nombre de la empresa, pero no me sonó.

La mañana fue avanzando muy bien. Jared consiguió que me relajara, a pesar de los nervios constantes que sentía por su culpa. Él no hacía nada especial, pero al mismo tiempo había algo que…

—¿Vives sola, con tu familia, con amigos…? —me preguntó, cuando ya nos habíamos acabado los cafés y la tarta.

—¿Importa?

—No. Es por saber algo más de ti —me sonrió.

—Sola, en mi casa.

—Yo también, pero en un piso.

—Lo imagino porque has dicho que vives cerca de aquí.

—Efectivamente. —Asintió—. Chica lista.

—Chica que recuerda las cosas —le rectifiqué y nos reímos—. He estado muy bien, Jared, pero voy a irme ya. Voy a comer con mis padres.

—¿Tan tarde es? Vaya… —se sorprendió al mirar la hora.

—Sí. Se ha pasado muy rápido el tiempo.

—Eso es muy buena señal —sonrió de medio lado.

Nos levantamos de la mesa y salimos de la terraza.

—Me alegro de haber quedado contigo —le dije.

Era verdad, después de las dudas había merecido la pena conocerlo, aunque fuese un poco.

—Y yo no puedo estar más contento y agradecido por ello. Te acompaño.

—He venido en coche, lo tengo en el estacionamiento.

—Yo también. Aunque vivo cerca no me apetecía ni dar un paso más en la calle, después del día de ayer. —Puso los ojos en blanco y terminamos riéndonos.

—Vale —le sonreí.

Nos dirigimos hacia la escalera mecánica y bajamos hasta la primera planta del subterráneo. Hice el intento de despedirme de Jared, pero quiso acompañarme hasta el coche.

—Gracias —le sonreí.

—No hay de qué. —Me devolvió el gesto—. Espero que nos volvamos a ver.

—Claro, seguro que encontramos otro momento para tomar otro café —le dije.

—Ahora que confías en mí, al menos más que la primera vez que nos vimos, ¿me darías tu número de teléfono? No estaría mal para ir preguntándonos como nos va la vida y si queremos volver a quedar en un tiempo.

—Sí.

Le dije el número y lo grabó al momento en su móvil. Cuando lo tuvo en su lista me hizo una llamada perdida, para que yo guardara el suyo.

—Pues estaremos en contacto —comentó.

—Vale —le sonreí.

Para la despedida no dudé en darle un beso en la mejilla. Me acerqué a él lo suficiente para ponerme de puntillas y dárselo. Jared me facilitó que llegara bien, ofreciéndome la cara y también me ayudó a mantenerme en el sitio cuando me rodeó con un brazo la cintura y me pegó a él. Fue por eso, porque lo hizo, que me tambaleé un poco al notar tanta cercanía y calor.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, o quizás fueron minutos. Yo los dediqué a analizarlo de cerca, a memorizar sus microexpresiones y la forma en la que sus ojos recorrían mi cara. Hasta que le sonreí, más nerviosa, y apoyé las manos en su pecho, para apartarme.

—Que te vaya bien el resto del día —le deseé.

—Gracias. Igualmente, Sarai.

Desbloqueé el coche mientras lo rodeaba y me subí a él. No miré atrás cuando me alejé, aunque me pareció que Jared esperó a verme desaparecer.

Cuando salí a la calle abrí la ventanilla para que el aire me refrescara un poco las mejillas.

Al final me iba satisfecha con todo, porque me lo había pasado bien, me había sentido cómoda y había descubierto que la tarta de crema y fruta del café en el que habíamos estado era un pecado y mi nuevo vicio. Me arrepentí de no haberme llevado un trozo para la casa de mis padres, pero lo pensé demasiado tarde.

No tardé mucho en llegar frente a la verja de la propiedad y esta se abrió a los pocos segundos de detectar mi coche. Entré despacio y tomé el camino que llevaba a la casa de mis padres. La gran mayoría de los domingos comíamos juntos.

Paré el motor frente a la entrada y aproveché para mirar el móvil. Como ya esperaba tenía mensajes de mis amigas, ya que salí de golpe de la conversación y las dejé hablando solas, cuando Jared apareció. Los leería y les contestaría más tarde, después de la siesta que me daría en cuanto llegara a mi casa, pero para que se quedaran tranquilas les envié un mensaje rápido.

Sarai: *Perdonad, llegó Jared y tuve que irme. Resumen rápido: ha ido muy bien, estoy contenta. Ahora no puedo hablar más, acabo de llegar a la casa de mis padres para comer con ellos. Nos llamamos por la tarde. Os quiero.*

Con eso hecho me fui a la notificación de la llamada perdida del número de teléfono de Jared y lo grabé, para que formara parte de mi lista de contactos.

Me guardé el móvil en el bolsillo de la chaqueta, cogí el bolso y me bajé del coche, para ir a la puerta principal. Me la encontré entornada y la empujé, para dejarla cerrada a mi espalda. Fui directamente a la cocina y en ella me encontré con Gladys.

—Hola —la saludé.

—Hola, cariño. —Se giró hacia mí—. ¿Cómo ha ido? Tu madre me ha dicho que has salido y que tenías una cita. —me miró con curiosidad.

—¡Qué rápidas sois! —me reí— Lo primero sí, he salido, pero con lo segundo no vayas a pensar cosas raras —le dije divertida.

Me acerqué a ella y le di un abrazo, con un beso en la mejilla.

—¿No has quedado con un hombre?

—Sí y me lo he pasado muy bien. Y eso que no estaba muy convencida.

—¿Por qué?

—Porque no lo conocía en realidad. —Me encogí de hombros.

—Bueno, siempre tiene que haber una primera vez para que la gente deje de ser desconocidos.

—Exacto. —Le hice un guiño.

—¿Y qué tal? ¿Cómo se llama?

—Jared y es muy majo. Hemos tomado un café.

—Majo de, me pone cachonda y nerviosa, o majo de, puede ser mi mejor amigo —Arqueó las cejas.

—¡Gladys! —alcé un poco la voz, dándole con el trapo que cogí de la encimera. Como tantas veces hacía ella conmigo—. No podrá ser nunca mi mejor amigo porque ese puesto le corresponde a Patrick.

—Y no hay nadie mejor que él.

—Por supuesto que no —sonreí.

—Eso pensaba. —Me dio un beso en la mejilla—. Entonces pensaré bien si con eso quieres decir que el tal Jared te pone.

—Piensa todo lo que quieras —me reí—. ¿Dónde están mis padres?

—Tu madre ha subido un momento a la habitación, tu padre debe estar esperándola en el salón. Aún quedan unos minutos para que la comida esté terminada.

—Huele que alimenta.

—Es tu preferida —me sonrió.

—Lo sé. —La abracé—. Voy con mi padre.

—Vale, cariño. Ahora nos vemos en la comida.

—Sí, pero vendré antes para ayudarte a poner la mesa.

Le di otro beso y salí de la cocina, para ir al salón.

Capítulo 15

Como me había dicho Gladys encontré a mi padre en el salón. Estaba sentado en el sofá, frente al fuego de la chimenea. Encenderla había sido cosa de mi madre, como siempre. No me hacía falta preguntar, mi padre parecía que nunca pasaba un frío exagerado.

—Papá —lo llamé rodeando el sofá.

—Hija —se levantó.

Me recibió con un fuerte abrazo y cuando nos separamos, después de quitarme la chaqueta y dejarla con el bolso en un sillón, nos sentamos uno al lado del otro en el sofá.

—Hazme un buen resumen —me pidió serio y me reí.

—Ha ido bien, papá. Jared es muy simpático, me he sentido muy cómoda en todo momento.

—¿Vas a volver a verlo? —me preguntó serio.

—Quién sabe. —Me encogí de hombros—. No hemos quedado en nada, si es lo que quieres saber. Tenemos los números de teléfono del otro y si surge, pues seguramente volveremos a vernos. Aunque me gustaría que me acompañaran mis amigos, para que lo conozcan. Creo que puede ser un buen amigo.

—¿Qué parte de toda esta historia con él te hace pensar que quiera ser tu amigo y no otra cosa? —Arqueó una ceja.

—No pienso en nada porque lo único que me importa es lo que yo piense —le sonreí.

—Me parece genial que la próxima vez que quedes con él te acompañen tus amigos. Es una grandísima idea —dijo pensativo y fruncí los labios, mirándolo divertida—. Sobre todo, si va Patrick.

—Lo imaginaba —me reí.

—Y como no, me gustaría conocerlo personalmente.

—No voy a traerlo aquí la segunda vez que quede con él.

—¿Y eso por qué? —Tamborileó los dedos en el respaldo del sofá.

—Porque no, papá —le sonreí con cariño.

—Te prometo que no lo asustaré. A no ser que me dé motivos para hacerlo, claro está. —Arqueó una ceja.

—Te amo y yo te veo de diferente manera que los demás, pero no puedes evitar imponer mucho.

—Tonterías.

—Gracias por confiar en mí.

Me apoyé en su hombro y me rodeó con el brazo, apretándome contra su cuerpo.

—Siempre tienes mi confianza, cariño. Todo lo que hago para protegerte no es porque no confíe en ti. Sé la hija que tengo, pero también la mierda que se mueve fuera de nuestra protección. Es muy duro soltar —dijo pensativo.

—Y yo sé los esfuerzos que haces, como hoy, y por eso te quiero más, porque nos pones a mamá y a mí por delante, a pesar de lo que te cuesta ceder.

Me dio un beso en la cabeza y nos quedamos en silencio, observando como el fuego consumía los troncos. Así estuvimos hasta que me acordé de algo.

—Jolines, se me olvidaba otra vez sacar el tema de porque me has pedido esta mañana que viniera cuando pudiese.

—A mí no, pero pensaba decírtelo después de comer.

—¿De qué se trata?

—Ven.

Nos separamos y se levantó del sofá. Lo seguí, salimos del salón y nos dirigimos a su despacho, el que se encontraba a cuatro puertas. Cuando entramos mi padre se dirigió a su escritorio y yo hice lo mismo, pero quedándome al otro lado, frente a él.

—No te he dicho nada porque no quería que te pusieras nerviosa.

Lo miré sin entender a lo que se refería, hasta que sacó un sobre de un cajón.

—¿Es… es lo que pienso que es? —le pregunté casi susurrando.

—Sí —me confirmó y contuve la respiración, buscando su mirada—. Archie vació ayer por la noche los buzones y entre todo lo que cogió estaba esto. En el tuyo no había nada, se equivocaron al meterla. Es lo único que había para ti.

Acarició el sobre, antes de dejarlo sobre la mesa y deslizarlo hacia mí. Lo cogí con manos temblorosas, sabiendo que el contenido iba a cambiarme la vida a nivel laboral. En lo personal tal vez también me afectaría un poco, seguramente. Mi padre rodeó la mesa y se puso a mi lado. Se sentó en el filo de su escritorio y se cruzó de brazos, observándome.

—¿Vas a abrirlo ya? —me preguntó.

—Quiero hacerlo cuando esté tranquila en casa —le contesté, mirándolo a los ojos.

—No pasa nada. Es tu decisión y tienes todo nuestro respeto y apoyo —hizo una pausa—. Da igual lo que haya dentro de ese sobre, tu madre y yo estamos muy orgullosos de ti y estaremos contigo y te apoyaremos siempre. Cuando descubras lo que hay dentro, cuando tú quieras, estaremos para escucharte.

—Gracias, papá. Sé que os tengo y que soy inmensamente afortunada por ello —dije emocionada y tragué saliva con dificultad—. No me creo que haya llegado por fin —susurré.

Me quedé observando de dónde venía la carta, pensativa y sin terminar de creerme que mi destino más próximo se decidiría con lo que contenía un simple papel. Era muy importante para mí, pero no el final si la carta que contenía el sobre me daba malas noticias. Mis padres me habían enseñado a no rendirme y era lo que pensaba hacer, hasta conseguir lo que quería.

—Guárdatela y vamos a comer, seguramente Gladys esté a punto de avisarnos.

Justo en ese momento apareció mi madre por la puerta del despacho.

—¿Os habéis escondido de mí? —nos preguntó sonriente— Hola cariño.

—Hola, mamá.

—Oooh… —fue su reacción cuando se fijó en lo que tenía entre las manos.

—Ya hablaremos —le dijo mi padre.

Colocó una mano en mi espalda y fuimos hacia mi madre.

—Sea lo que sea todo irá bien —fueron las palabras de ánimo de mi madre, mientras me daba un abrazo fuerte y rápido.

—Lo sé —le sonreí.

—Ya hemos puesto la mesa —nos informó.

—Pues no hagamos esperar a la comida —dio mi padre, agarrándola de la cintura.

Ella se rio cuando la levantó, separándole los pies del suelo. Y de esa forma, conmigo sonriendo al verlos, fuimos hacia el comedor. Yo hice una parada en el salón, para guardar en el bolso el sobre. Solté un suspiro cuando lo hice y no tardé en reunirme con mis padres y con Gladys, para pasar un buen rato en familia.

Archie no estaría hoy, al ser domingo se encontraba en su casa, lo que no quería decir que en cualquier momento se pasase por aquí.

Cuando entré en el comedor todos ocupaban sus sitios y yo fui al mío.

—¡Qué rico! —dije, mientras llenaba una cuchara con la deliciosa comida que había preparado Gladys.

Ya me habían servido en el plato y olía mejor que cuando entré en la cocina.

Disfrutamos de la compañía, de la comida y del ambiente tranquilo, con conversaciones ligeras y algunas risas. Una hora y media después, con los estómagos llenos y más que satisfechos, recogimos entre todos la mesa y lo llevamos a la cocina, donde se quedó para más tarde porque todos nos fuimos a descansar.

La primera de la que me despedí fue de Gladys, ya que se fue a su habitación. A continuación de mis padres.

—Os llamaré cuando me recupere de lo que lea, pero no sé cuándo será —me referí a la carta que contenía el sobre.

—Cuando tú quieras, cariño —me dijo mi madre, abrazándome.

Los abracé a los dos, nos dimos besos y salí por la puerta principal, donde me esperaba el coche en la entrada. Me monté y en vez de tomar la ruta más corta, la que atravesaba el jardín o el pequeño bosque, yendo sobre la hierba, decidí recorrer el camino asfaltado que iba directo hasta la verja y de ahí me desvié al camino que me llevaba a mi casa.

Una vez en el garaje, entré en la casa por la parte trasera y me dirigí a mi habitación. Saqué el móvil y el sobre del bolso y dejé este colgado en el perchero, al igual que hice con la chaqueta. Lo siguiente fue quitarme la ropa y ponerme cómoda con el pijama.

Cuando estuve preparada me subí en la cama, sobre el nórdico. Crucé las piernas y dejé el sobre a unos centímetros, mientras sujetaba con fuerza le móvil.

Desvié la mirada del sobre, para centrarla en la pantalla. Ignoré los mensajes nuevos de mis amigas, para más tarde, y entré en la conversación de Patrick.

Sarai: *Hola. ¿Estás dormido?*

Esperé impaciente, nerviosa. Eran las tres y media de la tarde, lo más normal era que a esta hora, siendo domingo, Patrick ya estuviera descansando. Para mi sorpresa me llegó su respuesta.

Patrick: *Hola, preciosa. No, aunque ya no necesites la respuesta con este mensaje. ¿Cómo ha ido la mañana con tu nuevo amigo?*

Sarai: *Todavía no puedo considerarlo amigo, pero ha ido bien.*

Patrick: *Es lo que me ha parecido, se te veía muy relajada.*

Sarai: *¡Estás de broma! No lo habrás hecho al final, ¿no? ¿Has ido al centro comercial y me has visto desde lejos?*

Patrick: *Nunca lo sabrás* —añadió una cara haciendo un guiño—. ¿Has comido?

Sarai: *Sí. Acabo de llegar de la casa de mis padres.*

Patrick: *¿No tienes sueño? ¿Vas a echarte una siesta?*

Sarai: *Ahora mismo no, estoy bastante despierta, pero me gustaría echarme un rato.*

Esperé su siguiente mensaje, pero no llegó. En cambio, la pantalla se iluminó con una llamada de mi amigo. Solté un suspiro, antes de descolgar.

—¿Qué te pasa? —me preguntó directamente, serio— ¿Por qué has dicho que te gustaría? ¿No puedes?

—Me ha llegado la carta.

—¿Qué cart…? Mierda, ¿la que estabas esperando?

—Sí. Me la ha dado mi padre antes de comer, cuando he llegado. Por lo visto el cartero se equivocó de buzón y la dejó en el de mis padres. Archie lo cogió todo, pero como era de noche lo llevó a la casa de mis padres para no molestarme tan tarde.

—¿Y qué te dicen?

—No lo sé —suspiré.

—Todavía no la has abierto —confirmó.

—No —susurré—. Quería… quería que me hicieras compañía al otro lado del teléfono, si estabas despierto. No es que no pueda hacerlo sola, pero prefiero que estés conmigo.

—En menos de doce minutos estoy ahí. No hagas nada.

—Patrick…

Lo llamé, pero sin éxito porque ya había colgado. Suspiré negando con la cabeza, pero con una sonrisa. Era lo que necesitaba, tenerlo conmigo, al igual que en todos los momentos importantes de mi vida.

Me levanté y me alejé de la cama, para ir primero al baño y después a la cocina. Saqué de la nevera una lata de refresco porque tenía la garganta seca y después de beber un poco de agua para quitarme la sed, me senté frente a la isla en un taburete y comencé a beber.

Cuando me di cuenta la puerta principal de la casa se abrió. Patrick podía entrar y salir de la propiedad sin la necesidad de avisar, ya que, si no había nadie al otro lado de la cámara de vigilancia para que le diera paso, él tenía su propio código de seguridad para abrir la verja. Cuando sucedía solo mi padre y Archie sabían que había entrado, lo identificaban enseguida. De modo que ya sabían que mi amigo estaba conmigo.

Me levanté del taburete y me asomé a la puerta de la cocina, desde donde vi a Patrick parase en el centro del salón.

—Eh —me dijo y le sonreí.

—Hola.

Caminó hacia mí y me envolvió en sus brazos, pegándome con fuerza a él.

—¿Quieres algo de beber? Me he abierto un refresco.

—No, estoy bien.

—Vale.

—¿Dónde tienes eso?

—Lo he dejado en la cama.

—Coge la lata y vamos.

Entré en la cocina y también cogí un posavasos. Fuimos a mi habitación en silencio. Mientras yo dejaba el posavasos en la mesita de noche y la lata encima, Patrick se quitó las deportivas. Nos subimos a la cama, sentados uno al lado del otro, rozando nuestras piernas dobladas. Venía cómodo, con ropa deportiva.

—Adelante —me animó—. Cuando la hayas leído nos echaremos una buena siesta. —Señaló hacia atrás, a las almohadas—. Sin importar lo que ponga en la carta. ¿De acuerdo?

—Vale —le sonreí, nerviosa.

Bajé la mirada al sobre y lo cogí con manos temblorosas. Lo abrí con torpeza, sintiendo la mirada y el apoyo constante de Patrick. Agradecí que me abrazara, que pasara el brazo por mi cintura y que se pegara más a mí.

Fue un pequeño alivio notar más el calor que desprendía y la seguridad de que pasara lo que pasara, continuaría estando en un lugar seguro.

Me dejé caer un poco contra su cuerpo y de esa forma saqué la dichosa carta, la que vimos los dos a la vez, en cuanto extendí la hoja frente a nosotros.

Capítulo 16

—Mierda.

Retiré las manos de la arcilla, cabreada porque me había despistado y ahora tenía que retocar la parte en la que había estado trabajando, lo que me llevaría más tiempo.

Solté un suspiro y dirigí la mirada hacia la ventana, por la que estuve mirando un rato. Hasta que bajé la vista al sillón que estaba enfrente, el sillón de Patrick.

Sonreí al recordar que el día anterior estuvo en él sentado, durante horas leyendo, mientras que yo trabajaba. Eso fue el sábado, hoy era domingo y yo no tendría que estar en el estudio, pero no conseguía frenar los pensamientos y lo que más me distraía era el trabajo.

Al menos eso creí, que conseguiría concentrarme tanto que dejaría la mente en blanco, pero después de estropear la parte de la escultura en la que llevaba trabajando desde que me levanté, me había quedado claro definitivamente que hoy no era el mejor día para estar encerrada en el estudio.

Ya había pasado una semana y media desde que recibí la carta y la abrí junto a Patrick, en la comodidad de mi cama. Una semana y media en la que no había podido parar de pensar.

En aquel momento cuando leí la información, justo en el instante en el que llegué a lo importante…

«Lamentamos informarle que no ha sido seleccionada. Esperamos poder contar con su aportación para proyectos futuros».

—No pasa nada —me susurró Patrick, apretándome con sus brazos—. Tendrás más oportunidades, no pararás hasta que consigas todo lo que te propongas.

—Tenía esperanza —hablé con la voz entrecortada.

—Debías tenerla. No es culpa tuya que sean imbéciles y que no aprecien lo que vale la pena. Ellos se lo pierden —dijo con voz de enfadado, haciéndome sonreír un poco.

—¿Tú crees que podré…?

—No lo dudo. No lo hagas tú —me interrumpió y suspiré.

Parpadeé varias veces rápido, para salir de los recuerdos.

Sí, me vine abajo entre los brazos de mi amigo, pero al mismo tiempo me sentí reconfortada por él. Patrick no me dejó sola, tal y como me dijo, cuando terminamos de leer la carta me la quitó de las manos y la dejó en la mesita de noche de su lado, lo más alejada posible de mi alcance.

Nos tumbamos en la cama, debajo del nórdico, y me abrazó hasta que me quedé dormida. Estuvo conmigo el resto del día. Cuando nos despertamos nos trasladamos al salón, pero antes hicimos palomitas para comérnoslas con una buena sesión de películas. Eso fue lo que hicimos y no hubiese preferido otra cosa. Y no porque Patrick me dejara elegir una de las dos películas que vimos.

No hablé con mis padres y ellos no me presionaron. Más recompuesta al día siguiente, al inicio de la semana, fui por la mañana a la casa familiar. Mi padre ya se había ido a trabajar con Archie, pero pude hablar con mi madre y con Gladys. Les conté la mala noticia, aunque ya la sabían. Que no los llamara gritando, emocionada, fue señal suficiente para que supieran que la información que contenía la carta no era buena.

Así me lo contó mi madre y también que tuvo que retener a mi padre porque quiso venir a mi casa, para consolarme. Mi madre lo frenó quitándole

la idea, ese fue otro gran esfuerzo por parte de mi padre, en el que volvió a ponernos por delante de su necesidad de protegernos. Que yo estuviera con Patrick ayudó mucho para que se contuviera.

En el paseo tranquilo que di para regresar a mi casa, cuando me despedí de mi madre y de Gladys, llamé a mi padre para hablar con calma con él y terminar de tranquilizarlo. Daba igual lo ocupado que estuviese, hacía un parón de todo para atender a su familia. Admiraba la manera en la que nos priorizaba, poniéndonos por delante.

La última vez mi madre lo llamó sin darse cuenta de la hora que era, a una hora que no tendría que haberlo llamado a no ser que sucediera algo, él estaba en una reunión muy importante, pero aun así no se lo pensó ni un segundo para salir de la sala e irse a su despacho, antes incluso de descolgar para comprobar de qué se trataba. No había llamada o mensaje que no respondiera, lo hacía parecer tan fácil, pero no debía serlo con todas las obligaciones que llevaba a sus espaldas y con tantas responsabilidades como tenía.

Dirigí la vista a la parte de la arcilla que había estropeado e hice una mueca. Levanté la mano y la acaricié, pensativa. Con la negativa que me dieron me habían privado de formar parte de un equipo privilegiado de seis escultores que sobresalían por ser extraordinarios. Estos tendrían la oportunidad de trabajar con los encargos más innovadores y exclusivos, durante varios años.

Era mi sueño y suponía muchísimo, pegar un salto en lo profesional en todos los sentidos. Estaba contenta con mi trabajo actual, el que realizaba con ilusión porque era parte de mi pasión. Y no podía quejarme, en absoluto, porque todas mis creaciones estaban muy bien miradas y solicitadas, como yo a nivel profesional.

Cada vez que comenzaba una nueva obra tenías varias esperando en cola, y eso suponía meses de trabajo. Me aportaba muchos beneficios, elevados, pero la oportunidad que había perdido era única para cualquier escultor. Era un trampolín que te llevaba directo a lo más alto.

No había podido ser, pero como le prometí a mi familia, a mis amigos, pero, sobre todo, a mí misma, no iba a rendirme. Al año siguiente volvería a presentar mi solicitud con la misma ilusión y con una nueva esperanza. A

partir de ahora tocaba esperar y tener paciencia, y así sería hasta que la carta que recibiese llegase con un mensaje positivo.

El sonido de mi móvil me hizo bajar la mano de la arcilla y girarme en el taburete. Hacía un rato que apagué la música, eso tendría que haber sido una señal más que suficiente para saber que no debería haber entrado al estudio. Cuando estaba trabajando sola siempre, siempre, lo hacía con música. Y cuanto más alta mejor.

Me levanté sin ganas del taburete y caminé hasta el móvil. Pensé que sería un mensaje de Patrick o de mis amigas en el grupo, incluso me vino a la cabeza mi madre, pero no di una. Me equivoqué, era Jared. Hacía unos días que comenzamos a escribirnos mensajes, muy de vez en cuando.

El primero en dar el paso fue él. Me envió un mensaje de buenos días en el que me dijo que esperaba que todo me fuese bien. Con mi respuesta, al cabo de unas horas porque no me enteré al estar trabajando, di comienzo a preguntarnos qué tal nos iba.

Jared no había sacado el tema de quedar otra vez y yo tampoco. No por nada, simplemente no estaba de humor ni de ánimos. Necesitaba estar en mi zona segura, con mi gente, con la que no había nada forzado porque salía todo con naturalidad.

Pareció que escuchó mi último pensamiento, el de que no había comentado nada de quedar de nuevo, porque con su mensaje…

Jared: *Hola, preciosa. ¿Qué tal va el día? Sé que es un poco tarde para proponértelo, por si ya tienes planes, pero estoy aburrido en casa y me estaba preguntando si te apetecería comer conmigo. ¿Qué me dices? Podemos ir donde se te antoje. No tengo ninguna preferencia y, aunque fuese así, hoy te dejaría elegir. No puedes decirme que no, hace bastante de nuestro primer café.*

Sarai: *Hola, Jared. El día va, que es mucho. He quedado con mi mejor amigo para comer, o más bien va a sacarme a la calle para obligarme a salir. Puedes apuntarte, sino te importa venir con nosotros.*

Jared: *Eh, ¿qué te pasa? Detecto algo raro. ¿Te encuentras bien?*

Sarai: *Gracias por preguntar. Estoy bien, es solo un día tonto.*

Jared: *De acuerdo, pero quiero que sepas que, aunque hace poco que nos conocemos y estamos en ello todavía, puedes contar conmigo para lo que necesites. Se me da bien escuchar. Mejor que hablar, así que imagínate. Ja, ja, ja…*

Sarai: *Te lo agradezco, pero no es nada. De verdad. Hay días que los ánimos van y vienen. Entonces lo de comer…*

Jared: *No te preocupes, sigue con tus planes. En otra ocasión quedaremos y me aseguraré de decírtelo con tiempo. Que disfrutes y te animes.*

Sarai: *Gracias, Jared. Adiós.*

Jared: *Prefiero hasta pronto.*

Acompañó a sus palabras con un guiño y salí de la conversación, mientras iba a la cocina. Me bebí un vaso y medio de agua con calma, mirándome por la ventana. El día estaba muy nublado, debía hacer fresco. Menos ganas me dieron de salir, pero Patrick no se dejaría convencer con nada. Se había empeñado en que necesitaba salir y de ahí no había podido sacarlo. Con la salida de hoy se calmaría con ese tema.

Me hubiese gustado que Jared se animara a venirse con nosotros, más que nada porque Patrick me había comentado en varias ocasiones que esperaba conocer pronto a Jared. Pero comprendía que a Jared le diera un poco de vergüenza, o que quisiera ir más despacio, tomándoselo con calma. A saber, pero el encuentro estaba próximo.

Dejé el vaso en el fregadero y me fui a mi habitación, donde cogí ropa del armario. Entré en el baño y con el calefactor encendido, me quité la ropa de trabajo, una sudadera y una malla. Me limpié las manos y los antebrazos, retirando los restos de arcilla, lo mismo que hice con algunos refregones que tenía en la cara. Me los quité con una toalla húmeda y después de lavé la cara. El pelo se me había salvado esta vez.

Me vestí con un pantalón y un jersey, los que me puse frente al espejo. Después de apagar el calefactor y cepillarme el pelo, me hice una trenza.

Terminé pintándome los labios con brillo y echándome perfume, antes de ir a la habitación.

Me calcé los botines planos, cogí el bolso y una chaqueta que abrigaba más que la que había estado utilizando días atrás, y fui al salón, una vez agarré el móvil.

Liberé mis manos en la mesa del salón para ir a la cocina únicamente con el móvil. Mientras la cafetera se calentaba le envié un mensaje a Patrick.

Sarai: *Hola, tardón. ¿Qué te pasa? ¿Te acuerdas de que ayer me insististe tanto en salir a comer hoy que al final tuve que aceptar para que dejaras de hacerme cosquillas? Me extraña que no hayas llegado todavía. Si no puedes venir por cualquier motivo, me sabrá mal no verte, pero estaré encantada de ponerme el pijama.*

Al final del mensaje le puse varias caras: sacando la lengua, haciendo un guiño y lanzándole un beso. Su respuesta llegó casi al instante.

Patrick: *Ja, ja, ja… muy graciosa. No me pasa nada, estoy estupendamente. Llevo cerca de ti más de media hora, en la casa de tus padres. Como venía para aquí mi padre me ha encargado que le diera algo al tuyo y he estado secuestrado en su despacho hasta ahora. Ya me ha echado a patadas para ir a buscar a tu madre, de modo que voy a por ti. Olvídate del pijama, quiero ese ánimo bien alto.*

En mis labios fue apareciendo una sonrisa, conforme fui leyendo. No le contesté porque iba a verlo en unos segundos, lo que sí hice fue preparar dos cafés en tazas pequeñas y echarles leche.

Cuando los tuve preparados, después de endulzarlos, saqué las tazas al porche para dejarlas sobre la mesa. Entré un momento a la casa para ponerme la chaqueta y esperé a mi amigo sentada en el banco.

El coche de Patrick apareció atravesando el jardín y se paró frente a la escalera del porche. Se bajó cuando levanté las dos tazas.

—¿Has sustituido el escalón? —me preguntó, subiendo la escalera.

—Hoy me apetecía sentarme en blando —le dije sonriendo—. ¿Quieres? Lo he hecho pequeño.

—Claro —agarró una de las tazas y se sentó a mi lado—. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Qué te ha dicho mi padre?

—Poca cosa, hemos estado hablando de lo de mi padre, de lo que le he dado al tuyo.

—¿Algún problema?

—No.

—Vale.

Cogí la taza con las dos manos, aunque era demasiado pequeña, pero algo me hizo para calentármelas. Bebí varios sorbos seguidos.

—Hoy hace frío.

—Y ayer, lo que pasa es que llevas días sin salir de aquí.

—Como siempre que estoy concentrada en el trabajo.

—No digo que no, pero en esta ocasión ha sido porque estás desanimada.

—Se me pasará.

—Lo sé.

—Me ha escrito Jared.

Giró la cabeza hacia mí y esperó a que continuara.

—Estaba aburrido y me ha invitado a comer. Le he dicho que iba a salir contigo para lo mismo y que si quería venirse con nosotros, pero me ha dicho que otro día sería.

—Hubiera sido una buena oportunidad para presentarnos —dijo pensativo.

—Sí, pero bueno, ya llegará ese día. ¿Qué piensas? —Coloqué la mano en su brazo.

—En nada, me he quedado ido.

—¿Dónde vamos a ir a comer?

—Como te gusta tanto el chiringuito de Marina y no pude acompañaros a Gina, a Esme y a ti cuando fuisteis, he reservado una mesa.

—Ya se me ha hecho la boca agua —dije y nos reímos—. ¿Has hablado con Marina?

—Sí, me ha atendido ella al teléfono.

—La habrás puesto muy contenta. —Lo miré de reojo.

—¿Por reservar una mesa? —Arqueó una ceja.

—No te hagas el tonto —me reí—. Sabes muy bien que le gustas mucho y que se le van los ojos detrás de ti. Ya te dije que cuando nos fuimos del restaurante nos insistió en que volviéramos pronto, pero contigo.

—No es ninguna novedad, es el efecto que provoco en las mujeres. —Me hizo un guiño.

—Serás…

Soltamos una carcajada. Lo había dicho en broma, aunque era una gran verdad. Patrick captaba muchísimo la atención, pero a él le daba igual. Siempre iba a lo suyo y la gran mayoría de las veces no se daba ni cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

Si no era de su interés no se molestaba en perder el tiempo, eso era lo que siempre me decía. Era la persona más despreocupada de lo que ocasionaba en los demás que había conocido.

—¿Nos vamos? —me preguntó.

—Sí.

Nos bebimos lo que nos quedaba de café y entré en la casa para dejar las tazas vacías y coger el bolso. Cuando salí Patrick ya me esperaba con el motor en marcha y fui directa al asiento del copiloto. Recorrimos el camino asfaltado yendo directos a la verja.

—Gracias por obligarme. Me siento mejor —le dije.

—Y mejor te sentirás dentro un rato. —Me miró de reojo.

—¿Vas a emborracharme? —le pregunté divertida.

No me respondió con palabras, pero sí con la sonrisa de medio lado que tiró de sus labios. Me quedó claro que el vino no iba a faltar durante la comida, o tal vez la sangría. Oh, esta última sí que sería un gran pecado y Patrick lo sabía porque no podía resistirme a ella, como tampoco tenía fin.

Capítulo 17

Me puse al trote, cansada y sudada, deseando terminar de recorrer los últimos metros que me separaban de mi casa.

En un principio no iba a salir a correr, pero me había sentido tan agobiada en el estudio, al no salirme el trabajo como quería, que salí del estudio cabreada y de la misma forma me desvestí y vestí, con la ropa de deporte.

Llevaba unos cuarenta minutos corriendo por el jardín, aunque no voy a mentir, tenía que descontar unos quince minutos que había estado sentada en la hierba. Simplemente no había hecho nada y eso era mucho para mí porque había encontrado un poco de paz entre el silencio que me rodeó.

En cuanto vi la casa comencé a caminar, con la respiración alterada. Aparecí en la parte trasera, así que rodeé la vivienda para ir al porche. En él me espera una sorpresa, una muy buena.

—Papás —dije sorprendida, en cuanto el porche fue visible.

Ambos estaban sentados en el banco, abrazados y en silencio, disfrutando de su compañía.

—Cariño —dijo mi madre.

Fue la primera en reaccionar. Subí la escalera y les sonreí al llegar arriba.

—Hola. ¿Y esta visita? ¿Hace mucho que esperáis?

Mi madre y yo nos reímos cuando la mantuve separada. De esa forma la besé, sacando los labios. Estaba sudada y no quería mancharla, aunque tampoco me gustaba tener mucho contacto con esta sensación. A mi padre le dio todo igual porque me abrazó, a pesar de mis protestas mientras lo hacía. Terminé riendo también, resignada.

—¿Por qué no me habéis esperado dentro de la casa? —les pregunté abriendo la puerta. La llave no estaba echada, como casi siempre.

—Una cosa es que entremos cuando sabemos que estás dentro y otra muy diferente es entrar sin que estés y no sepas que hemos venido. Es como allanar tu intimidad —me explicó mi madre.

—Tonterías, ya se lo he dicho —dijo mi padre, haciéndome reír—. Tu madre se piensa que tú pensarías que como hemos estado solos aquí, hemos aprovechado para rebuscar en tus cosas. —Negó con la cabeza.

—Sé que nunca haríais eso —comenté mirando a mi madre.

—Exacto. Es lo mismo que le he dicho yo. Como si no tuviera mis métodos para saber todo de mi hija, sin que ella lo sepa.

—¡Markus! —Jadeó mi madre.

Solté una carcajada y me quedé callada. ¿Qué iba a decir? Mi padre acababa de decir una grandísima verdad y los tres lo sabíamos.

—Amor, relájate o tendré que relajarte yo —le pidió mi padre, con una ceja arqueada.

Intenté no reírme al ver la indecisión de mi madre, al dudar si continuar para conseguir que la relajara, o dejarlo estar, por el momento. Eligió la última opción.

—No vamos a entretenerte mucho —me dijo mi madre.

—Si me ducho rápido puedo estar con vosotros y…

—No te preocupes, cariño. Tienes que arreglarte para salir.

Era sábado, ya debían ser las siete, y había quedado con Gina y Esme. Íbamos a ir a cenar a un restaurante del centro y después a tomar unas copas, donde más nos apeteciera.

Patrick en esta ocasión no nos acompañaría, ya que se fue el día anterior a pasar un fin de semana en familia, con su hermana y sus padres. Habían alquilado una casa en un pueblo que se encontraba muy cerca de una montaña nevada. No volverían hasta el domingo, después de comer.

Me desperté con varias fotografías suyas que me hicieron sonreír. En una salía Zoe lanzando la nieve al aire, por encima de su cabeza. Varias eran de paisajes nevados, muy bonitos. En otra salían los hermanos abrazados y sonriendo. Y la última era con Patrick en primer plano. Se sacó la fotografía de cerca, en la que se le veía la cara perfectamente, mientras señalaba a su espalda donde Zoe estaba tumbada en la nieve, haciendo el angelito.

No pude despertarme mejor, sabiendo lo bien que se lo estaban pasando. Patrick me pidió que fuese con ellos, Zoe casi lloró para que aceptara, incluso la madre de ambos, Emma, me llamó para que me animara a ir con ellos. Se lo agradecí a todos, pero en esta ocasión preferí quedarme aquí.

De vez en cuando, cuando surgía, hacíamos viajes todos juntos. Incluso en algunos también se sumaban mis padres, cuando mi padre podía frenar y escaparse de sus obligaciones. Emma y Owen, los padres de Patrick y Zoe, tenían una vivienda enorme y lujosa en la costa y cuando llegaba el buen tiempo íbamos mucho a disfrutar juntos. Como ya comenté, los padres de Patrick y de Zoe, y los míos, eran muy buenos amigos, desde antes de tener hijos.

Rechacé la oferta de ir a la nieve porque con los días de bajón que tuve por lo de la carta perdí mucho tiempo en el trabajo e iba con retraso. La única que se estresaba con el plazo de entrega era yo, ya que tenía margen y si me retrasaba tampoco sería grave. El tema era que no me gustaba fallar, era algo personal mío.

—¿Pasa algo? —les pregunté, pero hablé mirando fijamente a mi padre.

—No vas a adivinarlo, así que borra de tu cabeza lo que estás pensando —me pidió él, sabiendo perfectamente hacia donde se habían ido mis

pensamientos: a mi madre y su enfermedad.

—Vale —suspiré, sonriendo.

—¿De qué estáis hablando sin que me entere? —nos preguntó mi madre.

—Un padre y una hija deben tener sus pequeños secretos, ¿no? —le preguntó mi padre— ¿O acaso vosotras me contáis todo lo que habláis? —Arqueó una ceja— Porque muchas veces cuando aparezco os quedáis calladas mirándoos con complicidad, lo que agradezco infinitamente porque nunca estaré preparado para oír cosas relacionadas con el sexo estando mi hija de por medio.

—¡Markus! —gritó mi madre y después se rio.

—Eso pensaba —sonrió de medio lado él—. Vamos a lo importante. —Se centró en mí.

—¿Qué es? —le pregunté.

Mi padre metió una mano en el bolsillo de su pantalón de traje y sacó algo que al principio no supe qué era. Hasta que lo desdobló y se quedó con un sobre entre los dedos. Miré a mi madre que se agarró las manos y me observó emocionada. Después dirigí la atención de nuevo a mi padre, quien comenzó a caminar despacio hacia mí.

Cuando bajé la mirada a sus manos y distinguí el sello que había en el sobre, agrandé los ojos.

—Ya sabemos lo que pone la carta de dentro —dijo mi padre y levanté la cabeza para mirarlo a la cara, cuando se paró frente a mí—. Después de la primera estaba dispuesto a romper esta, porque bastante mal lo has pasado como para removerlo todo otra vez. Tu madre me ha convencido de que no lo hiciera, pero lo que no ha podido evitar es que abriera el sobre. Si la carta que había dentro no merecía la pena no iba a dártela. Nunca la hubieras visto.

—En cuanto Archie le dio el sobre pensó en ir contra la empresa que organiza y une a los artistas —habló mi madre y la miré sorprendida—. Tu

padre quería devolverles el daño como mejor sabe, en los negocios. Iba a ser letal.

—Papá… —susurré.

—No lo he hecho —se justificó con tranquilidad y fruncí los labios—, pero no por falta de ganas —carraspeó.

Sonreí negando y fijé la vista en el sobre que extendió para mí.

—Entonces si me lo estás dando…

—Ábrelo —me pidió, metiendo las manos en los bolsillos.

Mi madre se acercó a nosotros y se agarró del brazo de mi padre, quedándose delante de mí como él.

Solté un suspiro tembloroso y saqué rápido la carta, ya que el sobre estaba roto. Agarré con fuerza la hoja, cuando los ojos se me fueron directamente a la parte importante.

«Lamentamos el error tan grande que ha habido. Le pedimos disculpas y esperamos solucionarlo con esta nueva carta. Nos complace anunciarle que ha sido seleccionada en el grupo de escultores que trabajarán en nuestra empresa durante el tiempo que sea necesario, con un periodo comprendido entre los dos y cuatro años.

Enhorabuena, le damos la bienvenida. Cuando nos confirme que acepta, en el número de teléfono que se detalla al final de esta circular, le enviaremos por correo electrónico toda la información que le aclarará sus dudas. Igualmente estamos a su servicio para cualquier consulta».

Solté un grito y salté encima de mis padres, sin importarme una mierda el sudor, el que a estas alturas casi había desaparecido de mi cuerpo, pero no de la ropa. Nos abrazamos los tres, mientras yo no podía parar de llorar de la emoción.

—Lo has conseguido, ni niña —me dijo mi madre, igual de emocionada que yo.

—No me lo creo —me salió la voz temblorosa.

—Tienes talento, cariño. Créetelo de una vez —me pidió mi padre y lo miré retirándome las lágrimas—. Enhorabuena.

—Gracias —susurré con los labios temblando.

Volví a llorar de felicidad entre sus brazos, con mi madre abrazándonos a los dos.

—Ay, ¡qué lo he conseguido! —grité riendo, volviendo a leer la carta.

—Esta noche tienes algo que celebrar con las chicas —me dijo mi madre, sonriéndome.

—Sí —suspiré.

—Menos celebraciones que, de noche y con el alcohol, ya sabemos cómo puede terminar —habló con la voz ronca mi padre.

—Esta noche es especial —rio mi madre.

—Diana, no la animes —le advirtió.

—Mmm… os quiero muchísimo, pero tengo que ducharme ya porque como me retrase más, no estaré preparada para cuando llegue Gina.

Mis amigas venían a recogerme, Gina era la encargada de conducir esta noche.

—Vámonos Markus —le pidió mi madre, tirando de su mano. Mi padre no se movió, haciéndola reír.

Lo abracé divertida, al igual que a mi madre, y cuando mi padre decidido despegar los pies del suelo los acompañé hasta la puerta.

—Iré hasta la verja con el patinete —comenté.

—Está bien, cariño.

Me despedí de ellos y en la soledad y el silencio de mi casa, volví a leer la carta. Solté más gritos, muy emocionada, y fui corriendo a mi habitación. Tenía que esperar al lunes para llamar al número de teléfono que había al final de la carta, ya que tenían horario de lunes a viernes. Hoy sábado no encontraría a nadie.

Estaba deseando llamar, hasta que no lo hiciera no me quedaría tranquila porque igual que se equivocaron con la primera carta, podían haber repetido el error. Una vez que supiera que mi elección era segura, lo siguiente era saber con urgencia todos los detalles y cuando me incorporaría al trabajo.

Necesitaba organizarme bien para dejar terminada la escultura que tenía entre manos, aunque, que estuviera volcada en el otro trabajo no implicaba que fuese a abandonar el mío personal. Lo único que pasaría era que los plazos de entrega se alargarían en el tiempo, un poco, pero notificándolo todo estaría bien.

En cuanto lo tuviera todo claro revisaría los tres trabajos que ya había dado fechas aproximadas, para hablar con los clientes. No podía con la emoción, me temblaban hasta las manos. Continué riendo y llorando, todo a la vez, mientras sacaba del armario la ropa que me pondría para salir.

Mi elección fue una falda plisada muy mona que me llegaba hasta medio muslo y una camisa informal sin botones, de mangas tres cuartos y escote de pico. Para las piernas unas medias y en los pies unos botines con un poco de tacón. Todo ello, más la chaqueta seria mi conjunto.

Lo primero que iba a hacer era darme una ducha y una vez que hubiera adelantado, entonces llamaría a Patrick. A mis amigas les daría la noticia en persona.

La ducha me sentó genial. No me entretuve y pronto estuve secándome el pelo, el que me dejé suelto. Me maquillé un poco y salí del baño para ir a mi cama, donde me vestí. Después de calzarme volví al baño para perfumarme, eso fue lo último antes de ponerme la chaqueta y colgarme el bolso.

Cogí el móvil de la mesita de noche, donde había estado cargando, y me dirigí al salón. Tenía un mensaje de Esme de hacía pocos minutos, en el que

me avisaba de que acababa de montarse en el coche de Gina y que venían a por mí.

Era cuestión de minutos que llegaran, pero ellas no entrarían en la propiedad. No por nada, simplemente de esa forma nos ahorrábamos un poco de tiempo. Cuando me trajeran de vuelta ya era otro tema, entonces sí que Gina entraría con el coche y me dejaría frente a mi casa, para después irse de la propiedad.

Aproveché para llamar a Patrick y esperé muy impaciente a que descolgara, mientras escuchaba los tonos de llamada.

—Hola, preciosa —me saludó y sonreí de oreja a oreja.

—Holaaaa… ¡Qué me han cogido!

—¿Eh? ¿Qué dices?

—Patrick, que he sido seleccionada —le dije riendo y llorando, de nuevo. No podía controlar las emociones todavía—. Mis padres han venido con una nueva carta y en esa decía que hubo una equivocación con la primera carta. Aquella no iba destinada a mí, la de hoy sí. ¡Me seleccionaron desde el principio! ¿Te lo puede creer?

—Joder, ¡qué subidón! Pues claro que me lo creo.

—¡Síii…! —grité y nos reímos.

—No sabes cómo me alegro por ti, cariño. Me acabas de hacer muy feliz. enhorabuena.

—Gracias y sé que estás feliz por mí. Todavía lo estoy asimilando, no me lo esperaba para nada. Ha sido un giro tan repentino —suspiré—. Me parece un sueño. El lunes tengo que llamar y entonces sabré más cosas.

—Un sueño que te has ganado vivir y que te mereces. En cuanto esté ahí lo celebraremos.

—Claro —sonreí—. Tengo muchas ganas de verte. ¿Todo bien por ahí?

—Yo también. Estamos estupendamente, ahora está nevando.

—Oh, qué guay. Patrick, tengo que dejarte ya. Mañana te llamo con calma. Es que voy con prisa, cuando se han ido mis padres me he metido rápido en la ducha porque venía de correr y he quedado con las chicas. Vamos a cenar y a tomar algo, están a punto de llegar, pero quería contarte el notición.

—No te preocupes, sal y disfruta. Celébralo por mí también, pero con cuidado. Saluda a las chicas, mañana hablamos.

—Gracias. Dales besos a todos y que también disfrutéis de lo que queda de día. Te quiero.

—De tu parte. Yo también te quiero, preciosa.

Colgué con una gran sonrisa, de oreja a oreja, mientras iba hacia el garaje. De él cogí el patinete eléctrico y recorrí la casa, yendo hacia la puerta principal. No llegué mucho más lejos porque en cuanto abrí me paré de golpe.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Archie, sorprendida de verlo.

Estaba a unos pasos de la escalera del porche, apoyado en el lateral de su coche. Bueno era de mi padre, pero lo mismo era porque siempre lo conducía Archie.

—Hola —me saludó con una sonrisa.

—Hola —le devolví el gesto.

—Deja eso, yo te llevo —me dijo.

—¿Estabas esperándome? —Asintió—. Pero si le he dicho a mi padre que iría con el patinete hasta la verja.

—Sí, y por eso mismo estoy aquí. —Me hizo un guiño y sacudí la cabeza —. Además, me pilla de camino porque me voy ya a mi casa.

—Ah, vale.

Apoyé el patinete en la pared del salón y apagué la luz, antes de cerrar con llave.

—Enhorabuena, pequeña —me dijo, cuando bajé la escalera.

—Ay.

Me lancé a sus brazos con la lagrimilla suelta, de nuevo.

—Gracias.

—Me lo ha dicho tu padre. He entrado en la cocina cuando él y tu madre estaban explicándoselo a Gladys. Por cierto, ella ha llorado mucho —se rio.

—Mañana iré a verla —sonreí.

—Ya las tienes aquí —me dijo, después de sacar el teléfono.

Me enseñó la pantalla, en la que aparecía la imagen del coche de Gina con mis amigas dentro. La cámara las estaba enfocando.

—Señorita.

Sonreí cuando si inclinó hacia delante, después de abrirme la puerta del copiloto. Me reí y durante el breve recorrido hasta la verja, le conté mi versión de la gran noticia que me había llevado.

Capítulo 18

—Por nuestra amiga, ¡una exitosa escultora! —alzó la voz Esme.

—¡No grites! —le dije apurada.

Gina se rio y el alcohol no tuvo nada que ver. Esta noche estaba radiante, relajada, todo le parecía bien y se notaba su disposición para cualquier cosa.

Habíamos pedido una botella de vino para acompañar la cena, las copas las teníamos llenas por segunda vez, pero las tres íbamos bien. Por el momento. Gina estaba bebiendo porque después del restaurante elegiríamos ir caminando a uno de los *pubs* que estaban por las calles de alrededor.

No nos montaríamos en el coche hasta que nos fuéramos a casa, la noche acababa de comenzar para nosotras. Como era nuestra costumbre, a la que le tocaba conducir cortaba el beber alcohol con el tiempo necesario para no tener problemas. Eso sin contar que tampoco se excedía bebiendo. Nos íbamos turnando en las salidas que hacíamos las tres solas, a excepción de las veces que nos movíamos en taxi.

En cuanto me despedí de Archie y me bajé de su coche, corrí al de mi amiga y me lancé a la parte trasera, gritándoles que lo había conseguido. Las dos me miraron sin entenderme, tuve que explicarles lo que había sucedido y cómo. Terminamos las tres gritando, botando, riendo y llorando dentro del coche.

Seguramente mi padre estuvo viéndonos a través de la cámara, porque Gina no movió ni un centímetro el vehículo de la entrada. Me lo imaginé

sonriendo, al igual que a mi madre, ya que no me equivocaba al pensar que estaban juntos.

—Qué narices… ¡Por mí! —dije, levando mi copa.

—Así se habla —rio Esme.

Las dos chocaron sus copas con la mía y bebimos un buen trago de vino.

—Joder, qué bien entra —comentó Gina.

—Ya te digo. La próxima vez elijo yo el vino que nunca acierto y después nos cuesta beberlo —habló animada Esme y nos reímos las tres.

—Entonces hasta el lunes no puedes hacer nada —dijo pensativa Gina.

—No. —Me encogí de hombros.

—Oye, ¿qué tal Patrick? Zoe tiene que estar pasándoselo en grande —habló Esme.

—Sí. Patrick me ha enviado fotos —les dije.

Saqué el móvil y les puse en pantalla la última que recibí, mientras veníamos al restaurante. Era una fotografía en la que se veía nevar, las demás las vieron al deslizar las imágenes en la pantalla.

—Qué pasada —dijo Gina.

—Sí —suspiró Esme—. ¿No os imagináis allí? En un sofá, viendo nevar por alguna ventana y con un buen fuego encendido en una chimenea. Si no regresaran mañana os montaba en el coche después de cenar e íbamos con ellos —se rio.

—Me encantaría, pero no —les dije—. Con el giro de hoy el lunes tengo que hacer muchas cosas, aparte de llamar a la empresa con la que trabajaré. Vendré al centro para hacer varios recados, una vez sepa algo más de la aventura que tengo por delante.

—Qué pasada, cariño. —Me agarró una mano Gina, por encima de la mesa.

—Aún me parece mentira —suspiré—. Tengo un poco de miedo, no, respeto de hacer la llamada el lunes.

—¿Por si se han equivocado otra vez? —me preguntó Esme.

—Sí —me reí—. Joder, ya sería mala suerte. —Sacudí la cabeza.

—Que no, jolines —negó Gina—. La segunda carta te la han enviado a ti expresamente, después de que se dieran cuenta del fallo que cometieron.

—Esperemos que sea así —les sonreí.

—Claro que sí. —Me hizo un guiño Gina.

Nos quedamos calladas cuando el camarero se acercó para traernos los primeros platos que pedimos al poco de sentarnos a la mesa. Para empezar, nos dejó en el centro una ensalada de gambas con una decoración que entraba por los ojos. También un carpacho de bacalao con una base de tomate rallado, una bandeja con pulpo a la brasa sobre láminas de patatas cortadas muy finas, y unos mejillones en salsa picante.

Lo siguiente que nos traería el camarero sería un plato de pasta al *nero di seppia*, y dos pizzas medianas, una de cinco estaciones y otra de quesos. Estábamos en uno de los restaurantes que más nos gustaban, toda la comida la encontrábamos deliciosa y no tenía comparación con otros restaurantes del mismo estilo. Este marcaba muchísimo la diferencia.

Empezamos a comer, yo lo primero que elegí fue un mejillón con salsa picante que me supo delicioso. No pude resistirme y mojé un poco de pan en la salsa. Después continué probando el carpacho y cogí la bandeja de la ensalada, cuando Gina me la pasó. Me serví en el plato lo que quedaba, ya que mis amigas se habían repartido más o menos la misma cantidad.

—¿Qué tal te va con Cristian? —le pregunté a Esme— No nos has dicho si estás en contacto con él desde el día del parque de atracciones. —Me llevé la copa a los labios—. ¿Os habéis visto más veces? ¿Mantenéis el contacto?

—Pues la verdad es que no sé cómo me va con él, ni como estoy —contestó encogiéndose de hombros—. Es que me tiene desconcertada, me siento frustrada porque las veces que hemos estado juntos vi a ratos mucho interés, y oh, como lo pillé mirándome algunas veces —suspiró—. Pero después absolutamente nada. —Bufó—. Llevo días sin saber de él.

—Lo mismo quiere marearte hasta que caigas rendida a sus pies —comentó con humor Gina.

—Pues como me maree mucho no conseguirá levantarme nadie del suelo. —Puso los ojos en blanco, haciéndonos reír.

—¿Y porque no eres directa con él? —le propuse.

—Claro, para que me rechace. —Negó con la cabeza, con energía.

—¡Qué va a subirte el vino con tanto meneo! —le advirtió Gina, antes de reírse.

—Mierda. —Lloriqueó Esme, sujetándose la cabeza con los ojos cerrados.

—Si es que… ¿a quién se le ocurre? Anda, bebe un poco de agua —le pidió Gina, acercándole el vaso.

—Y digo yo —carraspeé, captando la atención de ambas—. ¿No es mejor un rechazo, para saber lo que hay y así si es necesario poder apartarte y dejarte de tonterías, que estar esperando, descolada y nerviosa, sin tener ni puñetera idea de cuáles son las intenciones de la otra persona? ¿Y qué si te rechaza? Si sucede sabrás a lo que atenerte, te olvidarás de él y continuarás. —Me encogí de hombros.

—¿Patrick no te ha contado nada? —me preguntó, mordisqueándose una uña.

—Él no va a hablarme de esas cosas —le aclaré—. No porque me oculte lo que pueda decirle Cristian, sino porque se queda al margen. Nunca quiere que le salpique y menos si por ambas partes son amigos suyos.

—Pues vaya mierda. —Soltó un suspiro largo y profundo.

—Es que eres masoquista —le dijo Gina—. Tienes la solución a tu alcance, rápida y sin anestesia. ¿A qué esperas? ¿Qué pasen más días, semanas o meses? Plántate delante de Cristian y pregúntale de una puñetera vez si siente algo por ti o está tonteando por pasar el rato. —Dio un golpe en la mesa con las manos y me hizo reír por el entusiasmo que le puso—. ¿Qué? Es verdad —me dijo y se unió a mis risas.

—Tenéis razón, joder. Se acabó —dijo Esme, con mucha decisión.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté cuando sacó el móvil del bolso.

—Atentas —nos pidió, con un dedo hacia arriba. Pulso la pantalla y comenzó a hablar, grabándose en un mensaje de voz—. Hola querido, ¿te acuerdas de quién soy? Mmm… ¿o estás tan ocupado con otra u otras que no recuerdas ni mi nombre? Ya te refresco yo la memoria, soy Esme, la amiga de Sarai y Patrick.

»La misma a la que quisiste llevar en tu coche al parque de atracciones, exactamente la misma con la que no dejaste de rozarte intencionadamente, poniéndome cardiaca para nada. Oh, sí, pero ¿sabes qué? Que estoy cansada de no ser nada para ti y esperar serlo.

»Ja, si quieres tener algo conmigo tienes mi número de teléfono y sabes donde vivo, si no, piérdete y desaparece de mi vida. Chao, adiós, bye. No voy a acordarme de ti esta noche que he salido con mis amigas a pasármelo en grande, ni de ahora en adelante, a no ser que me des motivos para cambiar de opinión. Y si quedamos en grupo seré todo sonrisas, pero hasta ahí, desde lejos.

—La Virgen. —Jadeó Gina, tapándose la boca con las dos manos.

—¿Me he pasado? —nos preguntó Esme.

—Mmm… pues no sabría decirte —dijo Gina y tosió al atragantarse un poco.

—No te has pasado, has sido tú misma —le contesté—. Quien te quiera tiene que querer todas tus versiones y esa es una de ellas. —Señalé su móvil —. Más clara no has podido ser, le has dejado ver parte de tus sentimientos y cómo te sientes con tanto hermetismo y tira y afloja. Ahora la última palabra la tiene él, así que a mí me parece genial lo que has hecho. —Asentí.

—Gracias. —Me hizo un puchero y le sonreí—. Pero por si acoso voy a pagar el teléfono hasta mañana, esta noche no quiero saber ni nada, ni estar pendiente de si me lee o no —suspiró.

—Dame —le pidió Gina, quitándole el móvil de la mano.

Se lo apagó y se lo guardó en su bolso, para ahorrarle la tentación durante el resto de la noche.

—Os quiero —nos dijo lloriqueando.

—Estamos apañadas. —Sacudió la cabeza Gina, riendo—. Nosotras también te queremos. —Me señaló a mí al decirlo, incluyéndome.

—Sí —le confirmé—. Ahora vamos a continuar disfrutando de la comida que viene en camino más.

Gina cogió el plato del carpacho y lo repartió entre las tres. Lo mismo hice yo con los mejillones y el pulpo con patatas, para dejar sitio en la mesa. Cuando llegó el camarero nos sirvió las pizzas y la pasta y le dimos los platos vacíos.

—Madre mía, cuanta comida —se rio Gina.

—Esto hace bulto, pero no es nada —dije señalando mi plato. Los suyos estaban iguales.

—¿Y tú cómo estás, cariño? —le preguntó Esme a Gina.

Miré de reojo a Gina. Como ya había comentado esta noche estaba radiante. Hasta la piel le brillaba más, o al menos daba esa sensación. Y la sonrisa que le salía de vez en cuando… hacía un tiempo que no veía a mi amiga de esa forma.

—Bien —fue la respuesta de Gina, antes de terminarse el carpacho.

—¿Ya está? —insistió Esme.

—¿Qué quieres que te diga? —le habló con diversión.

—Joder, yo qué sé, pero no estaría mal que fueras más explícita al responder. —Puso los ojos en blanco Esme.

—Solo puedo deciros que me siento cada vez mejor. Sé que todavía no he sanado del todo, pero voy por muy buen camino —sonrió, mirando su copa de vino—. Lo del imbécil que no voy a nombrar ya no duele, solo es una molestia, y estoy segura de que también dejará de serlo —suspiró.

»Eso sí, ya que con él no puedo cruzarme por la calle porque está a muchos kilómetros de distancia, estoy deseando que suceda con su madre —sonrió con malicia—. Voy a dejarla en ridículo, tanto y más como hizo ella con mi madre, injustamente y sin miramientos. Llegará en algún momento.

Levantó su copa y Esme y yo hicimos lo mismo, para beber después.

—¿Y esa fuerza? —le pregunté con tacto.

—No sé…

—Pues me encanta. Sea lo que sea lo que te la está proporcionando no pares. —Le hice un guiño.

Sonreí al verla ruborizarse.

—¿Te has puesto colorada? —le preguntó Esme, directamente.

—No —contestó rápido Gina.

—Sí. Claro que sí —insistió Esme.

—Será el vino —dijo Gina, riendo nerviosa.

Me llevé mi copa a los labios, observándola por encima del cristal, con una sonrisa.

—¿Estás ocultándonos algo? —Quiso saber Esme, entrecerrando los ojos —. ¿Por eso le has dicho lo de las fuerzas? —se dirigió a mí— Tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo muy importante.

—Se está quedando frío —dijo Gina, antes de meterse un mejillón en la boca—. Joder, es que está de vicio. —Se chupó los dedos y nos reímos, cuando yo hice lo mismo—. Como tardes mucho vaciamos todos los platos —le advirtió a Esme, al ver que solo nos miraba, pasando la vista de una a otra.

La reacción de Esme fue soltar un bufido, pero no insistió más. Se puso a comer como nosotras y seguimos disfrutando de la cocina, haciendo felices a nuestros estómagos y paladares.

Capítulo 19

—¡Fiesta! —gritó Esme, por delante de Gina y de mí.

Nos reímos por cómo comenzó a menear el trasero. Acabábamos de entrar en un *pub*, dispuesta a continuar y terminar la noche aquí.

Eran pasadas las doce de la noche, en el restaurante habíamos estado tan bien que alargamos el tiempo. También ayudó que el camarero se paseara por al lado de nuestra mesa con diferentes botellas de chupitos. Después de su primer ofrecimiento debimos ser muy obvias porque una vez nos sirvió, continuó apareciendo.

A pesar de tanto alcohol todavía continuábamos muy bien, el truco estaba en ir despacio y controlando. Gina los dos últimos chupitos los rechazo y se pidió un refresco. Aquí seguiría en la misma línea.

El pasillo por el que íbamos se abrió delante de nosotros en un espacio grande circular y Esme nos agarró de las manos, gritándonos que no nos quería perder. Tiró de nosotras, llevándonos hacia el centro del local, hacia la dirección de la barra más cercana.

Eso fue hasta que localizamos una mesa alta libre, con cuatro taburetes. Fue mucha suerte porque, aunque la cantidad de personas que había no llegaba al punto de comenzar a ser agobiante, sí que eran suficientes para tener que quedarnos de pie el resto de la noche. Esme nos llevó más rápido hacia la mesa, junto a la que nos sentamos en los taburetes, utilizando solo tres.

Me quité la chaqueta y me la coloqué sobre las piernas, después de colgarme el bolso cruzado. Mis amigas hicieron lo mismo.

—¿Qué queréis beber? —Nos preguntó Gina.

—Yo un gin-tonic —le dije.

—Me apunto a eso. —Dio una palmada Esme.

—No se os ocurra moveros. Ahora vengo.

—Espera. Te acompaño —dijo Esme.

Dejaron sus chaquetas en los taburetes, aunque igualmente los acerqué a mí con un pie. Apoyé los brazos en la mesa y observé a mi alrededor, el local. El ambiente estaba muy animado, la música sonaba alta y las bebidas, fuesen del tipo que fuese, se veían por todos lados. La gente bailaba en cualquier parte. Había una pista de baile justo en el centro, pero cualquier sitio era bueno para mover el cuerpo.

Los que ocupaban las mesas no se alejaban de ellas, exactamente como haríamos mis amigas y yo a partir de ahora. Para la siguiente ronda iría yo a la barra, de esa forma rotaríamos. Saqué el móvil del bolso y comprobé que eran las doce y veinte, entonces se me ocurrió enviarle una fotografía a Patrick.

Enfoqué hacia un grupo que bailaban de espaldas, capturando en la imagen una buena parte del local. Le di a enviar, escribiéndolo un pequeño mensaje.

Sarai: *Tú durmiendo y yo de fiesta. Ja, ja, ja… y lo mejor es que estoy sentada.*

Para mi sorpresa leyó el mensaje al segundo y me contestó. Pensé que estaría durmiendo ya o con el teléfono apagado, viendo alguna película al calor del fuego de la chimenea.

Patrick: *Te has adelantado mucho, preciosa. Tengo los ojos bien abiertos. De fiesta y bebida, ¿no? Envíame un audio para escuchar tu voz. Y espero que estés sentada en algo cómodo y alto, no en el suelo de cualquier parte de ese local.*

Sarai: *Sí. Ambas cosas, de fiesta y bebida, pero lo más importante y por lo que te sentirás muy orgulloso de mí: controlándolo todo* —le puse una cara con un guiño—. *No voy a hablarte ahora, olvídate del audio. Ja, ja, ja… y sí, estoy sentada en un taburete. ¿Por quién me tomas?*

Patrick: *No me hagas hablar, porque como tenga que recordarte todos los sitios en los que has puesto el culo. Ja, ja, ja… no dejes de controlar, ¿de acuerdo? No te pases bebiendo. Sigue disfrutando, preciosa.*

Sarai: *Gracias. Estoy esperando a las chicas en la mesa que hemos tenido la suerte de encontrar libre. Han ido a la barra a por la bebida, acabamos de llegar. ¿Tú qué haces?*

Patrick: *Estoy viendo una película con mi padre. Zoe hace horas que cayó rendida en la cama, mi madre también se ha dormido, pero en el sofá, recostada sobre mi padre. Aún nos queda mínimo una hora de película.*

Sarai: *Disfrútala, te dejo tranquilo.*

Nos enviamos varios mensajes más de despedida y me guardé el móvil. Mis amigas llegaron rápido con las tres consumiciones, dos gin-tonics para Esme y para mí, y un refresco para Gina.

Los siguientes minutos estuvimos en silencio, escuchando la música, meciéndonos con ella y bebiendo, mientras observábamos a nuestro alrededor.

—He estado viéndome con Yago —soltó de repente Gina, alzando la voz lo suficiente para que la escucháramos bien.

La cabeza de Esme y la mía giraron rápido hacia Gina. Tenía su vaso alargado entre las manos y le daba pequeños sorbos al refresco, a la vez que pasaba la mirada de una a otra.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Esme, consiguiendo que Gina se riera.

—Que he visto a Yago varias veces desde que nos reunimos en el bar cerca de su casa.

—¿En serio? —Jadeó Esme.

Yo la miraba con una gran sonrisa, dándole sentido a muchas cosas que había visto en ella.

—Sí —confirmó—. He dio un par de veces a su piso, a ayudarlo por lo de la escayola, y también hemos estado en una cafetería cerca de su piso. —Se colocó el pelo detrás de las orejas.

—Me acabas de dejar… ¡Qué fuerte! Pero ¿cómo se dio la primera vez? —Quiso saber Esme.

—Metimos a Patrick de por medio —se rio nerviosa.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Resulta que, después de la noche del bar del tapeo, Yago le preguntó a Patrick por mí y le pidió mi número de teléfono. Y casi al mismo tiempo, con poca diferencia, sorprendí a Patrick al hacer lo mismo que Yago —volvió a reírse.

»Le pedí por favor si podía darme el número de teléfono de su amigo y compañero de trabajo, para ir preguntándole cómo estaba, y también me interesé en si sabía algo nuevo de su estado. Así que Patrick fue a lo rápido y fácil —sonrió—. Nos dio a cada uno el número del otro y nos dijo que ya teníamos vía libre para que lo dejáramos en paz.

—Normal de Patrick —dije, riendo.

—Desde ese día estamos en contacto, tanto por mensajes como por llamadas —suspiró.

—¿Cómo está, por cierto? —le pregunté.

—Hay algunos momentos del día en los que le duele bastante la pierna, pero la mayoría del tiempo lo lleva bien —me contó y asentí—. Ya domina perfectamente las muletas y no tiene que preocuparse para ir al trabajo, Cristian o Patrick se van turnando para ir a por él y después lo llevan de vuelta a su piso.

—Estoy flipando —dijo Esme y la miramos divertidas—. Mierda, es que no me lo esperaba, me ha pillado que… —Comenzó a hacerse aire en la cara.

—¿Y qué tal? —le pregunté— Aunque solo hay que verte —le sonreí y me devolvió el gesto.

—Me siento bien. Tengo una paz que no sé cómo explicar. —Se encogió de hombros.

—Eso es muy bueno —le dije.

—Sí —me sonrió—. Yago me hace sentir de maravilla. Puedo hablar con él de lo que necesite, de lo primero que me venga a la cabeza. Siempre me escucha atento, como si fuese lo más interesante que ha escuchado nunca —se rio y Esme y yo sonreímos—. Me he sentido muy a gusto en nuestros encuentros. También he descubierto que me gustan los silencios junto a él, son cómodo y relajantes. ¿Estoy diciendo muchas tonterías? —nos preguntó con diversión, pero con un brillo en los ojos muy significativo.

—Para nada —le dije, agarrándola de una mano por encima de la mesa—. Lo que estás diciendo es maravilloso, cariño.

—¿Aparte de hablar habéis hecho otras cosas? —Quiso saber Esme— ¿Qué? Vamos a ponerle un poco más de chispa al asunto, ¿no? —dijo por como la miramos.

—Nos hemos besado —confesó Gina, ruborizada—. No sé, es que se está dando todo con tanta naturalidad entre nosotros que ni siquiera hemos hablado de ello. Como si fuese normal que sucediera. No imaginaba que terminaría sintiéndome así por Yago. —Sacudió la cabeza.

»Sé que hasta hace poco me negaba hasta a acercarme a los hombres para algo más que una amistad, como cuando me negué a la cita a ciegas —miró a Esme y esta asintió sonriéndole—. Pero es que con Yago ha surgido algo especial, sin más.

—No sabes cuanto me alegro por ti, cariño.

Me incliné hacia ella para darle un beso en la mejilla. Esme se bajó de un salto de su taburete y se acercó a nosotras, para abrazarnos a las dos.

—Está claro que te has llevado al mejor amigo —le dijo a Gina, al referirse a la diferencia que había entre Yago y Cristian—. Yo también estoy muy feliz

por ti —suspiró con expresión soñadora.

—Lo sé. Siempre cuento con vosotras —nos dijo Gina—. Ya verás como Cristian reacciona, cariño. Es un buen hombre y te trata genial, aunque no sea como quieres. —Le acarició la mejilla a Esme.

—Estoy de acuerdo. Los dos, Yago y Cristian, son estupendos. Os lo digo yo que los conozco más. —Les hice un guiño—. Lo mismo Cristian estaba esperando lo que has hecho —le comenté—. Apuesto a que de mañana no pasa.

—Jo, ojalá —hizo un puchero Esme—. Soy capaz de dejar la puerta abierta toda la noche —suspiró y nos reímos las tres—. Y ya sé que es una buena persona y un hombre muy atento, nunca voy a decir lo contrario.

»Si mi única queja es que no sé qué quiere porque a veces parece que le gustaría comerme, pero después todo se evapora tan rápido como llegó. Leche, si hasta he llegado a pensar que son imaginaciones mías. —Bufó—. Me gusta muchísimo y yo también me siento muy bien cuando estoy con él.

—No le des más vueltas esta noche —le pedí, al ver cómo se desanimaba —. Vamos a dejar el tema.

—¡Oye! —se vino arriba rápido.

—¿Qué? —le pregunté riendo, por la cara que puso.

—Con disimulo, pero ¿el que camina hacia aquí no es Jared, tu nuevo amiguito? Es que Gina y yo solo lo vimos en el chiringuito de Marina, muy poco y desde mesa a mesa —entrecerró los ojos Esme.

—Joder, pues yo diría que sí —comentó Gina, mirando de reojo.

Yo dirigí directamente la vista al hombre que se acercaba a nosotras, con una sonrisa y una copa en la mano. Detrás de él iban tres hombres más, siguiéndolo.

—Es él —les confirmé a mis amigas.

—Ha llegado el momento de conocerlo —dijo Gina.

—Eso parece —le susurré, cuando Jared estaba cerca.

—Buenas noches, preciosas —nos saludó a las tres, al pararse junto a nuestra mesa—. Qué maravillosa sorpresa y coincidencia —dijo mirándome.

—Sí —le sonreí. —. Ellas son mis amigas, Gina y Esme. —Las señalé al nombrarlas.

—Me acuerdo de sus caras, del restaurante el chiringuito. —Asintió—. Un placer.

Se acercó a ellas para darles un beso, el último fue para mí.

—Mis amigos, Rubén, Bruno y Felipe —los presentó y nosotros hicimos el resto.

—¿Hace mucho que estáis aquí? —nos preguntó Felipe, con una sonrisa muy simpática.

—No. Acabamos de pedir —le contestó Esme, levantando su copa antes de beber.

—Nosotros también hemos llegado hace poco —comentó Bruno.

—¿Qué tal? —me preguntó Jared, cuando sus amigos y las mías comenzaron a hablar entre ellos.

—Muy bien —le sonreí.

—Te sientan genial los colores de la cara.

Señaló con un gesto de la cabeza mi copa y me reí.

—Esta noche estoy de celebración —le dije.

—¿Y eso? —ladeó un poco la cabeza.

—¿Te acuerdas de que te conté que me denegaron una oportunidad única a nivel profesional?

—Sí, pero no entraste en muchos detalles.

—Lo importante es que se equivocaron —le conté emocionada.

—No fastidies. —Agrandó los ojos.

—Sí. —Solté una carcajada—. Hoy me ha llegado otra carta y me pedían disculpas por el error —sonreí de oreja a oreja—. Me seleccionaron desde el principio.

—Joder. —Negó con la cabeza—. Me alegro muchísimo, preciosa.

Acepté su abrazo feliz, porque era hablar del tema y me daba un subidón.

—Eres increíble.

Sus palabras susurras al oído me dejaron quieta. Cuando se separó me rozó la mejilla con los labios.

—Enhorabuena —me dijo con un guiño.

—Gracias. Jared yo…

No pude continuar hablando porque me puso un dedo sobre los labios, pidiéndome silencio.

—Disfrutemos de la noche y celebremos lo de tu trabajo —me pidió, con una sonrisa.

—Vale —acepté.

Cuando miré en la dirección de mis amigas Esme estaba hablando con Rubén, Bruno y Felipe, mientras que Gina estaba atenta a mí. Le rodeé la cintura con un brazo y le di un beso en la mejilla, de esa forma continuamos con la noche.

Nos reímos bastante con los amigos de Jared y él. Eran muy simpáticos, lo que agradecimos Gina, Esme y yo. La noche siguió avanzando, hasta que a las dos y media de la madrugada nosotras decidimos irnos. Nos despedimos de los

chicos, que se quedaron un rato más, y antes de irme, Jared me hizo el gesto de que me llamaría y asentí.

Salimos del *pub* agarradas de los brazos y nos dirigimos al coche de Gina, dispuestas a llegar cuanto antes a nuestras casas.

Capítulo 20

—Un momento, por favor. Le paso —me dijo la chica al otro lado de la línea.

No podía dejar de ir de una punta a la otra del salón, con el móvil en la oreja. Era lunes, las diez de la mañana, y por fin iba a hablar con alguien de la empresa a la cual pertenecía la carta que me dieron mis padres el sábado por la tarde. Más nerviosa no podía estar.

—Señorita Kaiser —habló una voz de hombre, muy formal.

—Sí, soy yo. Pero por favor, llámame Sarai.

—De acuerdo, entonces nos tutearemos Sarai. Mi nombre es Robert.

—Estupendo. Encantada —dije intentando controlar los nervios—. ¿Robert Brown? —le pregunté indecisa y desconcertada, pensando que estaba equivocándome.

—El mismo al habla —me confirmó y contuve un jadeo.

—Es un grandísimo honor para mí.

—Gracias. Puedo decir lo mismo sobre ti, Sarai. Me he informado de tu trabajo, me he interesado por tu trayectoria y he visitado tu página web. Por eso puedo decirte que me siento honrado de ser el que dirigirá el equipo en el que tú formarás parte activa. Sé ver el talento innato en una persona, el que viene dado desde la cuna, sin que sea un aprendizaje con los años, de modo

que no me equivoco cuando te digo que tienes un futuro muy prometedor. Me aseguraré de que sea así.

—No sabía… no sabía que usted… —Me llevé una mano al pecho, muy impresionada—. No sé qué decir.

—¿No habíamos quedado en hablarnos de tú a tú?

—Sí. Perdón, es que estoy muy sorprendida y alterada —me reí y escuché su risilla.

Para mí estaba viviendo otro sueño, no solo por estar hablando con Robert Brown, lo que me parecía de por sí increíble y surrealista, sino porque fuese a trabajar con él, bajo sus directrices. No podía estar más emocionada porque me valorara como acababa de hacerlo, apreciando tanto mi trabajo.

Robert era conocido en el mundillo del arte como una eminencia, desde que iniciabas los estudios de arte se referían a él como un Dios. Y lo era, ya entendéis en el sentido al que me estaba refiriendo. Robert era un escultor que cosechaba innumerables éxitos importantes, a cada cual mejor y más impactante.

Tenerlo a él de referente, siguiendo cada uno de mis pasos durante el tiempo que durara esta aventura, no estaba pagado a nivel profesional ni tampoco personal.

—Me alegra mucho recibir tu llamada, después del fallo que cometió la empresa. Te pidió disculpas de nuevo, personalmente.

—No pasa nada. Entonces es cierto que estoy dentro —dije más para mí que para él.

—Por supuesto.

Al escuchar su última confirmación solté todo el aire que había contenido, de golpe.

—Enhorabuena.

Noté la sonrisa en su voz y yo también sonreí.

—Muchas gracias. Es un sueño.

—Un sueño que has conseguido tú sola. En cuanto colguemos te enviaré por correo electrónico toda la información, aunque igualmente a partir de ahora estoy a tu disposición en este número o en el correo que recibirás. Puedes hablarme para cualquier cosa que yo te la aclararé encantado.

—Gracias.

—Puedo adelantarte la información, o al menos gran parte de ella.

—Te lo agradecería, Robert.

—Si me lo pides así no puedo negarme —me dijo con humor y sonreí—. Lo primero de todo que debes saber es que el comienzo será antes de lo previsto.

—¿Cuánto tiempo antes?

—En una semana estaremos embarcados en la nueva aventura.

—Una semana… —repetí susurrando, sorprendida.

—Exacto. ¿Supone algún problema para ti? Si necesitas incorporarte más tarde no pasa nada, el resto de tus compañeros de equipo empezaran con…

—No —lo interrumpí—. Quiero estar desde el principio con todos.

Tragué saliva dirigiendo la vista al pasillo, pensando en mi estudio y en muchas cosas más.

—¿Qué te echa para atrás? —me preguntó como si estuviera viéndome.

—Es que tengo una obra a medias y tenía pensado entregarla, al igual que una cuantas más. Con la fecha inicial que me dieron me hubiera dado tiempo, pero en una semana es imposible.

—No hay problema. Te explico, para que puedas hacerte una idea y organizarte. En un principio estaremos dentro de esta aventura un mínimo de dos años, tiempo que puede ser ampliable. De hecho, yo calculo que será más, pero eso se verá sobre la marcha.

»El tema es que dentro de una semana tenemos previsto viajar a Italia, concretamente a Florencia. Desde allí iniciaremos nuestro trabajo en conjunto. Tus cinco compañeros y tú os trasladareis junto a mí y otro compañero de profesión que me acompañará.

»No puedo decirte por cuánto tiempo estaremos en cada destino, porque después de Florencia vendrá muchos más, pero sí que el tiempo no excederá de un mes. Si no hemos terminado el trabajo regresaremos al cabo de unas semanas, para continuar.

»Una vez finalizado y cuando estemos establecidos de nuevo en nuestra ciudad, continuaremos trabajando, pero desde aquí y con otras obras, hasta que tengamos que volver a irnos. El caso es que, durante todo el tiempo, independientemente de donde nos encontremos, no frenaremos del todo nuestras vidas.

»Me refiero a que tanto tú como los demás continuaréis con vuestros trabajos personales, en lo que yo me incluyo. Eso quiere decir que el trabajo con el que estés ahora y el que tengas programado para más adelante, pueden ir contigo en cada viaje. Por las mañanas trabajaremos en equipo, desde las siete de la mañana a la una.

»Terminaremos comiendo juntos y cuando regresemos donde estemos hospedados, después de un descanso bien merecido a elección, cada uno se dedicará a lo que quiera y le apetezca. No tienes que parar tus trabajos, solo necesitarás más tiempo para llevarlos a cabo, lo que no creo que suponga un grave problema.

—En absoluto —le confirmé sonriendo—. Me quedo mucho más tranquila —suspiré—. No me gusta fallarle a nadie.

—Otro punto a favor para ti —me dijo como orgulloso y noté que me ruborizaba—. De esa forma que te he explicado irán los años que estemos juntos. Viajes, trabajo en equipo e individual, regresos a nuestras casas, una temporada en ellas, y vuelta a empezar. ¿Qué te parece?

—Estupendo. Tengo muchas ganas de comenzar.

—Me alegra escuchar eso. Estoy deseando conocerte en persona, Sarai.

—Gracias y yo también. Te admiro mucho así que te pido que no me lo tengas en cuenta si me pongo muy nerviosa cuando te tenga delante —me reí, provocando que él se uniera a mis risas.

—Lo mismo el que se pone nervioso soy yo —dijo con humor—. Te doy un consejo para que lo recuerdes siempre que tengas que ponerte delante de alguien que tú consideras importante.

—¿Cuál?

—Piensa que por mucho nombre que tenga persona, por muy relevante que sea, es igualmente un ser humano. Como tú, es una persona con una vida igual o muy parecida a la tuya, aunque te parezca mentira. Por lo tanto, trátalo como un igual, te ayudará a llevar la situación.

—Buen consejo —sonreí—. Muchas gracias, Robert.

—No hay de qué. Estamos en contacto, Sarai. En el correo electrónico que te enviaré ahora, aparte de todo lo que te he dicho, también van detallados todos los datos del viaje, los datos del vuelo, el lugar en el que nos hospedaremos, los horarios y los nombres de tus compañeros, con un poco de información añadida sobre ellos. Cualquier duda que tengas dímelo y te la aclararé encantado, estoy a tu disposición.

—Lo tendré en cuenta. Estoy deseando saberlo todo. Hasta pronto.

—Hasta pronto.

En cuanto la llamada se cortó solté un grito y comencé a saltar, riendo. Fui corriendo a la habitación para ponerme la chaqueta y coger el bolso, y me dirigí al garaje. Ya estaba preparada para salir, ya que me arreglé al poco de levantarme, antes de hacerme el desayuno.

Montada en el coche, mientras la puerta del garaje se abría, comprobé que me había llegado el correo electrónico de Robert. Sonreí de oreja a oreja y lancé el teléfono dentro del bolso. Arranqué y salí, alejándome rápido de mi casa. No fui a la verja, antes me dirigí a la casa de mis padres para contarles a

mi madre y a Gladys las últimas novedades. Eran las únicas que se encontraban en la vivienda.

En cuanto paré frente a la puerta lateral me bajé y entré como un huracán. Recorrí el pasillo y seguí al ver que la cocina estaba vacía. Al llegar al centro del gran vestíbulo seguí el sonido de las voces de las dos mujeres más importantes de mi vida.

—¡No os lo vais a creer! —grité desde la puerta y entré saltando en el salón de mi madre.

Gladys soltó un grito y mi madre dio un respingo. Ambas se giraron hacia mí, sobresaltadas. No pude evitar reírme más. Estaban sentadas en el sofá, tomando café.

—Hija, ¡qué susto! —dijo mi madre, levantándose—. ¿Qué ha pasado?

La abracé con fuerza, lo mismo que hice con Gladys que me dio una palmada en el trasero, como reprimenda. Volví a reírme.

—He hecho la llamada —les conté emocionada.

No hacía falta que les dijera a cuál en concreto me refería, lo sabían de sobra.

—¿Y? —preguntó mi madre, con impaciencia.

—Aún lo estoy asimilando —me reí.

Les expliqué con quién había hablado, la gran sorpresa que me había llevado, que todavía estaba como en *shock*, como flotando en una nube, y todo lo que me había contado Robert. Las puse al corriente hablando rápido, por la emoción y los nervios que sentía.

Las dos me miraban con una gran sonrisa, mientras me escuchaban hablar sin descanso. Cuando terminé me abrazaron con la misma ilusión que sentía yo y me dieron la enhorabuena.

—Lo de que empiezas dentro de una semana me ha dejado… —dijo mi madre, pensativa.

—A mí también, pero bueno, si tengo facilidad para llevar para delante mi trabajo personal me da igual.

—La verdad es que es un gran detalle que os permitan que no cortéis con vuestras vidas —me sonrió.

—Sí. —Asentí.

—¿Adónde vas? —me preguntó Gladys, ya que había dejado el bolso en un sillón.

—Al centro —le contesté—. Si necesitáis algo, ya que voy…

—Esta vez no, cariño. Al menos yo —me dijo mi madre.

—Yo tampoco necesito nada —habló pensativa Gladys.

—Bueno si os acordáis de algo llamadme, estaré un rato por allí. Quiero ir a varios sitios y ahora más, ya que me iré tan pronto.

—Ve ya cariño. ¿Vendrás a comer hoy? —Quiso saber mi madre.

—No. Me encerraré en el estudio en cuanto esté de vuelta, para no perder todo el día de trabajo.

—Está bien, pero que no se te pasen las horas sin que te des cuenta. Y come antes.

—Te dejaré la comida en la vitrocerámica —me dijo Gladys.

—Gracias —les sonreí a las dos.

Me despedí de ellas, me colgué el bolso y me fui de la casa, saliendo por el pasillo que daba al lateral de la casa. Una vez montada en el coche me dirigí al camino asfaltado para salir de la propiedad.

En la carretera, circulando, llamé a mi padre para darle las buenas noticias. Aunque lo de que me iba en una semana no le hizo mucha gracia. Era lo que había. A pesar de su reticencia a que me alejara se puso feliz por mí.

Durante el trayecto también hablé con Patrick, fue al siguiente al que se lo conté. No pudimos hablar mucho rato porque él estaba en su trabajo, pero le dije lo importante y quedamos en llamarnos por la tarde.

A mis amigas les envié un mensaje al grupo que compartíamos, cuando estacioné el coche en una calle del centro. No me contestaron al momento, por lo que guardé el teléfono en el bolso y salí del vehículo, para comenzar a recorrer las calles hacia las direcciones que quería ir.

Iba a aprovechar bien la mañana, para dejarlo todo hecho. Con ese pensamiento entré en la primera tienda, la que estaba dedicada íntegramente a las manualidades y a las bellas artes. Saludé a la dependienta mientras cogía un carro y comencé a caminar por el primer pasillo.

Cogí algunas herramientas y utensilios que necesitaba sustituir para la escultura y el modelado, aparte de varias cosas más. Cargué bien el carro con un poco de todo, sabiendo que me iría en una semana. Probé a comprar cosas nuevas que me llamaron la atención y cuando salí de la tienda llevé las bolsas al coche, para continuar con las demás cosas que había venido a hacer.

Capítulo 21

Me paré cuando llegué frente a un edificio, el que miré con curiosidad.

Llevaba en el centro de la ciudad casi tres horas, yendo de un lado al otro, aunque la última media hora la estaba aprovechando para dar un paseo tranquila, sin prisa y sin ir a ningún lado en concreto.

Me compré un batido que iba a quitarme el hambre para cuando llegara a casa para comer, pero me había apetecido mucho, por lo me dio igual.

Bebí por la cañita, observando la fachada del edificio y después la entrada. Recordaba perfectamente el nombre de la empresa en la que me dijo Jared que trabajaba y en este instante me encontraba justo enfrente. Un gran rótulo decoraba la parte de arriba de la puerta de acceso al edificio y en él, con letras doradas, ponía el nombre que Jared me mencionó el primer día que quedamos en el centro comercial que se encontraba a unas calles de aquí. Tenía suerte también de vivir cerca de su trabajo.

En aquel momento, cuando me habló de su empresa, no me sonó el nombre y me había quedado igual en este instante, aunque siendo una empresa relacionada con las inversiones era lo más normal.

Mis pasos me habían traído hasta aquí, pero no por nada en especial, sino porque era una calle bastante concurrida que comunicaba con muchas otras direcciones.

Volví a beber de la cañita y comencé a caminar, pero no por la acera para seguir con mi paseo. Decidí ir hacia el edificio, para preguntar por Jared. La

hora de la comida estaba muy cerca y pensé que por una vez sería yo la que diera el primer paso para vernos, aunque no sabía qué horario exactamente hacía.

Entré en el edificio y caminé hacia la recepción observando la decoración y la construcción.

—Hola —le dije al chico que estaba al otro lado.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarla?

—Pregunto por Jared —le dije, agarrándome al mostrador con una mano —. Es un amigo y puede que esté a punto de salir a comer.

—¿Jared? ¿El apellido?

—No lo sé. —Hice una mueca—. No es algo que se suela preguntar, a no ser que salga el tema por algo —dije pensativa.

—Es que ahora mismo no caigo en ningún Jared. Un momento —me pidió, antes de levantarse.

—Claro —le sonreí.

Solté un suspiro cuando me quedé sola y comencé a arrepentirme por el impulso que había tenido. Tendría que haber pasado de largo y no querer parecer una amiga simpática con mi nuevo amigo. Lo que había provocado mi impulso era que en breve me iría y supuestamente regresaría en un mes, aunque no estaba del todo segura de que se cumpliera el plazo.

—Perdone —me dijo el chico, cuando regresó—. He intentado hacer memoria y sigo sin acordarme de ningún Jared que trabaje en este edificio. Incluso le he preguntado a un compañero.

—¿Estás seguro? —Fruncí el ceño.

—Creo que sí —me sonrió.

—Eh, bueno, lo siento. Me habré equivocado —le devolví la sonrisa—. Gracias por las molestias.

—No hay de qué. Tenga un buen día.

—Igualmente.

Le di la espalda y caminé despacio hacia la salida. Cuando estuve en la calle levanté la mirada al rótulo, para leer el nombre de la empresa.

—¿Lo recuerdo mal? —me pregunté.

Como yo y las dudas no nos llevábamos muy bien, saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta, donde lo metí después de hablar un rato con mis amigas, cuando Gina y Esme me respondieron a mi primer mensaje. Lo hicieron en cuanto pudieron.

Ya estaban informadas de todas las novedades que habían llegado a mi vida, por las que se alegraron muchísimo por mí y se emocionaron, aunque también hubo lágrimas de tristeza. Esme lloró porque me iba en una semana, por un tiempo. Nos envió una foto que se hizo con la cara cubierta de lágrimas.

Entré en la aplicación de mensajes y en la conversación de Jared.

Sarai: *Hola. ¿Qué tal va el comienzo de la semana? Espero que el trabajo bien. Debo recordarlo mal porque acabo de salir de la empresa en la que creo que me dijiste que trabajabas y el chico de la recepción me ha dicho que no conoce a ningún Jared. Es que llevo un rato por el centro y como la hora de la comida está cerca, había pensado en decirte de ir a comer por aquí, para después irme a casa.*

Le di a enviar sin decirle que tenía novedades sobre el trabajo nuevo, preferí guardar la información para contársela en persona.

Rodeé la cañita con los labios y bebí un poco más. Todavía me quedaba batido y no iba a desaprovecharlo, estaba riquísimo.

Esperé unos segundos observando la pantalla del móvil, por si Jared me respondía, pero desvié la vista porque no me llegó un mensaje de él. Me encogí de hombros y en el momento que iba a salir de la conversación y bloquear el móvil, Jared me escribió.

Jared: *Hola, preciosa. Joder, vaya semanita lleva Santi. Me estoy refiriendo al chico con el que has hablado en la recepción. Es nuevo y no da una, ha tenido el mismo fallo varias veces. Pero bueno, acaba de empezar y hay que tomárselo con calma. No es el único, hay varias incorporaciones repartidas por las plantas que están igual de perdidos. Sobre Santi, es normal que todos sepamos quién es él porque solo es una persona, en cambio los demás somos demasiados y tardará meses en quedarse con nuestras caras y nombres. En fin, es lo que hay. Igualmente, no estoy en la empresa, salí hará una hora para hacer una gestión, pero hace un rato que he terminado. Estoy de camino para dejar una documentación, pero si me esperas cambio de planes y vamos a comer primero. No tardo más de diez minutos.*

Sarai: *Ah, vale. Me ha extrañado, pero es normal lo que dices. Claro, aquí te espero. Continúo en la entrada de la empresa, en la acera. Voy a sentarme en el banco que está cerca.*

Jared: *Perfecto, sé cuál dices. Voy a darme prisa, enseguida nos vemos.*

Caminé con tranquilidad hasta el banco y me senté en él. Bebiendo del batido observé la calle, el ir y venir de los vehículos y de las personas. Había mucho movimiento y actividad. Los comercios cerrarían en unos quince minutos y entonces la zona perdería un poco de fuerza, ya que estos eran un gran atractivo para las personas.

Jared cumplió el tiempo que me dijo. Sonreí y me levanté, cuando lo vi caminar directo hacia mí, a pasos ligeros. Llevaba un maletín en la mano.

—Hola —me saludó sonriente.

—Hola —imité su gesto.

Nos dimos dos besos y lo seguí cuando volvió a andar.

—Ya vendré a dejar el maletín, no quiero hacerte esperar más al subir a la planta en la que trabajo.

—Vale.

—Me ha sorprendido mucho tu visita. —Me hizo un guiño.

—Al caminar por delante de tu empresa me parecía mal pasar de largo, siendo la hora que es.

—A mí también me lo hubiera parecido si lo hubieses hecho —dijo con humor y le sonreí—. Voy a llevarte al restaurante de un amigo, está cerca de aquí y allí estaremos tranquilos. Es donde voy a comer los mediodías que tengo que volver después a trabajar.

—Estupendo.

—Te veo con un brillo diferente —me miró con interés.

—Es que hoy me ha pasado algo increíble. Está relacionado con la nueva oportunidad profesional, la que te comenté en el *pub* que se equivocaron al rechazarme, cuando estaba seleccionada desde el inicio.

—Sé a lo que te refieres. —Asintió—. Estoy deseando escuchar qué es tan increíble.

—Primero de todo he hablado con una persona que para mí es lo máximo en mi profesión, está considerado como un Dios —dije emocionada y silbó.

—Suena muy bien.

—Sí —me reí—. Cuando me ha dicho quién era me he quedado… —suspiré—. No me lo creía.

—Me lo imagino.

Nos paramos frente a la puerta de un restaurante, la que me abrió para que entrara primero. Lo hice, encontrándome con una recepción vacía.

—Ven —me pidió y fui tras él, observando las zonas de local por las que pasábamos.

Llegamos a la entrada de un salón y nos paramos. Un hombre se acercó a nosotros y por su sonrisa hacia Jared imaginé que era su amigo. Lo confirmé cuando se saludaron.

—Pablo, ella es Sarai. Una amiga.

—Encantado de conocerte —me dijo.

—Gracias. Igualmente.

—Seguidme —nos pidió.

—Llévanos a algún sitio que podamos estar tranquilos —le dijo Jared—. Es que dentro de un rato el salón principal estará al completo —me explicó y asentí sonriendo.

Ya había mesas ocupadas. Recorrimos el salón y nos paramos frente a una puerta. En cuanto Pablo la abrió vi varias mesas preparadas, era como un comedor en miniatura en el que por el momento fuimos los único en ocuparlo.

—Aquí podréis relajaros —nos dijo Pablo, haciéndole un guiño a su amigo —. Enseguida viene uno de mis chicos para atenderos. Disfrutad.

—Gracias —le dijimos Jared y yo.

En cuanto nos quedamos solos nos quitamos las chaquetas, las que colocamos sobre una silla. Jared dejó también el maletín y yo el bolso, antes de sentarme frente a él.

—Por cómo te he visto no has estado nunca en este restaurante —me dijo.

—No lo conocía. —Negué con la cabeza.

—Se come muy bien.

—Seguro que sí —le sonreí.

—Bueno, cuéntame bien que es eso tan increíble que te ha pasado, aparte de hablar con ese Dios que has mencionado.

Solté una carcajada y esperé a responderle, cuando un camarero entró al pequeño comedor. Le pedimos una botella de agua, una copa de vino para Jared y un refresco para mí. Insistió un poco en que lo acompañara con el vino, pero lo rechacé al tener que conducir después.

Le conté que en una semana me iría durante mínimo un mes y todo lo que se me presentaría a partir de ese momento. Le comenté la locura que sería esta semana, pero también lo feliz que me sentía por el giro que iba a darle a mi vida.

—No esperaba que fuese tan pronto, cuando eché la solicitud se suponía que se comenzaba a viajar pasados unos meses.

—Y estarás mucho tiempo fuera —dijo pensativo.

—Sí. Así será mi vida de ahora en adelante —me reí—. ¿Qué pasa?

No parecía alegrarse por mí. Su expresión era seria y no lo comprendí, porque hasta mis amigos íntimos habían gritado de la emoción al contarles las últimas novedades, y ellos sí que tenían todo el derecho del mundo a sentirse tristes. Como mostró Esme, pero mi amiga, a pesar de eso, no podía estar más feliz por mí. Así que simplemente no entendí a que venía su cara.

—Perdona. —Sacudió la cabeza—. No quería hacerte sentir mal, solo es que no me imaginaba nada de lo que me has contado y me he quedado pensativo. Brindo por todo lo bueno que te está pasando. —Levantó su copa de vino sonriendo y yo hice lo mismo, pero con mi refresco.

—Gracias —le dije más tranquila—. Tengo que asimilar muchas cosas y comenzar a preparar la maleta —hablé muy animada—. Estoy deseando estar en Florencia, conocer a los que serán mis compañeros durante años y comenzar a trabajar.

—Ahora vengo —dijo Jared, levantándose de repente de la silla—. Si viene el camarero pídeme esto de comida —me señaló la carta.

—¿Adónde vas? —le pregunté extrañada.

—A hablar con Pablo a ver si puede prepararnos una tarta pequeña, para celebrar en condiciones tu situación.

—No hace falta —le pedí que se sentara con gestos de las manos, pero me ignoró.

—Sé que no hace falta, pero quiero hacerlo. —Me hizo un guiño—. Hoy a ver qué puedo hacer, te he dicho que me pidas porque por poco que tarde, el camarero aparecerá antes de que vuelva.

—Vale —le dije al darme por vencida, acercando la carta a mí. Esto, ¿no? —le pregunté señalando el plato de comida que era.

—Exacto —me sonrió—. Enseguida vuelvo.

Con esas palabras me dejó sola en el pequeño comedor. El camarero entró al cabo de unos minutos y le pedí la comida para ambos, por lo que se fue igual de rápido que llegó.

Miré el reloj de pulsera varias veces y como Jared no aparecía, saqué el móvil para escribirle un mensaje a Patrick.

Sarai: *Hola. ¿Cómo va? ¿Ya estás comiendo? Yo estoy con Jared, he pasado cerca de su empresa y como la hora de comer estaba cerca hemos venido a un restaurante. No tardarán en traernos la comida y entonces me iré a casa. ¿Vendrás por la tarde? Antes ha sido tan breve nuestra conversación que no nos ha dado tiempo a quedar en nada. Mientras esté sola me encerraré en el estudio, en cuanto llegue, que será pronto. Necesito adelantar el máximo de trabajo posible antes de irme de viaje.*

Su respuesta me llegó casi al instante.

Patrick: *Hola, preciosa. Cuenta con ello, iré a tu casa para sacarte del estudio. Ahora no puedo hablar, estoy en una reunión que va a retrasar mi hora de comer. Imagínate mi humor. Disfruta tú que puedes y ten cuidado. Hasta luego.*

Me guardé el móvil mientras sonreía y bebí un poco de refresco. Jared llegó detrás del camarero, el que traía nuestra comida.

—Perdona el retraso —me dijo negando—. No le he insistido a mi amigo Pablo sobre la tarta porque la cocina está muy sobrecargada y mi petición es muy precipitada. Me he entretenido hablando con varios de sus empleados y después he ido al supermercado que está en la calle de atrás. He comprado una tarta pequeña, la que guardarán hasta que nos la traigan.

—Te has complicado mucho —dije sorprendida.

—Ya verás como merecerá la pena —sonrió de medio lado—. Te lo aseguro. Hoy es un día especial.

—Estoy convencida de que me gustará.

Capítulo 22

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó Jared, por la comida.

—Estaba todo muy bueno.

Ya habíamos terminado, acababan de llevarse los platos vacíos. En la mesa solo quedaba su copa en la que todavía tenía vino y mi vaso de refresco, junto a otro de agua.

—Necesito ir al baño, pero no sé si traerán ya la tarta —dije mirando hacia la puerta.

—Ve tranquila, no pasa nada si llegas después. Te prometo que no la tocaré el primero, ese honor es tuyo. —Me hizo un guiño.

—Vale —me reí.

Me levanté de la silla y salí del salón. En el pasillo busqué el letrerito del baño y cuando lo localicé hacia la derecha, me dirigí a esa dirección. Tuve que hacer un poco de cola, había un par de mujeres por delante de mí, pero fue bastante rápido. No me retrasé mucho, pero, aun así, cuando volví al salón, la tarta ya estaba sobre la mesa, al igual que dos copas de champán.

—Vaya —dije mientras me sentaba en mi silla.

—¿Qué te parece? —me preguntó mirándome por encima de su copa de vino.

—Me encanta. Muchas gracias. Lo que más valoro es lo que has hecho, lo que no quita que la tarta tenga una pinta espectacular —le sonreí.

Vació la copa de vino y cogió la de champán.

—Vamos —me animó a hacer lo mismo—. No va a pasarte nada por una copita., hay que brindar en condiciones.

—Unos sorbos —dije riendo.

—Por este día —habló mirándome fijamente—. Por las oportunidades que llegan sin avisar y por no dejarlas escapar.

Choqué mi copa con la suya y le di el primer sorbo al champán.

—Está rico. —Busqué la botella, para saber el nombre.

En lo referente a bebidas con alcohol era nula, solo sabía las que me gustaban porque me las aprendía de memoria, para repetir. Por ese motivo quise saber qué champán era, pero no tuve éxito.

—Solo he pedido dos copas porque como no has querido vino, imaginaba que no querrías repetir —dijo con humor Jared, al ver mi interés—. Si quieres pido…

—No. Si va a sobrarme —sonreí.

—Sería un desperdicio —imitó mi gesto.

—Ya veremos —me reí.

Jared cortó la tarta y puso un trozo en nuestros platos, empezando por el mío. Después del primer bocado volvimos a brindar y de esa forma nos lo terminamos todo en un abrir y cerrar de ojos. La tarta entraba sola y acompañada con el champán…

—Al final la he vaciado —dije mirando mi copa vacía.

—Eso parece —rio él—. Igual que yo.

—Sí —sonreí negando—. Yo voy a irme ya, Jared. Me gustaría quedarme más tiempo, pero tengo muchas cosas que hacer.

—Claro, no te preocupes. Además, aún quedan días para que te vayas a Florencia. Vamos fuera y pago.

Asentí mientras me levantaba con una sensación extraña. Me cagué en todo porque si me subía el vino, tendría que llamar a Archie para que viniera a por mí. No era por tener que dejar mi coche aquí, sino por las molestias que iba a ocasionarle a Archie.

Solté un suspiro cuando me puse la chaqueta y otro al colgarme el bolso cruzado. Me aseguré de que llevaba el móvil dentro.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —le contesté.

—De acuerdo —me sonrió.

Me colocó una mano en la espalda y salimos del salón. Con cada paso que daba tenía la sensación de que levantaba un peso extra con los pies, lo que fue poco a poco empeorando. Cerré los ojos unos segundos, por el mareo que sentí, pero me encontré peor, por lo que los abrí de golpe.

—Sarai. ¿Seguro que te encuentras bien? —insistió Jared.

—Sí, sí…

No supe si sonreí o no, pero fue mi intención. Jared me pidió que lo esperara, mientras iba hacia la barra. Me apoyé en la pared, cerca de la salida, viendo como pagaba, hablaba y reía con su amigo Pablo, el dueño del restaurante. Este, sonriente, me dijo adiós alzando una mano e imité su gesto, o algo parecido porque no llegué a levantar mucho el brazo. No pude.

El puñetero alcohol me había sentado fatal.

Cuando Jared vino hacia mí, sonriendo, me abrió la puerta y no dudé en agarrarme del brazo que me ofreció. El aire fresco de la calle me sentó bien,

pero la sensación de bienestar no me duró mucho. Solté un pequeño gemido cuando la calle comenzó a dar vueltas bajo mis pies.

—Jared… —susurré.

Dejé de caminar cuando no pude más y le agarré con fuerza del brazo.

—¿Qué? ¿Sarai?

—No me encuentro bien —continué susurrando y tragué saliva, por lo seca que se me había quedado la garganta—. Por favor, puedes… puedes.

—Shhh… claro que sí. Voy a ayudarte.

De mis labios salió un suspiro de alivio cuando dejé de sentir el suelo bajo mis pies. Noté como los brazos de Jared me envolvían y nos movíamos, pero no tuve fuerzas para mantener los ojos abiertos por más tiempo.

—Pa…trick —murmuré.

—No te entiendo —me dijo—. ¿Qué? —noté que se inclinaba hacia mí.

Intenté volver a mencionar a mi mejor a amigo, pero la lengua me pesó y no conseguí hablar. Fui perdiendo y recuperando la noción de los sonidos que me rodeaban, sin poder levantar los párpados, hasta que alguien habló.

—Hola, Jared —oí una voz de fondo.

—Hola, Manuel —le habló él.

—¿Qué le pasa a tu amiga? ¿Está bien? —se interesó el hombre.

—Ahora no, pero lo estará. Por lo visto le ha sentado mal el poco alcohol que ha bebido.

—Vaya por Dios. Si es que cuando cae mal al cuerpo… —Negó con la cabeza.

—Sí. Pero por suerte no es nada que un sueño reparador no solucione. Se pondrá bien pronto.

Fue lo último que escuché y después noté cómo mi cuerpo volvía a moverse, junto al de Jared. Me pareció oír un sonido característico del ascensor, pero toda yo estaba fuera de juego. Aun así, pude preguntarme cómo narices me había sentado tan mal el champán.

El sonido de una puerta cerrándose sonó fuerte y dejé salir un suspiro de alivio, en cuanto noté debajo de mi cuerpo una superficie blanda y algo cálido tapándome.

✤ ✤ ✤

Solté un quejido, sin entender porque me sentía dolorida. Pero lo peor era que mi mente estaba despertando, lo notaba, mientras que el cuerpo no me reaccionaba. Intenté mover las piernas, después los brazos y por último levantar la cabeza, pero no hice ningún movimiento.

Me pesaban hasta los párpados y entre eso y el desconcierto de las sensaciones, no fui capaz de entender que estaba sucediéndome. Pensé que estaba soñando, me convencí de que se trataba de eso, porque no tenía otra explicación. Sabía que me encontraba tumbada sobre algo blando y no recordaba haber llegado a mi casa, tampoco conducir hasta ella.

Ese último pensamiento me despejó la mente lo suficiente como para recordar que era imposible que hubiese conducido, por cómo me encontré al salir del restaurante. Mi memoria fallaba, tenía como lagunas en blanco. Quise llegar al momento en el que llamé a Archie para que viniera a buscarme, porque era lo único lógico para mi situación, pero no encontré ese momento en mi cabeza. Ni ese ni ninguno que me aclarara cómo había llegado a mi cama.

Si hubiese podido moverme me habría quedado inmóvil, pero como ya lo estaba lo único que hice fue concentrarme en el olor del lugar en el que me encontraba. En cuanto fui consciente de él supe que no estaba en mi casa, en

absoluto, lo que me puso mucho más nerviosa. En mi mente grité de impotencia, pero mis labios no se movieron.

Me concentré en ir muy poco a poco, en dar pasos pequeños, pero lo más seguros posibles. Toda mi atención se fue a mis ojos, al necesitar con urgencia ver. Hice un gran esfuerzo por apretar los párpados y al cabo de un tiempo y muchos intentos, pude, tan lenta como desesperadamente, abrir los párpados hasta dejarlos entreabiertos.

Dirigí la mirada hacia todos los lados. Las únicas cosas que me quedaron claras fueron que estaba en una habitación y que no la reconocí. Quise volver a gritar, pero al mismo tiempo llorar. Intenté mirarme a mí misma, aunque la posición bocarriba no me ayudó para conseguirlo. Tenía los brazos hacia arriba, los veía a los lados de mi cabeza, sobre la almohada. Poco más. Cerré los ojos para guardar fuerzas porque me costaba energía mantenerlos abiertos.

Me centré en mi respiración, para controlarla. Necesitaba aparentar que continuaba dormida, a pesar del miedo que sentía. Estaba tan asustada que no podía pensar con claridad, para saber cómo había llegado hasta aquí y quién… contuve la respiración al pensar en Jared. No, no podía ser… ¿Le habían hecho algo? ¿Algún daño? ¿Dónde estaba? ¿En qué momento nos separaron?

Un miedo intenso comenzó a apoderarse de mí, al pensar que Jared podía estar en otra habitación, en las mismas condiciones que yo. O algo peor, que quién se había asegurado de dejarme paralizada a él lo hubiese quitado de en medio, al representar una molestia innecesaria.

Pensé en mi padre, en todas las veces, tantas y tantas, que insistía y se empeñaba en la seguridad de mi madre y de mí. Quise gritarle que nunca más iba a quejarme, ni a pedirle espacio.

Noté las lágrimas resbalar por mi cara porque ni él ni Archie podían encontrarme. Mi coche tenía localizador, pero debía continuar en el mismo sitio que lo dejé aparcado. Me encontraba sola y mi padre se volvería loco en cuanto comenzara a sospechar que me había sucedido algo. Aunque para ese momento aún quedaba un tiempo.

Gladys ya hacía rato que me habría llevado el recipiente con la comida, como me dijo antes de irme de la casa de mi madre, ya que mi intención era

comer rápido para ponerme a trabajar. Nadie esperaba que saliera de mi estudio, pero claro, sí que esperaban que la cámara de la entrada me detectara al regresar, y también que la verja se abriera para darme paso al interior. Ninguna de las dos cosas había sucedido, pero no haría saltar las alarmas porque mi familia podía pensar que había quedado con alguno de mis amigos.

Pero entonces pensé en Patrick y quise llorar más porque él también se pondría mal al no encontrarme. El primero que haría saltar las alarmas sobre mí sería él, ya que habíamos quedado en que iría a mi casa en cualquier momento. En cuanto no me encontrara en el estudio, como le dije, lo primero que haría sería ir a comprobar si mi coche estaba en el garaje y después llamaría a mi padre.

No tenía sentido pensar en ello porque no tenían forma de saber donde me encontraba. Ni yo misma lo sabía.

Una pizca de esperanza comenzó a cobrar fuerza en mi interior, cuando empecé a notar un ligero cosquilleo en los pies.

—La bella durmiente comienza a despertar.

No reconocí la voz que habló, pero me sobresaltó y me produjo escalofríos. Fue lo segundo que noté en el cuerpo, lo que era buena señal. Me obligué a abrir los ojos, esta vez más que la vez anterior, y contuve la respiración al encontrarme a unos centímetros de distancia la cara de un hombre.

—Bienvenida —dijo, con una sonrisa que me gustó menos que su rostro —. No te esfuerces, todavía queda un buen rato para que todo tu cuerpo despierte. Aunque no irás muy lejos, de hecho, no podrás moverte de la cama a no ser que te liberemos las muñecas.

Solté un pequeño jadeo y quise tirar de los brazos, para comprobar si era cierto lo que acababa de decirme, pero no conseguí saber si estaba atada.

—Has tomado la mejor decisión, hijo.

Seguí la dirección de su mirada y dejé de respirar al ver a Jared de pie en el hueco de la puerta. Tenía las manos en los bolsillos del pantalón y me

observaba serio. Todas mis teorías sobre él se desmontaron, cayendo de golpe al vacío.

—Os dejo —dijo el hombre mayor, caminando hacia Jared—. Estaré en el salón, hijo, para organizar lo que haremos a partir de ahora. Tómate el tiempo que necesites.

Los ojos se me abrieron al máximo, por la impotencia y la rabia que sentí al ver lo que estaba sucediendo. Quise gritar, desgarrarme la garganta y mover las piernas para darle una patada al que creí mi amigo, una patada que le saltara todos los puñeteros dientes de su asquerosa boca.

Lo seguí con los ojos cuando entró en la habitación y cerró la puerta, dejándonos aislados. Caminó con calma hacia el lado de la cama en el que yo estaba tumbada y arrastró una silla, para sentarse en ella.

Cuando lo hizo, se echó hacia delante y apoyó los brazos en las piernas.

—Esto iba a pasar tarde o temprano, pero tú lo has acelerado al decirme que te ibas en una semana. Te estarás preguntando por qué y qué hace mi padre metido en esto, ¿no? Ya, no puedes hablar, ni moverte. —Chasqueó la lengua.

»Creo que me pasé un poquito con la dosis de la droga que le eché a tu champán —sonrió de medio lado—. Una lástima, Sarai. Sinceramente me hubiese gustado convencerte, pegarme a ti, pero sé que no lo habría conseguido porque durante todo el tiempo que ha pasado desde que nos conocemos has marcado siempre las distancias conmigo, muchas y continuas —suspiró—. Ni siquiera me ha dado tiempo a probarte, a disfrutar de cada parte de ti.

Contuve la respiración cuando sus ojos recorrieron mi cuerpo inmóvil, muy lentamente y de abajo arriba.

—Lo que cambiaré una vez vuelvas a ser tú —dijo al mirarme de nuevo a los ojos—. Cuando suceda quiero que te resistas, que estés activa —hizo una pausa—. Aunque me encargaré de que no puedas gritar —sonrió de medio lado.

»Mi lealtad es para mi padre, él es el motivo por el que me acerqué a ti la primera vez que te vi. Sabía muy bien quién eras y lo más importante, quién es

tu padre. —Agrandé los ojos—. Oh, sí, todo esto es por él. Mi padre quiere hundir al tuyo y esto es parte de un plan tramado durante largos meses. Por ahora nos está yendo de maravilla.

Se rio y su risa se me antojó como algo demasiado maligno.

—Como iba diciendo… fui a por ti, en cada uno de nuestros encuentros *«casuales»*, hasta que te convencí de quedar y hacer más normales las veces que nos veíamos. Tendría que haberme dado tiempo a sacarte información, pero no he tenido el tiempo suficiente para conseguirlo, para lograr tu confianza plena. Y ahora que te vas… bueno, te ibas —sonrió de medio lado.

»Lo que sucederá contigo será decisión de mi padre y dependerá de la actitud y del comportamiento del tuyo —suspiró—. Por tu bien espero que tu padre sepa contenerse y ofrecernos todo lo que le pidamos. Ya ves, es por puro capricho y también por venganza, ya que tu padre hundió al mío en el pasado, aunque supo reinventarse y remontar. Entre tú y yo, mi padre se lo mereció, pero mi boca está sellada al respecto. —Me hizo un guiño.

Se levantó despacio de la silla y se acercó a la cama. Mi mirada era de asco y de rabia, mucho de ambas cosas, pero él ignoró todos mis sentimientos porque era un completo extraño para mí y quería terminar conmigo. No tenía ni un poco de aprecio por mí.

—Volveré muy pronto —susurró deslizando la punta de los dedos desde mi clavícula hasta mi barriga, pasando por la curva de unos de mis pechos.

Contuve la respiración durante todo el recorrido, sintiendo nauseas.

—Y entonces te haré lo que llevo deseando hacerte desde que te vi —sonrió de medio lado—. Será muy interesante dejar de lado todo para tener un extra de diversión.

Se inclinó y cuando se incorporó tenía una especie de pañuelo entre las manos. Agrandé más los ojos, con la necesidad de resistirme, pero no pude hacer nada cuando me movió la cabeza como quiso, para colocarme el pañuelo en la boca y atarlo con fuerza detrás de mi cabeza.

—Por el momento servirá. Hasta pronto, preciosa.

Las lágrimas se resbalaron de mis ojos, cayendo por los laterales de mi cara. Cerré los párpados, concentrándome en el cosquilleo que iba aumentando por mi cuerpo. La sensación ya no solo estaba en mis pies, me llegaba hasta por encima de las rodillas. Lo primero era recobrar la movilidad y después necesitaba pensar cómo salir de aquí, urgentemente.

No quería que mi padre cediera en nada por culpa de esta gente, lo que quería era que los hundiera tanto que no pudieran levantar las cabezas nunca más. Mientras mi cuerpo iba activándose, trabajé en mí, en no caer en el pánico ni en dejarme vencer por él.

Capítulo 23

Patrick

—Dale recuerdos a Sarai —le pidió Yago, mientras bajábamos en el ascensor.

Íbamos a la planta principal del edificio de nuestra empresa, para largarnos por fin. El día de trabajo se había terminado y ya era hora porque estaba hasta las narices hoy.

Yago fue el primero en salir del ascensor, con las muletas que dominaba perfectamente. Cristian y yo lo seguimos de cerca y nos pusimos a sus lados, en cuanto pudimos.

—De vuestra parte —les dije.

—Eso, inclúyeme que este siempre se me adelanta —comentó con humor Cristian.

—En todo. Puedes decirlo —rio Yago.

—No te vengas tan arriba. Oye, quedaremos con Sarai antes de que se vaya, ¿no?

—Le gustará la idea —les dije sonriendo.

—Estupendo —habló animado Cristian, por mi respuesta—. Ya llevo yo a Yago, así puedes ir directamente a verla.

—No pasa nada.

—Por eso, como no pasa nada lo llevo yo —insistió.

—Como quieras —acepté encogiéndome de hombros.

Nos separamos en el estacionamiento de la empresa, después de despedirnos hasta el día siguiente. Fui hasta mi plaza, me monté en el coche y saqué el móvil, para enviarle un mensaje a Sarai en el que le dije que salía para allí.

No esperé su respuesta, seguramente ni lo viera, pero no por ello yo perdía la costumbre de avisarla siempre. Debía llevar un buen rato en su estudio, con la música alta y concentrada creando arte con las manos. Arranqué y me puse en marcha, tomando la dirección de su casa, en cuanto me incorporé a la carretera.

Durante el trayecto pensé en todo lo que me comentó rápido en la llamada que me hizo por la mañana. No pudimos hablar durante mucho rato, yo estaba muy liado, pero tuve tiempo suficiente para quedarme con lo más importante que me dijo. Se iba dentro de una semana y por un mes, como mínimo.

Todos supimos desde el inicio que, si la admitían dentro del grupo selecto y reducido de escultores al que a ella le hacía tanta ilusión pertenecer, su vida cambiaría bastante. Empezando por los viajes y por el tiempo lejos de su casa. Lo había conseguido, no podía sentirme más orgulloso de ella y feliz, pero su alegría y crecimiento suponían poner tierra de por medio entre nosotros.

Eso no lo llevaba nada bien, al igual que su familia, pero todos anteponíamos el bienestar de Sarai y su dicha. De ahí que cuando surgía algún tema relacionado con el gran trabajo que le habían ofrecido, sonriéramos y nos calláramos nuestro malestar.

Sería duro porque no estaba acostumbrado a separarme de ella durante tanto tiempo, pero no quedaba otra que animarla a extender sus alas y a volar. La oportunidad que tenía era única y se la había ganado, joder. Tenía un talento innato y con él hacía auténticas maravillas, aunque yo en muchas ocasiones no supiera valorarlas. No entendía una mierda cuando tenía ante mis ojos una pieza irrepetible y de la más alta calidad.

Ni puñetera idea, la verdad, y eso que llevaba toda mi vida junto a Sarai y había visto todo tipo de esculturas creadas por ella. Incluso una vez me hizo a mí en miniatura, eso sí que me dejó impresionado por la realidad que transmitía ni yo pequeño. Me lo regaló para un cumpleaños y continuaba en los primeros puestos de la lista de regalos que me había hecho Sarai a lo largo de los años. Era de los que más me gustaban y le tenía un cariño muy especial.

Me pasé la mano por el pelo, agobiado de repente. Subí el volumen de la música para ahuyentar a mis pensamientos y más o menos lo conseguí cuando llegué frente a la gran verja de hierro de la propiedad de Markus, el padre de Sarai. La cámara de vigilancia me detectó rápido y la verja comenzó a abrirse, por lo que no tuve que utilizar mi código de acceso. Entré en la propiedad y tomé el camino que llevaba a la casa de Sarai.

Estacioné a unos metros de la escalera del porche y me bajé con tranquilidad, con la misma que subí los escalones y abrí la puerta. Como ya esperaba estaba abierta, aunque cuando Sarai salía de la propiedad a veces le daba por echar la llave. Igualmente, para esos casos sabía dónde guardaba una copia.

Daba igual si estaba abierta o cerrada porque la seguridad de toda la propiedad era máxima. Markus era muy meticuloso con eso, a su familia siempre la tenía protegida.

Al entrar en la casa no dije nada, crucé el salón yendo hacia el pasillo, extrañado porque no se escuchaba música. La vivienda más silenciosa no podía estar. La puerta del estudio estaba abierta y este se encontraba vacío. Di un paso dentro, fijándome en que la zona de trabajo de Sarai estaba recogida.

Si hubiese hecho una pausa habría dejado su instrumental y herramientas en la mesa con ruedas que tenía cerca del taburete solitario y de una de las partes de la escultura con la que estaba trabajando, la que tenía fijada.

Saqué el móvil del bolsillo, pero no vi ningún mensaje ni llamada perdida de Sarai. Es más, ni siquiera había visto mi mensaje de que venía para aquí. Fruncí ligeramente el ceño y levanté la vista hacia el estudio. Todo estaba como siempre, por lo que me di media vuelta y salí de él.

Caminé directo a la puerta del garaje y cuando la abrí, comprobé que el coche de Sarai no estaba dentro. Marqué su número de teléfono y me llevé el teléfono a la oreja, para escuchar que tenía el móvil apagado. Mi sensación de malestar aumentó porque Sarai nunca, y cuando decía nunca era de esa forma, jamás se quedaba incomunicada.

Era capaz de hacer cualquier cosa, incluso subirse hasta lo más alto, para tener al menos una rayita de cobertura. Era una regla que nunca se saltaba porque se la impuso su padre cuando una vez le dijo que, si quería tener más independencia, debía estar siempre localizable cuando se encontraba fuera de la propiedad. Sin excepción.

—Joder. ¿Qué cojones…?

Cerré la puerta del garaje y recorrí todas las estancias de la casa, sin encontrar nada raro. En la cocina había un recipiente con comida que en algún momento había traído Gladys o Diana, y era lógico que continuara ahí si Sarai no había llegado.

Apreté la mandíbula porque el tío con el que había comido, el tal Jared, no me gustaba. La única vez que lo vi fue desde lejos en el parque de atracciones, cuando se acercó a Sarai y a mi hermana y habló con ellas. Más con la primera, lógicamente. Lo poco que sabía de él era lo que me había contado Sarai, pero aun así…

Le quité importancia a mis sensaciones porque la gran mayoría el problema lo tenía yo, por mi falta de tolerancia con todo lo que tenía que ver con Sarai. Si hubiese detectado algo raro cuando salía en nombre de Jared en nuestras conversaciones, yo habría actuado de otra manera, pero Sarai quiso ser su amiga y no podía ponerle una barrera en todo, solo por querer protegerla.

—¿Dónde narices estás? —dije en alto, pasándome de nuevo la mano por el pelo.

Intenté otra vez llamarla, pero obtuve el mismo resultado. Probé suerte con Gina y Esme, por separado y sin llamar la atención para que no se preocuparan. Las dos me dijeron no sabían nada de Sarai desde la última conversación por mensajes, a media mañana aproximadamente.

Salí de la casa rápido y dando un portazo, y me monté en el coche, para ir a la casa familiar. Dejé el coche frente a la puerta lateral y entré al pasillo que en este momento estaba a oscuras. No me paré al pasar por la cocina porque estaba vacía, ya que a esta hora todos debían estar descansando.

Bueno todos no porque alguien me había abierto la verja, Markus o Archie. Para ellos era normal que yo llegara a la casa de Sarai sin que ella estuviera, nos había sucedido muchas veces cuando quedábamos y estábamos ambos en la calle. De ahí que no se hubieran extrañado porque yo estaba en la propiedad y Sarai no, seguramente pensaban que ella llegaría muy pronto.

Me paré en medio del vestíbulo, pensando cómo hacerlo. Diana y Gladys debían estar en sus habitaciones, Markus y Archie en el despacho del primero, por lo que me dirigí hasta allí. Descarté que ambos estuvieran descansando también, ya que Archie, aunque no vivía bajo este techo, tenía una habitación propia siempre preparada para cuando quisiera descansar durante el día. De esa forma se ahorraba el ir a su casa, a pesar de que estaba muy cerca, a unos metros de distancia de esta propiedad y en la misma acera.

No era normal que entre semana Markus estuviera aquí a estas horas, pero de vez en cuando hacía excepciones y hoy yo había tenido suerte de que era uno de esos días. Había trabajado hasta el mediodía en la oficina y ya no volvería hasta el día siguiente. Lo sabía porque el coche que siempre conducía Archie, en el que se movían, estaba parado frente a la entrada de la casa.

Cuando llegué al despacho me lo encontré vacío, por lo que me cagué en todo, pensando que me había equivocado en mi suposición. Hasta que escuché unas voces que me hicieron saber que estaba en lo cierto. Caminé con pasos rápidos por el pasillo, directo hacia las voces.

Me paré debajo del marco de la puerta de una sala acogedora. Markus y Archie estaban sentados en un sofá, con vasos sobre la mesa baja de enfrente, mientras hablaban. No hice ningún ruido, pero algo me delató porque Archie miró enseguida en mi dirección.

—Chico —dijo sonriéndome al verme.

—Hola —los saludé, sin ganas de entablar conversación.

—Hola —me correspondió.

Su expresión dio un cambio radical cuando se fijó bien en mí. Frunció el ceño, gesto que no vio Markus porque justo en ese momento se giró hacia mí.

—¿Has quedado con mi hija aquí? —me preguntó de lado en el sofá.

—No. —Apreté la mandíbula.

El cambio de Markus también fue evidente, incluso más que el de Archie. Se levantó despacio del sofá y se quedó de cara a mí, separados por la distancia.

—¿Qué pasa, hijo? —me preguntó directamente.

—¿Tienes algún problema que podamos solucionar, chico? —Quiso saber Archie.

—No sé si estoy exagerando. Yo… —Me pasé las dos manos por el pelo y cerré los ojos por unos segundos.

—Dinos de qué se trata y te diremos si lo consideramos una exageración —me pidió Markus con voz calmada, mientras caminaba hacia mí. Archie vino con él, a su lado.

—Sabéis que Sarai no está —les dije.

—Así es —me confirmó Markus—. Ha estado toda la mañana de compras, de un lado al otro. Al menos ese era su plan hoy temprano, me lo contó en la llamada que me hizo yendo hacia el centro de la ciudad. Si no está contigo debe haber quedado para comer con Gina o Esme, o con ambas.

Negué con la cabeza, lo que provocó que los dos fruncieran el ceño.

—¿Cómo qué no? —me preguntó Markus, entrecerrando ligeramente los ojos.

—He hablado con Gina y con Esme, no saben nada de Sarai desde que hablaron por mensaje. De eso hace horas —les informé.

—Qué mierda… —dijo Archie.

—Localízala —le pidió cortante Markus.

—Enseguida.

Archie salió del salón. Markus no se movió del sitio, se quedó observándome con muchísima atención.

—Que no me has dicho, Patrick.

—Tengo un mal presentimiento.

—Te escucho.

—Sarai tiene el teléfono apagado —comencé por ahí.

La reacción de Markus fue automática. Apretó la mandíbula, sacó su teléfono, marcó el número de su hija sin apartar la vista de mí, y comprobó por él mismo que el móvil estaba apagado.

—¿Has hablado con ella hoy? —me preguntó y asentí— ¿Cuándo fue la última vez? Cuéntame todo lo que sepas de ella, pero en mi despacho. No quiero preocupar a Diana si aparece, es pronto para que baje, pero por si acaso.

Salimos del salón y no tardamos en estar dentro del despacho, en el que Archie se encontraba sentado a una mesa, frente a un ordenador. Markus cerró la puerta y me pidió que lo acompañara hasta el sofá. Cuando nos sentamos, uno al lado del otro, con Archie a nuestras espaldas, le expliqué lo poco que sabía.

—A mí también me ha llamado esta mañana, para contarme las nuevas novedades —dije para los dos porque Archie también estaba muy atento a todo lo que decía, a pesar de parecer concentrado en el portátil—. Estaba muy feliz.

Solté el aire de golpe y cuando me di cuenta tenía delante un vaso de agua.

—Gracias —se lo agradecí a Archie.

Me apretó un hombro y volvió frente al ordenador.

—En ese momento hablamos muy poco. La verdad es que he estado muy liado, he tenido un día de mierda y casi no he podido estar pendiente de ella.

—No te culpes por eso. Estabas en el trabajo y no podías saber que iba a pasar esto —intentó tranquilizarme Markus—. ¿Tienes algo?

—Todavía no, pero estoy cerca —le respondió Archie.

—Continúa —me pidió Markus.

—El caso es que la primera conversación terminó muy rápida y quedamos en hablar por la tarde, con calma. Sobre la una y media recibí un mensaje de ella, estando en una reunión. Le dije que donde me encontraba y que me iban a fastidiar la comida.

»Hablamos un poco y quedamos en que nos veríamos en su casa. Me remarcó que después de comer se iría rápido porque quería ponerse a trabajar. Al irse en una semana tiene muchísimas cosas que hacer.

—Lo sé —dijo en frialdad Markus.

—Le dije que vendría al salir del trabajo.

—¿De dónde se iría rápido? ¿Ha comido sola en el centro?

—Aquí viene una de las partes que no me gustan. —Apreté la mandíbula —. Ha comido con Jared, un nuevo amigo que se echó hace…

—Sé a quién te refieres —me interrumpió Markus—. ¿Cómo mierda ha acabado hoy mi hija con ese? —Se levantó de golpe— Archie.

—Joder, sí —dijo apurado.

—¿Qué pasa? —les pregunté poniéndome más nervioso, por sus reacciones.

Me levanté también, no podía estar por más tiempo sentado, quieto.

—Lo sabemos desde media mañana —me contestó Archie, aunque no lo entendí—. He estado investigando a ese tal Jared desde el mismo día en el que Sarai le contó a Markus y a Diana que había quedado con un chico en el centro comercial.

—Por eso he venido más pronto hoy, para hablar con mi hija y abrirle los ojos.

—¿Qué mierda sabéis? —les pregunté, pero justo en ese momento se escuchó un pitido que provenía del portátil y ninguno de los dos me respondió.

Capítulo 24

—Su nombre real es Jacob, no Jared —me explicó Archie—. Me ha costado más tiempo de la cuenta llegar hasta el fondo de su vida, pero hoy por fin he terminado por confirmarlo todo. El padre de Jacob es Thomas, con quien Markus hizo algún negocio hace años. Salió muy escaldado, a Thomas le pudo la avaricia e intentó jugársela a Markus de la peor manera. Planeo quitar de en medio a Markus y lógicamente tuvo su merecido.

»Markus lo dejó en la ruina y nos aseguramos de que se fuera lejos de aquí, tuvo suerte de que le perdonara la vida. Pero por lo visto ha vuelto, después de engañar a una heredera rica, de casarse con ella por su dinero y de no ver ni un euro, ya que el padre de la mujer es muy listo y lo blindó todo para que Thomas no pudiera tocar el dinero familiar.

»Ese es el motivo por el que ha regresado y planeó que su hijo se acercara a Sarai, porque sabe que a Markus solo se le puede hacerle daño a través de su familia. Con las personas a las que ama.

—¿Cómo has podido saber todo eso? —le pregunté impresionado, aunque conocía perfectamente hasta qué nivel llegaban Markus y él.

—Porque, aunque Markus le prometió a Sarai que no la seguiría, lo hice aquel día. No podíamos arriesgarnos, su seguridad siempre estará por encima de los enfados. Seguí a Sarai hasta el centro comercial y estuve allí presente, pero desde lejos y sin ser visto, durante todo el tiempo que estuvo con Jacob en la terraza del café. Para ella Jared.

»Cuando se fueron lo vigilé hasta saber cuál era su coche y lo seguí hasta donde vive. En cuanto supe qué edificio era me di cuenta de que algo no andaba bien, al entrar y comprobar los nombres en los buzones. Una vez tuve la matrícula fue fácil comenzar a indagar en su vida. No trabaja en ningún

sitio, todo lo que sale por su boca es mentira. He estado siguiéndolo, sé por dónde y sus costumbres. Tiene varios amigos que no son de fiar porque en cuanto los presioné un poco me contaron todo lo que sabían sobre Jacob. Igualmente, no fue suficiente, hasta hoy que hemos sabido quién es su padre y hemos atado cabos.

—Joder. —Miré a Markus.

—¿Dónde está? —le preguntó este a Archie, refiriéndose a Sarai.

—Su coche está parado en una de las calles que van a la avenida principal.

—Pero ella no estará en el coche —dije sintiéndome cada vez más desesperado—. ¿Cómo cojones vamos a encontrarla?

—No alces la voz —me pidió Markus.

Se acercó a mí y me agarró de los hombros.

—No quiero que Diana note nada raro. Hablaré con ella cuando sea necesario, antes no.

—De acuerdo —susurré—. Lo siento.

—No te disculpes cuando son tus sentimientos los que hablan.

Me agarró de la nuca con firmeza y después de me soltó de golpe.

—Llévanos a la casa de ese desgraciado —le pidió a Archie—. De camino llamaré a Saúl.

—¿Quién es ese? —le pregunté.

—El jefe del departamento de policía —me informó Archie—. Es amigo de Markus, haría cualquier cosa por él porque gracias a Markus su hija está viva. Es una larga historia.

—Eso para otro día. Vamos.

Markus habló mientras terminaba de escribir en un papel, en su escritorio. Cuando me acerqué vi que era una nota para Diana, en la que le decía que había tenido que salir, pero que volvería pronto. También que la amaba.

Tanto Archie como yo seguimos a Markus. Salimos del despacho y nos movimos lo más sigilosos posibles por el interior de la vivienda, para no hacer mucho ruido. Salimos de la casa y en cuanto nos montamos en el coche que siempre conducía Archie, este llamó a uno de los hombres de la seguridad de la propiedad, para avisarle de que salían. Normalmente los demás que se encargaban de la seguridad no se dejaban ver, a no ser que Markus o Archie así lo quisieran.

Markus llamó al tal Saúl. Le hice un resumen rápido y el policía le dijo que enviaba al domicilio al mejor de sus equipos. Saber que la policía estaba de por medio me dejó un poco más tranquilo.

—Sarai pronto estará con nosotros —dijo Archie, rompiendo el silencio.

Asentí sin poder pronunciar ni una palabra. Tenía la garganta cerrada, la sensación de malestar que sentía era tanta que notaba que a la mínima podía desatar el caos. Preferí quedarme callado, consumiéndome en la rabia y en la desesperación, a pesar de que Archie conducía rápido, demasiado. Los límites de velocidad no lo frenaron.

Cuando Archie estacionó a una calle del edificio nos bajamos y caminamos por la acera, mientras Markus hablaba por teléfono con Saúl, el jefe de policía. Este le informó de que su equipo acababa de llegar a la dirección que Markus le dio, a los que no vimos hasta que casi entramos por nuestra cuenta al edificio.

Dos hombres con uniforme nos bloquearon el paso.

—¿Markus? —preguntó el más corpulento.

—Soy yo —dijo el padre de Sarai y el hombre asintió.

—Tienen que esperar fuera —nos dijo, pasando la mirada por los tres—. No vamos a arriesgarnos a que les pase nada a ustedes y tampoco podemos

despistarnos. Tenemos que poner toda nuestra atención en el piso, pero, sobre todo, en su hija que se encuentra dentro. ¿Están seguros de que están?

—Es la única propiedad que tienen alquilada —le contestó Archie.

—De acuerdo, pues vamos a proceder. Manténganse apartados.

No fue una petición, fue una orden directa que ninguno quisimos desobedecer para no entorpecer el camino para llegar hasta Sarai. No queríamos ni pensar que ella resultara herida de alguna forma. Borré de mi mente ese pensamiento porque mi desesperación comenzó a superarme y en este instante debía hacer un esfuerzo por contenerme.

Les dimos margen a los seis policías que subieron por las escaleras, y entonces subimos nosotros. Nos quedamos en la planta de abajo donde dos de los policías tiraron la puerta abajo, sin miramientos. Me quedó claro que Saúl les había dado la orden de que fueran a por todas, seguramente asegurándoles de que si había algún problema se haría responsable él, Saúl.

Tenía claro que si fuese el caso Markus ayudaría de nuevo a Saúl.

Los tres contuvimos la respiración y tuvimos que hacer un gran esfuerzo para no salir corriendo y entrar en la casa, cuando escuchamos gritos y disparos. Hasta que todo se quedó en silencio y uno de los policías nos dijo que podíamos entrar, que el camino estaba despejado.

Subimos las escaleras corriendo. Lo primero que vimos al entrar fue un cuerpo tumbado en el suelo del pasillo. Archie me dijo que se trataba de Thomas. Estaba muerto. Otro policía nos indicó a qué habitación debíamos ir directamente y no perdimos el tiempo. Poco nos faltó para pisotear al cuerpo sin vida, pero teníamos algo más importante que hacer.

—¡Sarai! —grité en cuanto entré en la habitación.

—¡Hija! —me imitó Markus.

La reacción de ella fue emitir un sonido que sonó ronco y desgarrado, pero no pudo hablar ni moverse. Corrímos a su lado. Yo me subí en la cama y comencé a desatar los nudos que le mantenían sujeta una muñeca. Archie hizo

lo mismo con la otra, mientras que Markus le quitaba a su hija el pañuelo que tenía en la boca y le hablaba con lágrimas en los ojos, acariciándole la cara y el pelo cuando se deshizo de lo que le había dejado marcas rojas en la boca.

Sarai también estaba llorando, las lágrimas salían sin control de sus ojos. Cuando me buscó con la mirada me vine abajo y la abracé con fuerza. La incorporé un poco, sentándola conmigo, a pesar de que su cuerpo no respondía.

—Ya estás a salvo —le susurré una y otra vez al oído—. ¿Me oyes?

Nos supe cuánto tiempo pasó sin poder apartarme de ella, pero cuando lo hice me di cuenta de que su padre y Archie nos habían dejado solos.

—Sarai… Cariño, ¿estás bien?

Más lágrimas se deslizaron por sus mejillas y se las besé, queriendo eliminar todo su dolor. Cuando volví a apartarme me di cuenta de que sus ojos se habían desviado y ahora miraban detrás de mí. Fue en ese instante, en el que me giré siguiendo la dirección, en el que me di cuenta de que el cuerpo de Jared, en realidad Jacob, estaba tirado en el suelo, en una postura rara y con sangre en varios sitios del cuerpo.

Le agarré la cabeza a Sarai y se la giré para que la dejara apoyada en mi hombro. Me moví sobre la cama y la cogí en brazos, para sacarla de la habitación.

—Markus… —lo llamé cuando llegamos al salón.

Él se giró hacia nosotros, en tensión y transmitiendo tanta frialdad que me dejó paralizado por unos segundos. Lo conocía de toda la vida, pero no todas sus versiones y al Markus amenazante y destructivo no quería verlo nunca más. Aunque nosotros no teníamos que temerle, en absoluto.

En pocas zancadas se puso delante de nosotros y le di a su hija. Me costó dejarla ir.

—Gracias —me dijo y asentí.

La cogió con fuerza, pegándola a su cuerpo, mientras le susurraba palabras de ánimo con los labios en su frente. Sarai cerró los ojos, sintiéndose segura por fin, al saber que todo había terminado. Aunque no pudiera moverse ni hablar.

—Los agentes han encontrado esto en la ropa de Jacob —dijo Archie.

Tenía entre los dedos un bote pequeño vacío.

—Dentro estaba la droga que le ha dado, en cuanto los médicos lo analicen sabrán a qué atenerse —continuó explicándonos.

—La ambulancia ha llegado —nos avisó uno de los policías.

Markus salió de la casa con su hija en brazos, conmigo siguiéndolo de cerca. Archie nos dijo que se reuniría con nosotros en el hospital, se quedó para colaborar con la policía.

Cuando los dos hombres de la ambulancia se nos acercaron con una camilla, mientras colocaban el cuerpo de Sarai en ella, agradecí inmensamente que Markus les dijera que tanto él no íbamos en la ambulancia. No quería separarme de nuevo de Sarai, aunque no me quedaba otra una vez que llegáramos al hospital.

Ese momento llegó demasiado pronto, después de pasar un momento angustioso en la ambulancia, al ver que Sarai no reaccionaba con nada. Lo único que podía mover eran los párpados y los ojos.

Cuando las puertas traseras de la ambulancia se abrieron y sacaron la camilla, nos bajamos de un salto, pero no nos dio tiempo a más. Vimos a lo lejos la camilla, se la llevaron empujándola. Me pasé las manos por el pelo, varias veces.

—Se pondrá bien —me dijo Markus—. Mi hija es fuerte. Le he dado el bote que contenía la droga a uno de la ambulancia, pronto sabrán contra lo que luchan.

—Vale —cogí una bocanada de aire profunda—. Voy a hablar con Gina y Esme, sino les cuento lo que ha pasado me lo echarán en cara el resto de

nuestras vidas.

—Yo con Diana, ya no puedo ocultárselo más. Ella se lo contará a Gladys.

—Sé lo que te fastidia provocar que se ponga mal. ¿Por qué no haces otra cosa?

—¿El qué?

—No sabemos cuándo nos dirán algo de Sarai, pero teniendo en cuenta que acababan de entrarla… porque no te vas a casa para hablar con Diana en persona, así ves su reacción y puedes calmarla. Si hay alguna novedad yo te aviso, pero seguro que venís antes vosotros. Diana querrá estar aquí y Gladys también.

—Lo sé. Buena idea, hijo. Ahora mismo estoy desbordado con tantas emociones.

—Pide un taxi y que Archie vaya directamente a la casa, para traeros. Además, Gina y Esme vendrán rápido en cuanto les cuente lo que ha pasado. También hablaré con mis padres, mi padre saldrá de la empresa para venir, mi madre no podrá por Zoe.

—No te preocupes. —Me agarró de la nuca—. Ha terminado, Patrick. —Tragué saliva con dificultad—. Los dos desgraciados están muertos, no van a volver a hacerle daño. ¿Me oyes? —Asentí despacio— Pues empieza a creértelo, parece que vayas a perder el control en cualquier momento.

—Necesito verla bien —susurré.

—Lo sé. Todos lo necesitamos, pero te entiendo perfectamente. Estoy muy orgulloso de ti.

Con esas palabras y con un beso en la mejilla, se alejó de mí para ir a su casa en taxi, hasta que Archie estuviese libre.

Capítulo 25

—Pa…trick.

Al escuchar mi nombre me giré de golpe hacia Sarai y caminé rápido hasta ella.

Estábamos en una habitación de hospital, ella se encontraba tumbada en la cama y hasta ahora no se había despertado.

—Eh —susurré, inclinándome hacia ella—. ¿Cómo te encuentras?

—Estás aquí —habló con la voz ronca.

Le acaricié la mejilla y el pelo, sin apartar los ojos de los suyos.

—Siempre voy a estar aquí —le confirmé.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, las que atrapé entre los dedos en cuanto se deslizaron por su cara.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —le contesté en tensión.

Sarai todavía debía tener mucho miedo porque su pregunta sobraba. Lo sabía ella y lo sabía yo.

—Estás a salvo. Todo ha terminado, cariño.

Soltó un quejido ronco por mis palabras y cerró los ojos con fuerza. Ya comenzaba a recobrar la movilidad, aunque aún le quedaba bastante para que su cuerpo eliminara el efecto de la droga. Al menos podía hablar.

—¿Cómo me encontrasteis? —hipó, sin poder parar de llorar.

Acerqué una silla alta a la cama y me senté a su lado, para agarrarle la mano y hacerle suaves caricias, mientras le contaba lo que pasó cuando llegué a su casa, todo lo que hice y cómo me di cuenta de que sucedía algo, por lo que fui a la casa familiar.

Le dije que tuve suerte al encontrar a su padre allí, el que resultó que se fue del trabajo al mediodía, precisamente para hablar con ella y poderla alertar de Jacob. Le aclaré que Jacob era el nombre real de Jared y le conté todo lo que descubrió Archie, tanto de él como de su padre, Thomas. No me dejé ninguna información, ni siquiera la de que Archie la siguió al centro comercial el primer día que quedó con Jared para ella en aquel momento, lo que nos llevó a saber dónde vivía ese desgraciado.

—Puedes estar tranquila. —La agarré de la mandíbula con delicadeza. —¿Me oyes? No debes tener miedo por nada. En cuanto te recuperes saldrás de aquí y volverás a tu vida normal, imagino que mañana mismo. Pronto estarás haciendo las maletas para emprender el viaje que tanta ilusión te hace.

Noté una pequeñísima presión en la mano, vino de la suya que todavía no tenía la fuerza suficiente. Le devolví la presión, haciéndole saber que la había notado. Apoyé la otra mano en la almohada y me acerqué más a ella, quedándome a centímetros de distancia.

No dije nada, me quedé callado observando muy de cerca, a centímetros de distancia, el brillo de sus ojos y las pecas salteadas que tenía por la nariz y en las mejillas. Le acaricié esa zona y terminé en sus labios. Llevaba toda mi puñetera vida resistiéndome, pero en este instante, después del cúmulo de sentimientos intensos que había experimentado, no pude controlar mi necesidad de sentirla un poco más.

Coloqué el pulgar sobre su labio inferior, sin apartar la mirada de la suya. La respiración de Sarai se alteró cuando se lo froté, pasando después al

superior. Vi una chispa de desconcierto en sus ojos, pero también algo mucho más profundo.

—No puedes moverte, pero tienes la voz para pararme —le dije con mi voz ronca.

Una vez le dejé claro que ella tenía el poder, a pesar de sentirse indefensa, me dejé caer muy despacio sobre su cuerpo. Mi pecho rozó el suyo y me tomé mi tiempo para esperar una reacción suya. No llegué, Sarai no me apartó con una simple palabra, por lo que eliminé la distancia que había entre nuestros labios y dejé caer los míos sobre los suyos.

Soltó un pequeño jadeo, pero no me privé de lo que tantas veces había deseado hacer. Quizás estaba jodiéndolo todo, pero no pude evitar mover los labios sobre los suyos. Notar que ella quería hacerlo también, sentir el temblor de sus labios, me llevó a profundizar más el beso. O tal vez estaba intentando decirme que me apartara. Fue lo que hice, para asegurarme de que todo estaba bien.

No me separé mucho, nuestras narices se rozaban, y a tan corta distancia pude ver perfectamente que Sarai no había querido apartarme. También lo noté, lo percibí.

Un carraspeo a mi espalda me hizo incorporarme de golpe y girarme hacia el final de la cama. Quien había llamado mi atención era Markus. Tenía los brazos cruzados, se había apoyado en la pared, y nos observaba con mucha atención. Pero no estaba solo, en la habitación también estaban Gina y Esme, ambas con boquiabiertas por lo que habían presenciado.

Gina fue la primera en recomponerse y me dedicó una sonrisa cómplice. Asentí hacia ella, antes de buscar la mirada de Markus. Esme continuó sin reaccionar.

—Le he preguntado, me he asegurado de que… —comencé a decir, pero el padre de Sarai me interrumpió.

—Sígueme —me pidió, pero no se movió—. Deja a las chicas que hablen de sus cosas.

—Nosotras la cuidaremos —dijo Gina, haciéndome un guiño—. Vuelve ya de donde estés. —Le dio un tirón del brazo a Esme, consiguiendo su propósito.

—Patrick —me llamó Esme, entre la sorpresa y la emoción.

—Ya hablaremos —les dije, con un carraspeo.

Miré por última vez a Sarai, mientras continuaba acariciándole la mano. Me incliné hacia ella, hasta que mis labios tocaron su frente.

—Perdóname —le pedí en un susurro, antes de darle un beso.

Me alejé de ella y fui al lado de su padre, el que me esperaba. Salimos de la habitación en completo silencio y cuando llegamos a la planta baja, me agarró de la nuca y me guio para ir al bar o la cafetería del hospital. Tuve la sensación de transportarme al pasado, cuando era un niño.

Archie ocupaba una mesa de la zona amplia, por lo que nos dirigimos directamente hacia él.

—Mmm… —fue la reacción de Archie al ver cómo me tenía agarrado Markus.

—Déjate de soniditos —le dijo Markus al liberarme. Archie soltó una carcajada.

—Markus, yo… —intenté hablarle.

—Hijo, ni se te ocurra disculparte por lo que he visto. —Sacudió la cabeza —. Por lo que tienes que disculparte es por el tiempo que has perdido.

—¿Cómo? —Lo miré sorprendido y descolocado.

—Ya… creo que intuyo por dónde va el tema —comentó Archie, con expresión divertida—. Es lo que suele pasar después de mucha presión, tensión y al sentir un miedo atroz por perder a alguien a quien quieres. Los sentimientos y las emociones se disparan y son incontrolables. ¿Me equivoco?

¿Le has dicho a Sarai que la quieres y aquí el padre presente te ha pillado? —sonrió de medio lado.

—Pero qué cojones… —Los miré a los dos.

—¿Creías que no sabíamos que estás enamorado de mi hija? —me preguntó Markus, con una ceja arqueada— Lo sé desde antes de que tu querida madre te quitara el pañal.

Archie soltó otra carcajada, por la cara que se me quedó.

—Ya ves, no eres tan buen actor como pensabas —dijo Archie, cuando paró de reír—. A nosotros dos nunca nos has engañado, al igual que a tus padres tampoco. —Me hizo un guiño, dejándome más sorprendido.

—De pequeños a Sarai y a ti os dio por decir durante un tiempo que erais novios, hasta que os cansasteis y encontrasteis más divertido volver a mencionaros como amigos. ¿Pero qué mierda importa la palabra por la que defines a una persona, cuando todos sus actos, sus comportamientos y sus actitudes determinan y marcan quién es en realidad? —Se quedó pensativo Markus.

»Puedes continuar diciéndote durante el resto de tu vida que mi hija es tu mejor amiga, puedes seguir con tu lucha incansable y agotadora para que sea cierto, negándote lo que realmente deseas, pero lo que no podrás hacer nunca, jamás, es dejar de comportarme con ella como lo que eres, un hombre enamorado y protector.

—Yo… joder. —Me pasé una mano por el pelo.

—Exactamente —dijo Archie, con diversión.

—¿Qué pasará a partir de ahora? —me preguntó Markus.

—No… no lo sé. —Tragué saliva—. La he besado en un momento vulnerable para ella y yo…

—¿Por qué vulnerable y no cuando más lo necesitaba? —me preguntó Archie y Markus asintió.

—Sarai se va en una semana, su vida va a cambiar mucho y yo solo sería un estorbo para ella —hablé pensativo. Cuando me di cuenta de que estaba apretando el puño del brazo que tenía sobre la mesa, aflojé poco a poco los dedos—. Eso si es que quiere verme después de lo que he hecho.

»Le he pedido permiso, le he dicho que solo tenía que decirme una palabra para que parara, ya que no puede moverse todavía. No me ha dicho nada, pero lo mismo la he dejado tan en shock con lo que he hecho que no ha sabido reaccionar.

»Mierda, después de la experiencia traumática por la que ha pasado voy yo y… Joder, joder… Tendría que haber esperado —Me presioné el puente de la nariz.

—Tonterías —dijo Markus, descartándolo—. ¿Es que acaso piensas que mi hija no te quiere? —Elevó las cejas.

—Claro que tu hija me quiere, con locura, pero hay muchas formas de querer.

—Hijo, estás tan cegado por lo que sientes tú, que no te has dado cuenta, en todos los años que lleváis al lado del otro, de que mi hija solo tiene ojos para ti. —Sacudió la cabeza Markus y fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Que la niña está igual de enamorada de ti que tú de ella —habló Archie.

—Estáis confundiendo una cosa con otra totalmente diferente —les dije, negando con la cabeza.

—Los cojones. —Bufó Archie y después se rio.

—¿Por qué te crees que Sarai nunca ha tenido una relación seria, y los pocos intentos que ha hecho le salieron fatal? Simplemente no pudo ni podrá nunca, a no ser que sea contigo. Le encontrará fallos a todos los hombres que se le acerquen, siempre que no sean sus amigos. Y no es que esté quejándome, porque para mí no hay nadie a la altura de mi hija. Nadie excepto tú, Patrick.

—Yo…

—Abre los ojos, hijo —me pidió Archie—. Y piensa muy bien tus siguientes pasos. Sé que en tu mente te asusta el poder perder lo que has tenido hasta ahora, pero más pánico debe darte perder la oportunidad de tu vida, la de ser feliz con la mujer que amas, de una vez por todas. Los dos habéis estado tonteando con vuestras *«relaciones»* con terceras personas, con un tira y afloja que no os llevaba a ninguna parte. Ya habéis perdido demasiado tiempo, ¿no crees?

—Que mi hija se vaya de viaje a Italia por el tiempo que sea es un impedimento que solo está en tu cabeza —comentó Markus—. Por mi parte no tengo nada más que decirte, a no ser que necesites hablar y que te dé mi opinión. Lo último que te digo de este tema hoy, y te lo repetiré siempre, es que me sentiría muy orgulloso de que fueses mi yerno.

»Te adoro desde que naciste y sé que mi hija con la única persona que puede ser feliz es contigo. Aparte de que estaría muy tranquilo por cómo eres. No hace falta que te diga lo que opino de ti, Patrick, pero si lo necesitas para echar para delante, como un empujón, te lo repetiré todas las veces que sean necesarias.

—Joder, no sé qué decir —susurré.

—Las palabras sobran cuando todo está más que claro. —Me apretó un hombro Markus—. Tu corazón decidió cuando eras un niño, pero la mente conforme vas sumando años te hace dudar más. Somos de esa forma de ser, pero recuerda estas preguntas y háztelas antes de tomar la decisión equivocada…

»¿Podré aguantar al ver a Sarai con otro hombre, imaginarlos en la intimidad? ¿Si la dejo escapar podré asumir que ella tiene que hacer su vida y que le regalará a otro sus sonrisas, sus risas, su tiempo, su cariño, su amor y su pasión? Ya has contestado a ambas, ahí tienes las grandes respuestas —dijo mientras se levantaba despacio—. Voy con mi hija, hablamos en otro momento. ¿Vienes?

—No —susurré—. Es mejor que le dé tiempo a Sarai, todavía debe estar asumiendo lo que he hecho. —Cogí una bocanada de aire—. Cuando hable con ella en serio estará recuperada del todo.

—¿Qué le digo?

—Da igual porque sabrá que es una excusa, nos conocemos muy bien, pero por eso mismo también sabrá que necesito con urgencia mi espacio. Dile que he tenido que irme y que en cuanto pueda estaré a su lado, que la dejo en las mejores manos.

—De acuerdo. —Asintió Marcus.

—Yo voy a por Diana y Gladys —dijo Archie.

Me despedí de Markus e hice lo mismo con Archie, cuando salimos del hospital. Rechacé su ofrecimiento de llevarme en coche dónde quisiera, por la gran necesidad que tenía de quedarme solo. Me sentía desbordado, con un agobio monumental, las emociones me habían caído todas encima y de golpe, comenzando por el miedo que sentí por Sarai. Necesitaba respirar, notaba que el aire no me entraba lo suficiente.

Caminé por las calles sin rumbo, alejándome cada vez más del hospital. Sarai lo entendería, pero lo mejor de todo era que pronto estaría recuperada y podría salir del hospital, en cuanto los efectos de la droga desparecieran por completo de su organismo.

Era cuestión de horas, el doctor que la atendió en el ingreso en urgencia así nos lo dijo. Todos los resultados de las pruebas que le hicieron para descartar daños salieron bien y favorables, por lo que no teníamos que preocuparnos por nada.

Me perdí por la ciudad, decidido a tomar decisiones que cambiarían mi vida. Conforme fue pasando el tiempo lo tuve cada vez más claro.

Capítulo 26

Nueve días después…

Sarai

—Toma, *bella* —me dijo Maite, ofreciéndome un café que había comprado de una cafetería.

—Gracias, *amore*. —Le hice un guiño y nos reímos.

Maite era una chica muy divertida y amable, formaba parte del equipo con el que había viajado a Florencia. Sí, hoy era miércoles y llegamos el lunes. Hacía poco tiempo, pero en esta ciudad era fácil integrarse y sentirte parte de ella.

El lunes nos encontramos todos en el aeropuerto de España, allí nos presentamos personalmente y comenzó nuestra emocionante aventura. Maite, Santi, Ismael, Rosa, Eduardo y yo, el equipo exclusivo y reducido, tuvimos el grandísimo privilegio de conocer en persona a Robert Brown, nuestro jefe de equipo. Y también a Carlo, el compañero de Robert que nos acompañaría siempre como apoyo.

Robert me cayó genial, era una persona maravillosa y se mostró tal y como cuando hablé con él por teléfono. Así fue con todos desde el principio y continuaba de la misma manera. Nos había apodados sus pequeños grandes artistas, por la diferencia de edad que teníamos con él.

Ese día que llegamos, el lunes, aterrizamos en esta tierra a la una de la tarde y nos tomamos el resto del día para nosotros. Fuimos al alojamiento a dejar los equipajes y una vez libres de ellos, comimos en un restaurante que se encontraba en la misma plaza en la que estaba ubicada la gran casa que nos acogería mínimo por un mes.

La casa era íntegra para nosotros, con diez habitaciones amplias y techos muy altos, de las que sobraba una. Cada uno teníamos la nuestra y todas las estancias eran increíbles. Por ahora donde pasábamos más tiempo era en el salón, en los grandes sofás, donde nos gustaba reunirnos.

Al día siguiente, ayer, comenzamos a trabajar, o más bien nos adentramos en las explicaciones de Robert y en lo que esperaba de cada uno de nosotros. Estuvimos toda la mañana en una gran sala de una galería de arte, en la que disfrutamos como si fuéramos niños con juguetes recién estrenados.

Después de comer regresamos a la casa para descansar y la tarde la tuvimos libre. Yo no era la única que viajó con trabajo pendiente, aunque por el momento nuestras obras personales no habían llegado. Venían en un envío especial, de material muy delicado, y todos esperábamos que nos avisaran de que había llegado en unos días. Que tardasen lo que tuviesen que tardar, mientras que llegaran de una pieza, tal y como los dejamos antes del viaje.

Por la tarde salimos a dar una vuelta para conocer un poco más los alrededores y cenamos en otro restaurante de la plaza. La zona estaba muy bien porque teníamos acceso a todo, muy rápido y nada más salir de la casa.

—¿Vamos a la casa? —me preguntó Maite.

—Adelántate tú. Iré en unos minutos —le contesté.

—Vale.

Se despidió de mí y se dirigió hacia la vivienda. En ella estaban todos los demás. A Maite y a mí nos apeteció dar un pequeño paseo después de ducharnos, mientras que los demás optaron por quedarse cómodos en los sofás.

Levanté el vaso para llevármelo a los labios y bebí con la vista perdida en la plaza. Estaba sentada en un banco, separada del centro, y desde donde me encontraba lo veía todo perfectamente.

Saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta y tragué saliva. Mis amigas habían escrito en el grupo que compartíamos, era lo único que tenía en el teléfono. Lo que tanto quería y necesitaba parecía que no iba a llegar pronto, quizás nunca. Volví a tragar saliva, sintiendo un nudo en la garganta y presión en el pecho.

Cerré los ojos recordando cuando mis padres me llevaron a mi casa, el día que salí del hospital.

En aquel momento…

—Gracias —los abracé a los dos.

—¿Seguro que estarás bien aquí sola? —insistió mi madre— ¿Por qué no te vienes unos días a la casa familiar?

—Claro que estaré bien sola, mamá. Esta es mi casa —le sonreí con cariño—. Ya estoy perfectamente, no me hicieron nada más que drogarme —suspiré—. Además, os tengo a un paseo o incluso menos, si voy en el patinete eléctrico.

—Está bien —aceptó, pero no muy convencida.

—Diana, cariño, deja de preocuparte —le pidió mi padre.

—Como si tú lo hicieras alguna vez por nosotras —le echó en cara, pero con voz dulce y dándole un pequeño empujón.

Bueno, fue lo que se propuso, empujarlo de forma cariñosa, pero mi padre no se movió ni un centímetro.

—¿Sabéis algo de Patrick? —les pregunté frotándome las manos en el pantalón.

—Yo no, tesoro —negó mi madre.

—He hablado esta mañana con él —dijo mi padre y lo miramos las dos—. Está ayudando a su padre con un problema que les ha surgido en la empresa, por unos días estará muy liado. Y no es una excusa, es la realidad, hija. Patrick no te está evitando, créeme, tiene muchas ganas de verte de nuevo, pero entra muy temprano a trabajar y termina muy tarde. Owen también, de hecho, mañana vamos Archie y yo a prestarles nuestra ayuda en lo que necesiten.

—De acuerdo —dije con una pequeña sonrisa—. parece serio.

—Nada que no se termine solucionando. —Me hizo un guiño.

—Supongo que en algún momento me devolverá las llamadas —susurré.

—¿No te ha escrito mensajes? —me preguntó mi madre, con mucho tacto.

—Sí, para preguntarme cómo estoy y cómo lo llevo.

—Ahí lo tienes, solo debes tener paciencia —me dijo mi padre.

Le di un sorbo al café, volviendo al presente en la plaza de Florencia.

No había vuelto a ver a Patrick desde que desperté en el hospital. Tenía tantas cosas que decirle, también que preguntarle… por mensajes no me había atrevido y, aunque parecía que leyéndonos estábamos bien, no era del todo verdad. Teníamos cosas pendientes por resolver, muy importantes.

Me besó, desde que sentí sus caricias y su beso no había podido quitármelo de la cabeza. Necesitaba saber si fue un impulso provocado por el miedo de lo que me sucedió o algo más. Lo necesitaba a él, lo echaba tanto de menos… Patrick siempre había formado parte de mi día a día y no dudaba de lo que me dijo mi padre, de que tenían problemas en la empresa de Owen y que por eso Patrick apenas tenía tiempo, pero me dolía mucho no ser parte de su rutina. Era un pensamiento egoísta, pero no podía luchar contra mis emociones y sentimientos.

Solté un suspiro tembloroso, me terminé el café de golpe, y me levanté del banco. Lancé el vaso a una papelera y caminé hacia la puerta de la casa, la que

abrí y enseguida me recibió el olor de la comida. Rosa y Eduardo eran unos increíbles cocineros.

Me dirigí directamente a la cocina, sonriendo, pero al llegar al hueco de la puerta me quedé paralizada al ver quién había sentado en un taburete, con los brazos apoyados en la isla del centro y hablando con mis compañeros y nuevos amigos. Tenía a Patrick a unos metros de distancia, a muy pocos, al lado de Robert.

Todos los ojos se dirigieron a mí, pero yo solo pude prestarle atención a unos en particular. En cuanto Patrick me vio se levantó despacio del taburete y caminó hasta mí, de la misma forma.

—Hola —me saludó.

—Hola —susurré cuando conseguí reaccionar.

Me abrazó con fuerza y me aferré a él, arrugando su camiseta con mis puños.

—¿A qué hora estará la cena? —preguntó a los demás sin soltarme, como si los conociera de toda la vida.

Ese era el efecto de Patrick, conseguía integrarse en un grupo en un visto y no visto, al igual que lograba que confiaran en él.

—Tenéis tiempo —dijo a su espalda Robert, aunque yo tampoco veía a nadie por la altura de Patrick—. En un poco más de una hora nos sentaremos a cenar.

—Estupendo —sonrió Patrick.

Me agarró de una mano y tiró de mí, llevándome al salón, pero no nos quedamos en él. Patrick continuó.

—¿Cómo…? ¿Desde cuándo estás aquí? ¿Cuándo has llegado? —le pregunté de forma acelerada.

—Llegué al mediodía, pero llevo días hablando con Robert. Tu padre me facilitó todos los contactos, incluso el de tus nuevos compañeros. También me compró el billete, solo le faltó meterme en el avión de una patada —sonrió de medio lado.

—¿En serio? No sé de qué me sorprendo.

—Exactamente —habló con diversión—. Menos tú todos sabían que venía, lo tenía organizado para largarme cuanto antes de la empresa de mi padre. He terminado hasta las narices, trabajando más horas que un reloj. —Sacudió la cabeza—. Me he tomado unos días libres, estoy de vacaciones —me dijo girando la cabeza hacia mí—. Quería darte una sorpresa.

—Me la has dado, una muy grande —susurré.

—Bien. —Asintió.

—¿También sabes cuál es mi habitación? —le pregunté divertida, cuando abrió la puerta y me ofreció entrar.

—Por supuesto. —Me hizo un guiño—. He descansado en tu cama, mientras tú estabas fuera. También he estado un rato observándote en la plaza, desde la ventana, pero he preferido no molestarte. Me ha parecido que necesitabas estar sola.

—Sí —murmuré—. Estaba pensando en ti.

Cerró despacio la puerta de la habitación y se acercó a mí.

—Pensando en mí, ¿eh?

—Sí.

—¿Exactamente en qué? —Se paró delante, a pocos centímetros.

Tuve que levantar la cabeza para continuar mirándolo a la cara.

—En que te echaba mucho de menos y en que tenemos muchas cosas de las que hablar —susurré.

—Yo también te he echado de menos, muchísimo —suspiré cerrando los ojos, al escucharlo.

Me agarró de la cara con las dos manos y levanté los párpados. Me encontré con una intensidad en su mirada que me dejó hipnotizada.

—Sabes que nunca se me ha dado bien estar mucho tiempo alejado de ti —continuó hablando, susurrándome cerca de los labios—. Me cabreo y estoy insoportable si no te siento cerca.

—Desde pequeño —le recordé.

—Sí. —Me acarició las mejillas.

—¿Por qué me dijiste perdóname, antes de irte de la habitación del hospital? —le pregunté—. Ya no volviste.

—Perdóname por no estar contigo cuando más me necesitabas. Perdóname por no haberte dicho que estoy tan enamorado de ti, desde que era un niño, que me vuelves loco. Perdóname por ser egoísta y besarte, cuando no podías corresponderme bien. O apartarme. Perdóname por necesitar un tiempo para mí, en soledad para pensar y poner mi vida en orden. Por el tema del trabajo poco más puedo decirte de lo que sabes, se escapa de mi control.

—Patrick… —susurré.

Me retiró varias lágrimas que se escaparon de mis ojos y me besó el recorrido que hicieron.

—Jamás te hubiera apartado. —Tragué saliva—. Aunque si hubiese podido moverme seguramente me habría quedado igual de inmóvil, por la sorpresa y el impacto emocional. Yo también te quiero, no te imaginas cuánto. —Coloqué las manos encima de las suyas.

»No puedo vivir una vida en la que no estés a mi lado, Patrick. Eres una parte de mí, sin ti no funciono igual. Ni siquiera funciono. Te amo y he sido una cobarde por no confesarte mis sentimientos, pero tenía mucho miedo por la posibilidad de perderte como amigo. —Tragué saliva.

—¿Crees de verdad que existe en este mundo esa posibilidad? —Arqueó una ceja—. Nunca vas a librarte de mí, cariño.

Solté un jadeo cuando su boca chocó con la mía. Me agarré con fuerza a su camiseta, esta vez sí, pudiendo corresponderle como tanto había anhelado. Patrick me cogió en brazos y profundizó el beso, dejándome temblorosa y sin respiración. Correspondí a sus ansias y a su deseo, todo lo que me ofreció se lo devolví, cuando me tumbó bocarriba en la cama y cubrió mi cuerpo con el suyo.

Nuestra ropa voló y cuando Patrick entró en mí y nos convertimos en uno, todo cobró sentido. Lloré con cada uno de sus besos, los salvajes y los delicados. Lloré mientras me acariciaba todo el cuerpo. Lloré con sus embestidas duras y también cuando sus movimientos se volvían más calmados y desesperantes. Lloré sin apartar la mirada de la suya y retiró toda la humedad con sus labios.

Mi vida se reajustó y se encaminó con él. Patrick era lo único que necesitaba para sentirme completa, para poder ser feliz en cuerpo y alma.

Epílogo

Diez años más tarde…

Patrick

Me apoyé en el marco de la puerta y me llevé la taza a los labios, para darle un sorbo al café.

Siempre me pasaba lo mismo, daba igual cuántas veces viera la misma imagen, jamás me cansaba ni me cansaría de ella. Es más, la necesitaba.

Durante todos los años que no estuve con Sarai, me refiero a una relación sentimental, unos de mis momentos preferidos, los que me aportaban una paz increíble, eran cuando estábamos los dos solos en su estudio y pasábamos horas sin movernos.

Me encantaba estar con ella mientras trabajaba con sus manos y yo leía, o hacía ver que leía en muchos momentos, cuando en realidad me pasaba más tiempo observándola disimuladamente. Aunque en muchas ocasiones no me cortaba y la miraba fijamente. Para mí era hipnótico.

Sarai continuó sin darse cuenta de mi presencia en la puerta y volví a beber del café, con una pequeña sonrisa. Estaba preciosa con la ropa que utilizaba como uniforme, una malla y una sudadera. Llevaba el pelo recogido en un moño mal hecho y tenía varios mechones llenos de arcilla, como era habitual cada vez que trabajaba. No se daba cuenta cuando se tocaba la cara y se apartaba el pelo, con las manos sucias del material de su trabajo.

Estábamos en nuestra casa, la que era suya y se convirtió en nuestra. Quizás siempre lo fue. Sí, vivíamos bajo la protección de Markus. El hombre no pudo ponerse más feliz cuando le dimos la noticia de que nos quedaríamos a vivir en la casa de Sarai.

La vivienda era muy grande, teníamos espacio más que de sobra, incluso después de ampliar la familia. Sarai y yo nos casamos a los cuatro meses de formalizar nuestra relación. A formalizar me refiero a cuando hablamos por fin de nuestros sentimientos, cuando yo viajé a Florencia, en el primer viaje que hizo. Después de ese llegaron muchos más y a todos la acompañé.

Como decía, nos casamos y al año y medio nació nuestro primer hijo, Ian. Al cabo de cuatro años llegó al mundo, para completar nuestra felicidad, Vega. Teníamos unos hijos preciosos, pero ¿qué voy a decir yo? Ah, sí, que por mucho que los amara también me alegraba cuando nos daban un respiro. Hoy pasaban el día con sus abuelos y Sarai y yo lo íbamos a disfrutar de la mejor manera que sabíamos.

La casa donde viví yo la seguía manteniendo, fue un regalo de mi abuelo y no me desharía de ella nunca. Además, nos servía a Sarai y a mí para aislarnos cuando queríamos pasar un tiempo solos e incomunicados. En mi antigua casa teníamos nuestro espacio, uno en el que volvíamos a ser ella y yo, únicamente.

Referente al trabajo, Sarai estuvo casi cuatro años viajando cada ciertos meses con el grupo selecto de escultores, dirigido por Robert. Después de tanto tiempo todos se hicieron íntimos amigos, en los que me incluyo. Sí, porque no me separé de Sarai en ningún viaje. Me fui con ella durante todo el tiempo que necesitó estar lejos, mientras que yo teletrabajaba en la ciudad que estuviéramos.

Así pasamos todos esos años, con intervalos de tiempo estando en nuestra ciudad. Debo reconocer que fue una buena época, la que vivimos con nuestro hijo Ian. Yo me quedaba con él cuando Sarai trabajaba por las mañanas, junto a sus compañeros, y después disfrutábamos los dos con nuestro hijo. Vega nació unos meses después de que Sarai se despidiera de sus compañeros, de Robert y de la experiencia tan increíble que tuvo la oportunidad de vivir. Despedida que fue solo a nivel profesional porque continuamos viéndonos y quedando en la casa de unos o de otros. En ese grupo siempre está incluido Robert.

Yo continúo en la empresa de mi padre, la que hacía bastantes años que comencé a dirigir. Mi padre fue poco a poco apartándose, pasándome todas las responsabilidades. Fue tan progresivo que no me enteré. Sarai consiguió llegar a lo más alto de su profesión, gracias a su talento innato y a su trayectoria.

Mi hermana Zoe se volvió loca de contenta cuando Sarai y yo le contamos que estábamos juntos. Al principio nos miró como diciendo, *sois tontos, pues claro que estáis juntos. Lleváis toda la vida juntos.* Razón no le faltó, por lo que le demostramos el significado real de estar juntos, con un beso en los labios. Es una adolescente de dieciséis años a la que adoramos, pero que a mí también me da muchos dolores de cabeza. No porque se porte mal, pero es que la edad que tiene no le sienta bien a todo el mundo. Es una buena estudiante, con el mismo carácter que tenía desde bien pequeña. Continúa vistiéndose con vestidos con faldas de tul, igual que las faldas sueltas. Los lazos tampoco le faltan, combinando los colores, en el pelo o por cualquier parte de la ropa en la que se le antoje llevarlos. Con el paso de los años ha creado su propio estilo, es una preciosidad y como supe desde siempre, tengo muy claro que me pelearé con más de un chico, para quitárselo de encima. Aunque mi hermana no necesita ninguna defensa, se vale por sí misma. Vega, Ian y ella se adoraban, y les encantaba pasar mucho tiempo juntos.

Mis padres, Owen y Emma, seguían siendo íntimos amigos de los padres de Sarai, Markus y Diana. Los cuatro estaban encantados ejerciendo el papel de abuelos, aunque sin dejar de lado sus viajes, los que eran más constantes. Markus también había ido aflojando en el trabajo con el tiempo, aunque no tanto como mi padre. El final era que yo gestionara las dos empresas, la de mi padre y la de mi suegro. Me había mentalizado para ello y ya lo tenía todo planificado para cuando llegara el día, para que no me consumiera el trabajo. Estaba calculado al detalle porque Yago y Cristian ocuparían puestos importantes dentro de las empresas y entre los tres las llevaríamos con más soltura. Incluso me había programado los días que trabajaría desde casa, para no desatender a mi familia.

Sobre Diana… todos estábamos muy felices y contentos de que su enfermedad rara no se hubiese manifestado a lo largo de los años. Ni siquiera un poco. No podíamos cantar victoria, era un tema demasiado delicado como para apartarlo, pero si algo habíamos aprendido todos era que no se podía vivir mirando hacia el futuro, sino al presente. Lo importante es que Diana estaba fuerte y su matrimonio tan fuerte como el primer día.

Markus Kaiser, mi suegro, es como un segundo padre para mí. Siempre lo fue y ese sentimiento nunca cambiaría. Como ya sabéis el desgraciado que drogó y secuestró a Sarai dejó de respirar el mismo día que la encontramos a ella, al igual que el padre de él y enemigo de Markus. Pero Markus no se quedó conforme con ello y amplió su investigación a Pablo, el amigo de Jacob, por aquel entonces todavía Jared para Sarai.

Pablo era el dueño del restaurante en el que comió Sarai acompañada, el día en el que todo se truncó y al mismo tiempo provocó muchos cambios. Al final, después de un mes intensivo de investigación, todos nos quedamos tranquilos cuando Archie averiguó que Pablo no tuvo nada que ver con el suceso. No estuvo implicado en el plan que llevó a cabo Jacob, de hecho, se disgustó mucho y le afectó cuando se enteró de lo que le pasó a Sarai.

Pablo se disculpó con ella, aunque no tuvo la culpa, pero según él sí que se sentía culpable porque a Sarai la drogó en su restaurante, bajo su techo y no quería que tuviese un mal recuerdo de él. Desde entonces es habitual que vayamos con nuestros amigos al restaurante de Pablo, el que con el tiempo se ha convertido en un buen amigo de toda la familia. Incluso mis suegros y mis padres van a comer o a cenar a veces.

Nuestro querido Archie continúa siendo el chófer y el guardaespaldas de Markus, y un grandísimo amigo de la familia. Lo considerábamos como tal, al igual que a Gladys que seguía al frente de los fogones de la casa familiar. Los más pequeños adoraban a ambos. Ni él ni ella tenían parejas y todos bromeábamos con que en algún momento se cansarían de estar solos y se juntarían, dándonos una gran sorpresa. Broma que deseábamos que sucediera porque Gladys lo miraba muchas veces de reojo, mientras que Archie se hacía el duro, pero se derretía en presencia de Gladys.

Ahora paso a hablaros de nuestros amigos, de cómo les ha ido a lo largo de todos estos años.

Comenzaré por mi amigo Yago, el que se recuperó de la rotura de la pierna un mes y medio después del accidente. Con unas semanas más de recuperación quedó estupendamente, como nuevo. Estáis al tanto de que Yago y Gina comenzaron a quedar y de que entre ellos empezó a surgir algo, entre besos por aquí y por allá, y encuentros para pasar tiempo juntos. Yago fue la cura para Gina, mi amigo se lo tomó con mucha calma para llegar muy bien

hasta ella. Primero se esforzó para que sanara y después se lanzó a lo que deseaba, a Gina. Nuestra amiga logró superar el dolor que le provocó la ruptura con su ex e incluso se vengó de su propia madre, enfrentándose a la de Samuel. Desde que Yago y Gina se fueron a vivir juntos a la casa de Yago no se habían separado más. Se casaron al año y tuvieron a su primer hijo otro año más tarde, a Leo. Nerea llegó tres años más tarde.

Por último, están Cristian y Esme. Después del mensaje de voz tan lanzado que le envió Esme a Cristian, una noche que salió con Sarai y con Gina, mensaje en el que se quedó a gusto, desahogándose de sus sentimientos, pues después llegó la consecuencia. ¿Y cuál fue? Que Cristian la acorraló unos días más tarde, cuando encontró la oportunidad perfecta para dejarle claro a Esme lo que estaba sucediendo entre ellos. La contención de Cristian tuvo su recompensa, contención que fue a propósito porque nos enteramos tarde de que Esme, una de las cosas que le dijo a Cristian, un poco contentilla, fue que ella perdía muy rápido el interés en los hombres. Aparte de eso le dio algunos detalles más que ayudaron a Cristian a saber cómo llevarla a su terreno, para que cuando cayera con él no pudiera ni quisiera escaparse. El aburrimiento entre ellos no existe, se entienden de maravilla. Están casados y tienen un hijo, Mario, de cinco años.

Hasta aquí la vida de todos, pero nos quedan muchos años por delante para acumular historias y vivirlas unidos.

Tanto los padres de Sarai como los míos nos dejaron a ella y a mí el listón demasiado alto, en lo que al amor se refiere. Crecimos viendo una intensidad sin igual y un amor pasional que iba más allá de la cordura.

Debo reconocer que en muchísimas ocasiones pensé que nunca encontraría un amor tan intenso, protector, de adoración y de pasión, porque todo eso para mí solo iba destinado a una persona, a la única mujer de mi vida, la misma a la que bloqueé de mis sentimientos por vete a saber qué mierda de miedo a perderla.

Pero ese listón lo habíamos igualado Sarai y yo, incluso superado. La amaba con locura, lo supe desde muy temprana edad, aunque por aquella época los sentimientos fuesen muy confusos.

Me agaché para dejar en el suelo la taza vacía de café y entré en el estudio, sin hacer ruido. Me puse a la espalda de Sarai, que continuó trabajando sin darse cuenta de mi presencia. La música sonaba alta, pero no a tanto volumen como cuando se quedaba sola.

Me incliné hacia ella y le susurré al oído, consiguiendo que se sobresaltara e hiciera un pequeño destrozo en la parte de la arcilla que estaba trabajando. Nada que no tuviera solución.

—El arte eres tú entre mis manos. Déjame demostrártelo de nuevo.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu